

Antología Vol. V

CRÓNICA, CUENTO, MICRORRELATO Y POESÍA

Coordinado por:

José Higuera López

Dejanira Alvarez Cárdenas



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



Mexican Studies
INSTITUTE

Antología Volumen V: Crónica, cuento, microrrelato y poesía.

Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, 2025

Editado por Editorial Smol Books

Coordinado por CUNY Mexican Studies Institute

fil.nyc@lehman.cuny.edu

250 Bedford Park Blvd. West Bronx, NY 10468. Carman Hall | Room 241

Dirección institucional: José Higuera López, director del CUNY Mexican Studies Institute; presidente fundador de la FILNYC.

Coordinación general: Dejanira Alvarez Cárdenas, directora general de la FILNYC

© de la antología: CUNY Mexican Studies Institute, 2025

© de la presente edición: Smol Books, 2025

© de la imagen de cubierta: variación de foto en B/N circa 1970; shutterstock.com

© del diseño editorial: Smol Books, 2025

ISBN: 979-8-9861524-6-2

Impreso en México.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial, excepto en casos de citación breve en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor. Para solicitar permiso, escribe a: fil.nyc@lehman.cuny.edu

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, write to the publisher to: fil.nyc@lehman.cuny.edu

Antología Vol. V

CRÓNICA, CUENTO, MICRORRELATO Y POESÍA

**Comité seleccionador de
crónica, cuento y microrrelato:**

Isabel Domínguez
Marlene Guraieb
María Julia Rossi

**Comité seleccionador de
poesía:**

Carlos Aguasaco
Ana Paula Martínez Garrigós



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO
DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK



Índice

Nueva York: la eñe que resiste	9
CRÓNICA	15
Matrimonio lésbico	17
Estucar la Lengua	19
Más allá del río	23
La vibración de la ira	27
CUENTO	33
La vagabunda	35
La piel y la pulpa	41
La pena	47
La Cabrería	51
Las cosas	55
Esperando la oportunidad	61
El canto de las cigarras	67
Radio Malinas	75
Avistajes	81
El año de las cucarachas	87
Hambre	95
La colección	99

Pistolita	107
Hijos del desierto	113
Peso pesado	119
Mandarinas	127
Canción fantasma	133
MICRORRELATO	139
El viejo. Y el perro.	141
Etnoporno	142
Cosida	144
Ignífugos	145
Donde duerme la humilde compañía	146
Mulo	148
POESÍA	151
Altar	153
La casa de Asterión	156
La trenza	161
Sendero natural	164
Óvulos	165
Diario de apicultura	166
Lo que come el fundamento	172
Credo literario	173
el poema inacabado	174
Antipoema	176
Panta Rei	177

El libro	178
El espejo	179
Escondite	180
Poema de amor a una inteligencia artificial	181
Noveno círculo: los tres	184
Marea	187
Sombra de la higuera	188
Sin título	190
Milagro	192

Nueva York: la ñe que resiste

Yásnaya Elena Aguilar Gil

Durante muchos años, el español fue para mí un gran otro, un otro amedrentante. Aun guardo los recuerdos de cómo fue que lo aprendí cuando tenía aproximadamente ocho años: islas de significados fueron emergiendo y las frases tomaron sentido, ya no eran solo un flujo denso de sonoridades, eran palabras, unidades concretas que ya podía reconocer y utilizar para comunicar mis ideas infantiles. No fue un hecho puntual, se trató de un proceso; a veces pienso que aún no lo concluyo. ¿Se puede decir, en determinado momento, que hemos agotado el proceso de aprendizaje de un idioma? A pesar de que tengo muchos buenos recuerdos, el proceso mediante el cual aprendí a hablar español no solo se trató del viaje gozoso que casi siempre se transita durante el aprendizaje de una nueva lengua, aprender español implicó también saber que muchos de los hablantes de esta lengua pretendían desaparecer mi lengua materna.

Durante muchas décadas, las políticas de castellanización forzada tuvieron como objetivo no solo que la población indígena aprendiera español sino que también abandonara las decenas de lenguas originarias del país. La presencia del español en el territorio de un pueblo indígena como el mío entrañaba una presión que iba desplazando al idioma ayuujk, mi lengua materna. Había que defender nuestra lengua, defenderla del español. Así que mi relación con este idioma, que ya también era el mío, era contradictoria, tensa y hasta angustiante en muchas ocasiones.

Con el paso de los años, la primera vez que viajé a los Estados Unidos algo cambió en mi relación con el español. Durante mi interac-

ción con personas hispanohablantes me di cuenta de que, muchas de las experiencias infantiles que me relataban durante el proceso mediante el que aprendieron inglés eran bastante semejantes a mis experiencias escolares. Esta identificación y coincidencia me reveló que no son las lenguas, como entidades abstractas, las culpables de la pérdida acelerada de la diversidad lingüística del mundo; más bien se trata de los sistemas de poder que se escudan detrás de los idiomas. En Estados Unidos me di cuenta de que mi lengua materna y el español en este país tenían algo en común: no eran lenguas de estado, no eran las lenguas preferidas del poder.

Conocí entonces un idioma español distinto, nuevas variantes de este idioma se abrieron como un abanico de formas, entonaciones, mezclas léxicas y giros que desafiaban la pretensión de pureza e uniformidad de las grandes academias. También el español que hablamos las personas que tenemos un idioma indígena por lengua materna desafía las normas y los mandatos de los organismos que pretenden regirla. De algún modo, al hermanar las experiencias conocí un español distinto: el español de la diversidad. Estas ideas reconfiguraron mi relación con este idioma, me di cuenta que el español puede también ser un puente, un desafío al poder y una resistencia.

Tiempo después, afortunadamente, conocí la Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York, su existencia, sobre todo en el contexto actual, representa una apuesta esperanzadora en un contexto en el que las ideologías del monolingüismo se recrudecen con la vuelta de las derechas radicales. En una ciudad multilingüe, la presencia del español y de las lenguas indígenas de los países latinoamericanos se convierten en puentes culturales, literarios y cognitivos entre Nueva York y otras geografías. La existencia de esta Feria del Libro es en sí misma una declaración de principios; establece puentes lingüísticos que conectan a quienes crean en español y a los potenciales lectores, muchos de los cuales se encuentran en contextos de migración. Es posible que los creadores vengan de contextos sociopolíticos en los que el español tiene reconocimiento oficial, mien-

tras que una gran parte de quienes leerán estas creaciones en Nueva York se enfrentan a otra realidad.

Organizar una feria de libros en español en esta ciudad es un acto elocuente: habla de derechos lingüísticos, de resistencia, de resiliencia y de esperanza en un contexto en el que las ideologías de lo absoluto parecen fortalecerse; la Feria del Libro en Nueva York se vuelve un espacio en donde pueden encontrarse las distintas manifestaciones de ese amplio abanico que, sin embargo, llamamos con una palabra: español.

Mi visita a la edición de 2024 reafirmó que si bien me apasionan las lenguas me interesa mucho más el bienestar de sus hablantes; los idiomas sin comunidades que las hablen dejan de existir. Las políticas lingüicidas que proponen que solo una lengua debe ser el idioma oficial de un país impactan en el bienestar de las personas que hablan lenguas distintas a las elegidas por el estado, afectan sus derechos y la posibilidad de participar de un mundo lingüísticamente diverso. Haber formado parte de una feria en español, en un lugar como Nueva York y con la historia que explica la presencia de esta lengua en la ciudad me permitió observar que una feria del libro puede impactar en dimensiones distintas que van más allá del mundo del libro en su sentido estricto. Su existencia misma se convierte en un acto político.

La presente publicación es parte de la apuesta de la feria porque nos muestra que editar en español también es fundamental para la creación de ecosistemas literarios diversos. Las páginas de esta antología fueron redactadas en distintas variantes, nos pueden hablar ya sea desde Ecuador o desde Ciudad Nezahualcoyotl, México atravesando otros territorios. Estas páginas se reúnen y encuentran en Nueva York y su feria del libro en español, un punto en donde entretenerse. Se demuestra así que los idiomas no tienen límites estatales, no responden a la violencia de las fronteras y desafían identidades nacionalistas. Cada idioma es un territorio cognitivo y estético que puede co-existir en diversidad; cada lengua nos provee de mecanismos poéticos para la creación literaria; estos mecanismos, estoy segura,

se pueden impregnar de las particularidades de cada acento, de cada geografía y universo léxico; por lo tanto, quienes practican el arte verbal en sus muchas manifestaciones pueden hallar en esta feria la oportunidad de dejarse impactar también por el español que habita en esta ciudad, la diversidad de sus muchos acentos y sus múltiples giros insospechados. El español de aquí ha sido fraguado al calor de la mezcla constante que sucede siempre en Nueva York.

Esta publicación es también una invitación y una apuesta. Una invitación a este territorio literario que la feria ha creado y una apuesta por la creación de mundos literarios en donde podamos cuestionar radicalmente la idea de la supremacía lingüística. En la feria del libro en Nueva York, la resistencia del español se vuelve fiesta. Vamos.

YÁSNAYA ELENA AGUILAR GIL

CRÓNICA

Matrimonio lésbico

Sandra Bonomini

La escritora y poeta brasileña Tatiana Nascimento publicó en 2019 un poemario llamado «7 notas sobre el apocalipsis o poemas para el fin del mundo». Uno de esos poemas, *Cuir Paradiso* (v. 2018), fue como un gatillo para mí y activó sensaciones diversas cuando leí uno de los versos. «Para mí, el paraíso cuir podría ser menos burocrático que el matrimonio igualitario regulado por el Estado (porque es el mismo Estado el que paga a la policía para matarnos, te acuerdas?)». Sí, me acuerdo, y Tatiana tiene toda la razón. En el año 2014 fuimos parte de un matrimonio colectivo en Río de Janeiro, en una notaría de paredes de mayólica verde agua. Nos casó una jueza de capa azul larguísima llamada María Victoria y nuestra madrina fue una gran amiga mía, *performer* no binaria, que viajó desde la ciudad de Belo Horizonte para la ceremonia y se enamoró de la jueza. El padrino, un colega y viejo amigo fotoperiodista argentino de mi pareja. Éramos la única parejita de lesbianas y las personas —las otras parejas de novios y novias— no sabían quién de ese cuarteto fantástico se casaría con quién. Para nosotras, como familia (no) tradicional peruanobrasileira, es negado el derecho de registro de hijes si es que no sucumbimos al matrimonio regulado por el Estado del poema de Tatiana. Han pasado años de esto pero todavía tengo problemas para verbalizar la palabra ESPOSA, porque me imagino las esposas de metal, esas que te dejan presa. Decidimos casarnos porque, de cierta manera y dentro del ámbito de la ley, los pesos absurdos de la biología y del complejo lazo de sangre serían deshechos. Al convertirnos en madres con los mismos derechos, cosa que para nosotras era una condición,

CRÓNICA

estaríamos borrando las jerarquías que colocan «lo biológico» en un lugar vertical de poder, dominante, aplastante sobre las tantas formas diversas de ser madres. Pero en este país, el conservadurismo y la hipocresía avanzan. Estoy intentando invertir la mirada porque nuestra lucha social no es solamente por los derechos civiles para conseguir la tan esperada igualdad. Pienso en los pequeños pactos, en las microacciones y en la poética que existe (o que me quiero inventar) de los rituales institucionales: mi matrimonio fue una performance, había flores de plástico, *fake*, decorando las bancas y formando una pasarela, las paredes mezclaban cuadros del malecón de Copacabana con la típica vereda ondulada blanca y negra, el Pan de azúcar y de Jesús en un recinto laico-kitsch. Nosotras, dos novias improbables sin vestido, sin blanco, sin flores y sin anillos, pero de zapatitos Oxford, coreografamos nuestro andar erótico descolonial e hicimos el conjuro lejos, bien lejos del parquecito patriarcal.

Estucar la Lengua

Nicolás Castro Pulido

Heidegger decía: el habla habla. ¿Qué nos habla el habla que hablan un par de habladores albañiles en Barcelona mientras trabajan?

Allá, en el centro de la calle, diez o quince metros por encima del piso, sobre los andamios de metal, en frente de la ventana de la quinta o cuarta planta, cuelgan de arneses dos canarios que cantan. Estucan las paredes. Emparejan el hormigón. Dando un brochazo gordo, usando la paleta cuales pintores consagrados, un Pollock, un Picasso, esparcen la mezcla —cemento, grava, arena, agua— e impermeabilizan, calafatean, las superficies bajas del balcón para que la humedad, agua silenciosa y monstruosa, no se trague con sus tentáculos los ríos diminutos que se encauzan por las grietas, los balcones, el edificio, la calle y, por último, mi barrio: Sant Antoni.

—¿Cónchale, has visto, tío, ese programa del chef que arregla los restaurantes que están a punto de caer en la quiebra? Ese tío es un crack, caray. Se reluce rescatando esos locales que están a punto de irse a tomar por saco. ¿Cómo se llama?

Ese canario no es canario. ¡Canta, sí!, pero no es canario. Sus palabras me toman por sorpresa. Sus expresiones me asombran y me confunden. Su acento tiene una melodía, como si adentro de su voz resonara una caja de música caribeña cuyo funcionamiento es activado por unas estrepitosas y descomunales olas, venidas desde las costas sanjosinas, margariteñas o santiagueras y contenidas sobre

los enormes diques de la lengua catalana. Oírlo hablar es escuchar música de Albéniz interpretada por un acordeonero vallenato o un maraquero de boleros. En definitiva, este canario no es español.

Recién llegué a Barcelona me encontré con un amigo bogotano y tuvimos una brevísima discusión sobre el lenguaje que debe adoptar el inmigrante. Él estaba de acuerdo con *adaptarse*, es decir, cambiar las expresiones y palabras para aumentar el *chance* de ser comprendido. Yo, por mi lado, creía que lo más sensato era *imponerse*: hacer que los interlocutores se vieran obligados a descifrar el mensaje por el contexto o buscando en el diccionario. En últimas, le dije, siempre estamos obligados a entenderlos y ellos siempre tendrán las puertas abiertas y podrán preguntarnos. La discusión es compleja, peliaguda y parece un nudo: uno de esos que sujeta con fuerza el arnés. Debatir sobre la lengua en Barcelona, la rebelde ciudad de la madre patria, siempre es y será un peligroso trabajo en las alturas. ¡Hay que ponerse casco, ser precavido y, de vez en vez, empañetar!

—¿Hablas de Alberto Chicote, no? Ese hombre, madre mía de la vida. Me hace cagar de risa. Lo vemos con mi mujer por La Sexta. Se va pa' Netflix, ¿sí viste?

Así responde su compañero, el otro canario, un casco amarillo, un español treintañero que, a golpes de yeso, se divierte estucando. Reviste la conversación. Alisa los acabados. Una vez terminen allí, grita la administradora del edificio desde abajo, tendrán que pintar. Los balcones no pueden quedar blancos, llenos de polvo. En ellos: ¡ni una mancha! y mucho menos algún pegoste. Un edificio color beige, en pleno centro de la ciudad condal, a dos cuadras de plaza España, al otro lado del Eixample, no puede dar mal ejemplo. Un pegajoso grumo blanco y un gomoso bulto gris son una mosca y un pelo en un plato. Son un *caray* y un *cónchale* en un español de un castellano bien castellano.

Me pregunto si a ella, el habla, también hay que pintarla.

Los canarios, a diferencia de otras aves como las grullas o los martines pescadores, no migran. Son bolitas de lana amarilla que saltan

y cantan, desperdigándose como luces navideñas sobre los árboles, los cables de luz, los descansos de las ventanas. Rafa es un canario. John, un martín pescador.

Hoy se han ido. Seguro han brincado a otro edificio, a otro balcón. Me queda un recuerdo, una voz. Antier, a ritmo de paletas, justo antes de salir de casa, al otro lado de la ventana de mi habitación, en la quinta planta, escuché, como había venido escuchando durante días mientras trabajaba, almorzaba o barría, otra imitación simpática, bien revocada, del gordo restauranero, Alberto Chicote:

—En el episodio de ayer, mientras el viejo comía un pan duro, lo soltó otra vez: «Esto es todo cemento, ni para pegar ladrillos, tío». ¡Jajaja!

Más allá del río

Jhossiani Luna

Mira hacia el frente. Sube el hombro. Pégale con fuerza. Más. Rápido. Ataca. Dale un gancho al hígado. Pon atención. No llores. Ven, te abrazo. No pasa nada. Tienes que ser fuerte. Le dice Don Paco, el entrenador, a uno de sus alumnos más jóvenes que está boxeando con un niño mayor que él. Estoy rodeada de hombres entre 12 y 28 años, delgados, con los brazos fuertes y el semblante un poco desilusionado. La mayoría llevan *pants* y playeras de tirantes desgastadas. Algunos me sonríen con una mueca tímida y otros mantienen la mirada enfocada en su contrincante. Estoy aquí porque me interesa lo que sucede en los bordes, los espacios que contienen y las personas y experiencias que los habitan.

El gimnasio está en Ciudad Nezahualcóyotl, en el Estado de México, debajo del viaducto Anillo Periférico. Antes era una cabina sin ningún uso funcional que terminó utilizándose como basurero hasta que, como me cuenta Don Paco, la convirtió en un lugar de entrenamiento para los jóvenes del barrio. Primero sacó la basura e instaló el cableado para tener un poco de luz. Después llevó algunas cuerdas, peras, máscaras para protegerse del polvo, y material que consiguió para entrenar. Los jóvenes —la mayoría hombres— fueron llegando poco a poco, muchos de ellos con problemas de adicción o con condiciones de vida difíciles. Sin embargo, el entrenador decidió acondicionar este espacio para compartir su pasión por el boxeo.

El gimnasio de Don Paco forma una suerte de triángulo que, por sus dimensiones, tiene alrededor de ocho metros de largo, dos de alto y tres o cuatro metros de ancho en su parte más amplia, hasta

reducirse apenas a un metro en su lado más estrecho. El peso de los automóviles que transitan por el arroyo vehicular cimbra la estructura y ha formado grietas en ambos muros. Cada vez que pasa por encima de nosotros lo que supongo es un camión, siento que el espacio se comprime. Me asusto pero no salgo corriendo porque de reojo veo que todos están tranquilos aquí dentro.

Después de observar durante un rato la dinámica de los muchachos, salgo por la pequeña puerta de metal que resguarda el gimnasio para ver qué hay afuera. El ambiente es caótico. El ruido de los automóviles y la música de la base de mototaxis que hay en el bajo puente anulan cualquier otro sonido. El concreto es el elemento principal del paisaje: planchas de gris que han dado forma a lo que quedaba fuera de la ciudad. Ni un árbol. Solo una capa espesa de polvo y *smog* que hace difícil incluso la respiración.

A un costado del gimnasio se encuentra el canal del Río de los Remedios, un afluente de 15.7 km, purulento y contaminado que se extiende desde el poniente de la Ciudad de México hasta el Estado de México. El Río de los Remedios sumerge en sus entrañas desapariciones forzadas, ultrajes y violaciones. Sus límites llevan consigo no solo la suciedad física de la ciudad, sino también las huellas de una violencia estructural que persiste en la sombra. Se ha convertido en un cauce testigo de las dolencias de un territorio sumido en el olvido y la indiferencia. En la hendidura cotidiana que los alumnos de Don Paco sortean para evadir toda su ponzoña, alejándose de su oscuridad, para tratar de enfrentar de otra forma su realidad.

Como habitante de una periferia, con la mayor parte de mi vida transcurrida en el oriente de la ciudad, sé lo que significa amar el barrio, pero también odiarlo por las desigualdades en las que nos sumerge. Las condiciones en las que hoy se producen las ciudades ocultan lo que en sus márgenes sucede, que no solo es vandalismo y decadencia, sino también formas de arraigo y apropiación del espacio público que crean lazos que trascienden la condición material de los espacios.

Veo a los jóvenes correr y jalar cuerdas en un espacio reducido, un espacio que queda totalmente invisible desde el exterior. Golpe uno, golpe dos...y encuentro en sus paredes la conformación de una comunidad que se ha logrado a pesar de las carencias materiales y de la dificultad que cuesta mantener no solo el gimnasio, sino y, sobre todo, también a los jóvenes que en sus batallas cotidianas van y vienen y, a veces, ya no regresan.

Mientras estoy aquí, siento que la ternura se cuele de manera sutil entre los muros. La percibo a través de los gestos que tiene el entrenador con sus alumnos. Los guía y los disciplina con palabras duras, pero también los alienta y los consuela cuando es evidente que el golpe es doloroso. Don Paco ha creado un lugar seguro para quienes deciden entrar por la pequeña puerta de su gimnasio. Su sueño es que al menos uno de los jóvenes que entrena con él llegue a una competencia nacional. Que cada gota derramada de sudor no sea la lágrima de un joven arrastrado a los límites de ese territorio que, en su vastedad, también se desdibuja.

Más allá del río, ya camino a casa, pienso en las múltiples formas en las que el espacio puede transformarse para crear resistencia ante los embates de la Ciudad de México que, egoísta, absorbe todo a su centro. Pienso en la belleza que hay en los gestos de ternura y cuidado más cotidianos, una palmada en la espalda, un abrazo, un confío en ti cabrón, que hacen que la experiencia vital de vivir en un entorno complejo se resignifique. Pienso en las grietas que existen incluso debajo de los puentes, en las banquetas, en los muros de las casas arrojadas fuera de los límites de la ciudad, en los corazones de las personas que las habitan, esas que podemos encontrar si caminamos un poco más hacia los márgenes, para darnos cuenta de que de las fisuras más ocultas también emerge la luz.

La vibración de la ira

Cecilia Miranda Garcés

En Instagram abundan *posts* sobre cómo vibrar para atraer, no repeler. La vibración es el centro de incontables talleres de autosanación en los cuales se menciona el ejemplo más célebre y controversial: los cristales de agua de Masaru Emoto, más bellos al escuchar la música de Mozart que el heavy metal.

Todo lo que oscila en el tiempo es una vibración. El sonido avanza por medios sólidos, líquidos y gaseosos, desplazándose a través de ondas de energía electromagnética que se miden en universos minúsculos y mayúsculos. Cuando la fiebre aumenta la temperatura corporal, esta modifica la vibración molecular para recuperar el equilibrio. Somos campos energéticos, partículas en movimiento que se repelen y concentran. Las vibraciones se plasman en ritmos planetarios tan extensos como las mareas y las estaciones o diminutos como los latidos del corazón y el ciclo respiratorio. La menstruación: un ritmo infradiano de 28 días. El sueño: uno ultradiano de 90 minutos.

«Vibrar alto» significa mantener la alegría, la paz y la aceptación. Vibramos lentamente cuando sentimos ira, tristeza o miedo, emociones «negativas» condenadas a hacernos perder la medida. La ira, a diferencia de otras, despierta una mayor energía y puede manifestarse en brotes de tensión que explotan. Mi percepción de ella está influenciada por cómo la observé en mi familia: fuerza incontrolable, recorrido de destrucción, punto de creación.

La tierra está anclada por vibraciones profundas. Las sentía cuando metía mis manos en el lodo infantil, jugando en los rectángulos de

cemento de mi patio. Me fascinaba la tierra árida de la maceta que nunca regábamos, que comía por su textura crujiente. No recuerdo la primera vez que percibí la tierra del campo, pero sí que jugábamos en las siete hectáreas de mi abuela en Tungurahua. Había cuyeras y conejeras. Más arriba había un reservorio lleno de renacuajos que intentábamos atrapar con baldes cortados. Recuerdo el olor de la polcilla y el sobresalto repentino de los cerdos cuando alguien se acercaba. Años después, convertí un peral en confesionario y caminaba sobre tierra húmeda arrancando mala hierba, mis manos se endurecían lentamente.

Mi abuela paterna vivió en Mocha, la ciudad más alta del Ecuador. De niña viajé allí contra mi voluntad, repelida por su trato áspero y sus recordatorios constantes sobre el dinero. La recuerdo con su cuerpo ancho envuelto en un saco beige, falda y mocasines. Heredé su cabello esponjado, zambo, erizado. Ella lo agarraba en cola baja con partido lateral, bajo un sombrero Borsalino. Cocinaba locros de papas y los salaba hundiendo sus dedos manchados de tierra en el líquido hirviente.

Su casa ocupaba 300 metros cuadrados con un patio central donde vi una vaca muerta con las patas arriba, cabezas de camiones estacionados y montañas de cáscaras de arroz donde jugaba. El comedor-cocina tenía una estufa de leña donde apresuraba los tiempos de cocción serranos con llamaradas de ramas encendidas. Hay un antes y después de cierto almuerzo: observé cómo, a través de un agujero en un muro falso, pasaban platos de plástico con motivos magenta, percutidos por el uso. Vi manos ajadas recibiendo los platos, manos manchadas de tierra. Comprendí que el comedor conectaba con el lugar donde comían los peones. Así los llamaban mi padre, mis tíos, mi abuela: peones. La palabra me incomodaba desde niña y después la encontré multiplicada en novelas latinoamericanas.

En los archivos de Tungurahua desde 1900 se documentan «casas para peones». El monseñor Manuel Pólit, arzobispo de Quito, denunció en 1913 que «el concertaje existe siempre con caracteres de

una prisión perpetua en los latifundios y cuando el peón se resiste a la servidumbre, la complicidad oficial tiene abierta la cárcel para sepultar al indio». Aunque la ley cambió en 1918, este sistema nunca se detuvo realmente.

Recuerdo los campos de Tungurahua extendiéndose hasta Chimborazo. Para llegar, cruzábamos un corredor de elevaciones irregulares. El verde del chilco descendía sobre muros de tierra. Al frente, un riachuelo y caminos no pavimentados conducían a terrenos vecinos: tapetes de un color verde intenso, polígonos amarillentos caídos, montículos marrones trazados en líneas rectas.

En una planicie, ingresábamos por un camino de tierra en un Daihatsu desvencijado, esperando a que los trabajadores se retiraran del campo delineado por azadones. Veía levantarse a mujeres y hombres. Algunos niños vestían calentadores de colegios caros quiteños y botas de caucho. Subían a la caja trasera donde mi padre transportaba quintales de papas y herramientas. Permanecían de pie todo el trayecto. Otras veces, los veía llegar a la casa de mi abuela: al menos quince de pie en el cajón, una mano asomando, risas y discusiones dentro. Descendían con ropa terrosa y se apresuraban al cuarto conectado con nuestro comedor.

Mi desconcierto e ira ante aquel trato nunca se apagaron; fueron semillas que germinaron en mí como conciencia. La ira no fue solo un sentimiento, fue el reconocimiento visceral de la injusticia. ¿Qué entendí de niña al ver personas tratadas como inferiores? Lo vi en la vajilla separada, los espacios divididos, la ropa terrosa, su transporte precario, el pago diario apenas suficiente para sobrevivir. También en el desprecio por el color moreno de su piel, similar al de mi propia abuela, quien paradójicamente se enorgullecía de sus hijos con piel más clara y desposó a mi abuelo por sus ojos verde azulados. Esta ira infantil, esta vibración interior, se convertiría más tarde en impulso de protesta.

Durante el paro de octubre de 2019 en Ecuador, estas microjerarquías vibraron con fuerza. Vi en Instagram a manifestantes in-

dígenas llegar de varios cantones y los asocié con los trabajadores de mi niñez. Cuando salí a las protestas, sentí la vibración del suelo mientras todos corríamos de las bombas lacrimógenas escuchando disparos, gritos y música en medio del desorden. Durante el cacerolazo nocturno, escuché el tintineo metálico que se distribuía gradualmente, combinando lo físico con lo espiritual: una versión del *om* que decía «sí» a la energía de la disrupción.

La ira se acumuló en mi cuerpo. Revisando una fotografía de la infancia, me vi con los hombros alzados y las manos en puño. Al hacer yoga, descubrí mi espalda tensionada y mis manos recogidas en garra como las de mi padre.

La meditación cultiva la contemplación más que anular emociones. Thanissara ha escrito sobre el contacto con la ira como movilización ante el cataclismo terrestre: tala de bosques, extractivismo, trato indigno a poblaciones enteras. El enojo puede dañar pero su energía puede destilarse en claridad y sabiduría. Puede ser un filo para destrozarse la adicción a falsas calmas. En el budismo tibetano, Vajrayoguini, una mujer roja coronada con cráneos y de expresión furibunda, es portadora de la ira consciente.

¿Cómo podría la ira convertirse en emoción sagrada? Me ha invadido hasta puntos de quiebre porque no he podido soltarla suavemente. La he acumulado hasta la erupción. He dirigido esa ira hacia mí misma. Durante la pandemia, un profesor de «herramientas de autosanación» respondió que la ira es un apego excesivo al yo, una emoción que mantiene el sufrimiento. Me pregunté dónde poner mis puños cerrados, qué hacer con el deseo de moverme, huir, gritar.

La ira rompe la calma falsa. Busco acercarme y permitírmela. *Om* se concibe como el sonido del Big Bang, vibración fuente de las ondas que nos dan voz para cantar y gritar, la de la tierra que vibra con el azadón, la del fuego contra las heladas, la del sonido de las pistolas lacrimógenas, la del choque de cuerpos manifestantes. Aquel «sonido sin sonido» señala el arranque de un universo. Ese

principio móvil me regresa a la tierra y es un golpe para recordar que, en los campos, las semillas no germinan solas y lo que crece necesita vibrar sin detenerse, así sea como estallidos.

CUENTO

La vagabunda

Noelia Antonietta

Todos los miércoles, la vagabunda se paraba en la esquina a observar con atención la pescadería enfrente de casa. No importaba si hacía frío o calor o si caía un aguacero descomunal, tampoco si el viento amenazaba con levantarla por los aires como a Baba Vanga. Era infaltable, a las seis en punto de la tarde.

Al comienzo, solo reparé en su aspecto excéntrico, en la postura varonil, tan arqueada la cintura, tan con las manos en el ciático, tan sacando panza cervecera, pero con el tiempo y la incesante repetición de su rutina fui advirtiendo detalles finos, cosas que no explicaban nada por sí mismas pero que, en conjunto, sugerían el todo.

Mi departamento se ubicaba en un segundo piso y yo no podía evitar asomarme al balcón para contemplar a la contempladora. Cada miércoles me encendía un cigarrito y me sentaba en un banquillo plegable a mirarla como a una película muda y a tratar de discernir la acción implícita en su vigilancia obsesiva.

Permanecía balanceándose sobre sus piernas varicosas durante dos horas, cambiando el peso del cuerpo de un lado al otro. A veces se sentaba en el cordón, agotada por la flebitis. Me gustaba estudiarla con los binoculares. No es que estuviera muy lejos, sino que el lente me permitía descubrir cada píxel de su persona; podía transitar sus tatuajes como si explorara una calle en el Street View del Google Maps. Nunca la vi fumar. Tenía una madeja copiosa de pelo oscuro que, debido a la combinación uniforme de canas, de lejos semejava un gris parejo como cemento fresco. Las ropas eran siempre las

CUENTO

mismas, una blusa rosa viejo, cursi, a la cual le faltaban botones, y una bermuda acampanada de *jean* llena de agujeros. Harapos. Siempre limpios, impecables, pero harapos. A las ocho, más tardar ocho y cuarto, se retiraba.

Con el pasar de los meses, la curiosidad fue exacerbando mi inquietud. Pronto quise saber cómo se llamaba, de dónde era, en qué lugar residía, a qué se dedicaba, quiénes la rodeaban y, sobre todo, qué se le había perdido en esa pescadería. Su visita, estricta pero invariable, no respondía mis preguntas, así que busqué la oportunidad de interceptarla. La ocasión me la otorgó una tormenta terrible que anunciaron durante una semana entera con alertas naranjas y reiteradas recomendaciones de seguridad. Se preveían vientos huracanados, granizo de magnitud y descargas eléctricas.

Las ráfagas le alzaban el *jean* de la bermuda y amenazaban con arrancarle la blusa mientras ella se aferraba al poste de la luz, cuando me acerqué. Me había provisto de un paraguas que resultó inútil porque el viento me lo invirtió como a un juguete.

—Vamos, venga. —Le tendí la mano.

La mujer reaccionó con sorpresa y desconfianza y se agarró más fuerte del poste.

—Venga, que hay alerta, se viene feo, no sea porfiada.

El viento hacía alarde de una potencia inédita y yo luchaba por mantenerme en pie. Cuando el granizo empezó a rebotar sobre mi paraguas dado vuelta y sobre su cabeza descubierta, se decidió. Trobamos mientras el clima nos aporreaba con hielo, agua y todo tipo de basura.

Le costó subir al departamento, no estaba en forma. Yo la escolté con miedo de que perdiera el equilibrio y cayera tumbándome como a una pieza de dominó por esa escalera estrecha de peldaños afilados. Pero llegó al segundo piso al fin, jadeante.

Me fue difícil hacerla entrar. Se quedaba en el pasillo mirando a la puerta con recelo.

—Entre, mujer, vamos.

Ingresó dando unos pasos cortos que me recordaron el caminar de las geishas en las películas de Hollywood. Se aparcó en un rincón; claramente me tenía miedo.

Bajé las persianas porque el viento arrojaba con violencia ramas contra el vidrio. Después, le ofrecí una toalla y me puse a preparar el mate. La vi secarse el sudor con el dorso de la mano.

—¿Le gustan amargos o dulces?

No me contestó. No me contestaba nada. Solo me miraba sin mover un músculo de la cara. Decidí por ella y preparé amargos. Así los tomo yo. Abrí un paquete de galletas de agua y las dispuse en un platito.

—Venga, siéntese.

Se sentó con cuidado, como si la silla fuese frágil, evitando tocar la mesa. Desprendía olor a jabón de tocador, de esos de precio intermedio. Estaba limpia, limpiísima. La ventolera le había arrancado las últimas lentejuelas que le quedaban a su blusa. Le cebé mate. Pensé —no sé por qué— que si tomaba mates era una persona normal pese a cualquier extravagancia. Al mate me lo recibió, aunque rechazó las galletas como si le ofreciera veneno para ratas.

—Yo trabajaba en la pescadería esa —dijo sin preámbulos, para mi sorpresa.

Chupó del mate con un placer no exento de nostalgia y me lo devolvió sin mirarme a la cara, los ojos clavados en el hule de la mesa. Yo esperaba con ansiedad que ella continuara cuando se cortó la luz. Se oyeron gritos de frustración en los departamentos contiguos de los vecinos que veían un partido de fútbol.

Coloqué una vela encendida entre nosotras y reanudé el mate. Lucía como una cita romántica. Afuera el vendaval hacía estragos.

—Trabajó en la pescadería —me atreví a retomar.

Ella asintió y comenzó a acomodarse el cabello desordenado por el viento. Se levantó del asiento, fue hacia el espejo junto a la puerta, se peinó con esmero una cola tirante y perfecta. El excesivo cuidado de su higiene contrastaba con el deterioro de su vestimenta. Regresó

CUENTO

a la mesa y recibió el segundo mate amargo. Rechazó otra vez las galletitas.

—Trabajé un año y me enamoré del patrón. —Se encogió de hombros, como disculpándose—. O él se enamoró de mí, ya no sé.

Entrelacé mis dedos sobre la mesa procurando demostrarle atención.

—Me embaracé justo al mismo tiempo que su mujer. Lo tuve apenas dos días antes que ella y él se lo *encajó*.

—¿Se lo encajó?

—Le dijo a ella que había tenido dos. Mellizos, ¿vivo? —Volvió a encogerse de hombros—. Luego me echó. Fue por el 83. Yo tenía diecisiete, y nada que hacer con un bebé.

Después de esas palabras no pronunció ninguna más por mucho que le insistí, se volvió de roca otra vez. Lloró de forma discreta, se sorbió los mocos, me aceptó la servilleta y se quedó en silencio sin hacer caso hasta que paró de llover. Ahí me dirigió un gesto de asentimiento, que supongo fue gratitud, y descendió sola hasta la calle. Muchas preguntas quedaron en el tintero.

El miércoles siguiente no apareció y tampoco el próximo a ese. Mi preocupación se prolongó en vano porque no sabía quién era ni dónde vivía y era poco lo que podía hacer. Nada en realidad, no podía hacer nada. Pregunté aquí y allá en el barrio, por si alguien la conocía, y nadie prestó atención. Muchos esbozaban una mueca de indiferencia cuando oían sobre ella o repetían el gesto de llevarse el dedo a la sien.

Entonces junté valor para cruzarme a la pescadería, pensé que allí debían saber. Pedí un par de filetes de merluza y confronté al empleado. Desconocía si era una sucursal pequeña de alguna cadena de pescaderías o si se trataba de un negocio chico, familiar, atendido por sus dueños. Mi conocimiento sobre el barrio era nulo, hacía meses que me había mudado y me mantenía ocupada estudiando, compraba todas mis cosas cerca de la facultad.

—La vieja esa —dijo el que me atendió, con un hartazgo que hizo

evidente el enfrentamiento— está loca. Nosotros nomás le dimos pescado.

—¿Pescado?

—Tenemos pescadería. Andaba pidiendo. ¡Le dimos pescado!

—¿Cuándo?

—No sé, tres o cuatro años atrás. Dos o tres veces quizás. —Me apuntó con el índice—. Si la ayudás, te va a joder.

Me quedé mirándolo sin saber qué creer. Sus pómulos altos y su mentón saliente me recordaron las facciones de la contempladora. Pero puede que mi percepción estuviera condicionada por el relato. Puede que vistos a la par no tuvieran absolutamente nada en común. Pagué mis filetes; a la noche me los freí. Luego me dediqué a repasar los apuntes para un examen. Evité pensar en la contempladora. Era mucho lo que debía estudiar, mucho de verdad, así que me olvidé de ella por un periodo largo. Hasta que reapareció.

Sucedió un miércoles, como era de esperar, a las seis justas. Se frotaba la cintura con una mano, igual que si sufriera de lumbalgia. Sacaba panza. Vestía la misma bermuda raída y la misma blusa cursi y estropeada de siempre. Esta última había perdido algún botón más porque el escote dejaba al descubierto un corpiño furiosamente amarillo. Limpia, limpiísima. Su pelo de cemento se ceñía en una cola de caballo abundante. Lo habitual. Solo que ya no custodiaba la pescadería. Ahora su vista se clavaba obstinada en mi balcón.

La piel y la pulpa

Brenda Becette

Los golpes son redondos. Un ploc contra el encordado de una raqueta —undostrescuatro—, otro ploc. Rebota la goma afieltrada y escupe polvo de ladrillo. El metrónomo de los veranos es el club que hay a la vuelta de la casa quinta. El eco de unas voces trata de sostenerse en el aire transparente, pero se cae antes de enseñar el lenguaje. Por algún lado brota el chorro potente de una manguera. Es bastante temprano, ni siquiera se despertaron las chicharras del calor.

Héctor está en la cama y sabe que Marisa salió. Por la ventana asoma otro de esos días en los que si uno no se mete al agua, lo desaprovecha. Y él así. Cada día así, o peor. Es el mejor horario para meterse a la pileta, cuando el sol no le acribilla la pelada; la segunda mejor opción es a la nohecita. Ya debe estar cerca del pueblo, ayer a última hora les mandaron la lista de los medicamentos nuevos y ella recordó que los sábados la farmacia cierra al mediodía. Aunque nunca lo diría en voz alta, a ella le gusta irse, tardar un rato más, respirar un poco. Cómo no. Ojalá él también pudiera tomarse un respiro de su propio cuerpo. Ella supone que él puede dormir un rato más —quedate acostado, aprovecharé a descansar—. Quiere que la espere sin hacer lío hasta que ella vuelva, quién sabe a qué hora. No es un impedido total. No por ahora, y se espanta si a su mujer se le escapa un gesto maternal o lo trata como a un viejo de ochenta. Eso sí, no puede negar que le cuesta levantarse solo. Hoy es un día inusual: se tiene paciencia. Sabe que si se empeña lo va a lograr. Va a empezar por ponerse el traje de baño, un desafío para sus dedos agarrotados. Le preocupa quedarse a medio camino, la posibilidad

CUENTO

de desplomarse en el piso como una marioneta sin dedos que lo sostengan. Si no puede subirse el *short* va a tener que avisarle a Nanu (a Coti imposible, es demasiado chica para presenciar...). Él se conoce: sabe que prefiere no hacerlo. Quedará tirado y desnudo hasta que Marisa lo encuentre. La enfermedad todavía no le quebró la capa densa del pudor.

Les dije que la mejor es la grama bahiana, como la que tienen en el club, bien suave. El nuestro es un pasto natural lleno de yuyos, medio desprolijo; cada tanto hay pelones de tierra seca donde se juntan las plantas pinchudas, esas que se clavan en los talones. Igual, como dice papá, si no caminás descalzo nunca se te endurecen las plantas de los pies, no formás el callo. En el arbolito ya hay un par de membrillos grandes. Son del mismo color amarillo verdoso que las pelotas de tenis que nos aparecen en el fondo. Me gustaría tirárselas a Frodo y que él las ataje, como hacen los perros inteligentes. Lástima que él siempre nos gana de mano; encuentra las pelotas antes que nosotros y las muerde con furia para romperlas del todo. Quedan abiertas como los gajos de una naranja vacía.

Las manos bailan y hacen eco en las sombras del techo de la pieza con la luz que filtra la persiana. Entre los auriculares y sus tímpanos retumban los bing bang metálicos y, por atrás, los bajos punzantes. Nanu juega con las manos que primero fingen correr, después las abre del todo como si explotaran y luego son interlocutoras, se hacen gestos de cortesía entre ellas. Pase usted. Quién, ¿yo? Arma su coreografía con los dedos como piernas y también como si fueran ojos con dedos de pestañas o bocas que dicen no quiero hablar con nadie, no quiero estar acá, ni siquiera levantarme, total para qué. Con estas dos todo el día, me da cosa sostener a papá para pasearlo por el jardín, odio ese brócoli de mierda, la comida sana y sin conservantes de Marisa. Tengo que irme. Él me da mucha pena pero más pena me doy yo. Me estoy perdiendo la mejor parte del verano enterrada en una quinta lejos de todos. Tengo que armar un plan. Help me, S.O.S. Las manos ruegan, se cierran como una piedra, se extienden como un

papel y los dedos se abren como tijeras. Soy la única que no está este fin de semana en el río; hoy van todos a la isla. Seguro que Nicolás también. Las manos se besan, los dedos se acarician entre sí y pasan al cuerpo. ¿Se habrán levantado los demás?

Prefiere no usar el bastón. Total, no está su mujer para retarlo. No puede (no quiere) imaginarse cómo lo ven los demás. No hace tanto, él podía correr seis kilómetros y nadar en todos los estilos una hora por día. Ir al baño es una tarea difícil pero se las arregla y eso le da ánimos. Los corticoides estarán haciendo algún efecto, por fin. Sale al pasillo apoyándose en la pared de revoque bolsado. Llama con su hilo de voz a las hijas y espera. Ninguna de las dos le contesta. El desayuno sí que le resulta imposible; no podría manipular ni la cafetera humeante ni las tazas. Resignado, empuja la puerta entreabierta para salir a la galería. Ya lo dijo: un día glorioso. Los dedos dorados lo tocan a través de la Santa Rita, entonces él recuerda lo que era sentirse fuerte. El calor le afloja las piernas, que suelen luchar en las arenas movedizas de su espanto. Algún dios quiso devolverle la energía y sabe que no va a durar.

Arranco la más perfecta de las dos frutas y cuando la tengo en la mano pienso que con semejante tamaño debería ser más pesada. Mamá me dijo que los membrillos son para hervir porque crudos no le gustan a nadie. Yo necesito probarlo de todas maneras. Me cuesta arrancarle un pedazo con los dientes, este membrillo es durísimo. La boca se me llena de algo ácido y amargo; de la dulzura que esperaba no encuentro nada. En el corazón abierto de la pulpa veo una mancha negra y después un gusano que se retuerce como si estuviera contento.

Los rebotes de goma siguen, marcan un tiempo de cámara lenta. La paz narcotizante en un barrio de zona norte suena así, tiene la armonía ausente de los cementerios. Él avanza de a poco, se sostiene de los ladrillos a la vista, de los hierros de la glorieta, y pisa el pasto. Siente la caricia áspera de las malas hierbas, unas cosquillas leves y conocidas. Una brisa súbita le despeina el poco pelo que le queda

CUENTO

arriba de las orejas, le llena la boca del olor de los jazmines, del agua de los regadores sobre la tierra, del cloro cercano. Alcanza a ver a Coti que anda por el rincón de los frutales: ella se pasaría horas mirando las plantas, está seguro de que en aquel futuro ella será bióloga o jardinera y sonríe. Su hija no lo vio y él prefiere no llamarla. Es la primera vez que está solo en casi dos semanas.

Cómo saber si me comí un pedazo del gusano. En algún lado leí que aunque les corten una parte del cuerpo siguen vivos. Tal vez esas son las lombrices, no sé si esta es una. Es gorda, como los bichos que se multiplican en el basural del fondo. Uff, qué hace afuera papá, a esta hora y sin el bastón. Estos días está tan amargado que me va a retar, o va a tratar, con esa voz sin fuerza. Se pone peor cuando no puede gritar... Voy a tener que ir a ayudarlo, pero ahora comienzan las arcadas. Trato de vomitar y no puedo, lo que tragué no vuelve a la boca, solamente la acidez hecha baba. Meto los dedos en la garganta, a ver si sale el pedazo de fruta podrida, la carne gelatinosa y anillada, asquerosa.

Nanu se asoma por la ventana de la cocina. Su padre camina muy lentamente por el jardín, con su malla roja, hacia las reposeras de la pileta. No tiene el bastón. Qué bien, debe de sentirse mejor. Cómo le gustaba nadar, pobre. Ahora está pálido y blandengue, con lo deportista que era hasta el año pasado. No muy lejos anda Coti, hurgando en el barro, seguro con el proyecto ese de armar una huerta. Que cuide a papá por una vez. Un plumazo su media hermana, que se cree de una inteligencia superior, y la persigue para contarle todo lo que leyó, o las teorías conspirativas que encuentra en internet. Basta. No quiere seguir pudriéndose en esta casa con olor a enfermedad, encerrada entre rejas y ligustrinas a más de cien kilómetros de su juventud. Con la mochila en la espalda, sale por el camino de atrás que va al portón, aunque no llega a abrirlo. Tiene que esconderse detrás de un pino porque en la esquina ya está el auto de Marisa.

La pileta está limpia, excepto por dos pelotas de tenis que flotan como patitos plácidos sobre ese espejo celeste. ¡Frodo, cache! El perro

aparece trotando y estira todo su cuerpo sobre las lajas para alcanzar la pelota que tiene más cerca. Con su hocico largo llega, lo logra; después se desparrama en el piso para destruirla del todo, gruñe de placer. Los rayos de luz se quiebran en múltiples esquirlas en la superficie del agua. A Héctor nunca le pareció tan tentadora. Quién soy ahora. Quién quiero ser: alguien que ya no vuelve. La vibración de un motor que se acerca al portón le da el impulso, se apura hasta que llega al borde. Levanta la vista por última vez. En el cielo flota el rastro de humo de un avión, como una rúbrica final, como su firma.

La pena

Juliana Betancur Londoño

¿Cómo van a definir mi hecho como algo «malvado» si la sola ocurrencia de esa idea cambió mi vida por completo? La mejoró, le dio un propósito a mi existencia, transformando mis días en pequeñas acumulaciones de victorias que, gradualmente, abrieron mi camino para alcanzar, al fin, una meta: mi propia meta, mi meta personal.

Cuando miro atrás y recuerdo esos tiempos, siento que fueron los mejores de mi vida. Fui feliz y todos lo notaron. Fui libre, fluida, social, buena madre, buena esposa, buena en todo, porque tenía un rumbo fijo, un objetivo planteado, una razón para levantarme todos los días.

Y lo cumplí. Cumplí mi proyecto. Por primera vez finalicé una tarea y lo hice tan bien, tan bien, que incluso lo que ustedes puedan categorizar como «malo», para mí, es el premio a todo mi esfuerzo y dedicación.

Porque si no hubiera sido por esto, no habría llegado a existir para ustedes, sería solo otra en la multitud, una extra que sirve de relleno en la vida, una persona común que pierde el tiempo mirando y soñando aparecer en las pantallas luminosas, como lo estoy haciendo yo.

Creo que el único talento que tuve en mi vida fue mi belleza. Mi belleza física. Siempre aparenté menos edad de la que tengo y estéticamente, al parecer, cumplo con los cánones de belleza del momento. Por eso siento que mi fama se esparció más rápido gracias a mi apariencia angelical. Estoy segura de que sin eso, ese hecho no hubiera sido la conmoción mediática que fue, es y seguirá siendo. Porque

CUENTO

todos los días mueren personas, todos los días las personas son asesinadas, todos los días alguien pierde algo que tenía. Pero no todos los días una mujer bella, con ojos de perro fiel y rostro completamente armonioso, mata, o más bien lapida vivos dentro de las paredes de su casa, a todos y cada uno de los miembros de su familia: perros, esposo, hijo. Y con qué precisión, talento y astucia lo hice, como si hubiera nacido para esto. Como si la falta de educación, oportunidades y un bello cutis hubieran existido solo para que yo pudiera llevar a cabo este fin.

Y cuando lo pienso de esa forma, todo cobra sentido para mí. Incluso me atrevo a decir que este es el sentido que todos buscan en la vida. El sentido que las películas te dicen que todos los humanos tenemos. El sentido que los libros de autoayuda te invitan a buscar en ti. El sentido que le da una razón de ser a la existencia humana.

Cuando lo veo de esa manera, entiendo que este era mi propósito, que nací para esto, que los dioses escribieron esta misión para mí, que todos esos años de profundo vacío valieron la pena. Pues sí, la valió; cada maldito minuto en esa casa, cada abuso físico, cada abuso psicológico, cada desagrado, cada traición, cada moretón, cada mentira, cada sonrisa fingida ante los demás, cada lágrima en las noches, cada noche oscura del alma. Valió la pena, mis penas valieron, también sus penas y lamentos y los sonidos de rasguños dentro de las paredes. Todo valió la pena, como un acto de expiación por sus pecados y malas conductas. Yo, como su verdugo, estoy orgullosa de decir que valió la pena hasta mi condena de muerte.

Asumo lo que hice. Me responsabilizo de mis actos. Nunca pensé evadirlos. Pero ustedes creyeron que yo, con mi delgadez y mi frágil figura, no sería capaz de hacer algo tan atroz, tan maquiavélico. Tantos adjetivos con los que han calificado y encabezado los titulares de las noticias. Ustedes mismos crearon y se creyeron la historia. Ustedes mismos tenían la necesidad de sentir esa dualidad, de pensar que una bella mujer jamás sería capaz de ejecutar ese plan. Ustedes mismos tenían la necesidad de prolongar más la noticia para enri-

quecer a las corporaciones y mantener hipnotizada a la audiencia. Ustedes mismos, hoy, luego de que yo conté todo, son los que salen a juzgar, a señalar y a satanizar algo que nunca fue de su incumbencia. Por mucho que vieran las señales en mi rostro, las marcas de abuso en mi piel, los anteojos en las reuniones y los quebrantos de salud como excusas para no asistir a las tradicionales festividades: tantas Navidades ausentes, tantos *holidays* enferma, solo para no mostrar las inflamaciones cutáneas, los nudillos rotos, las costillas astilladas.

Y ahora soy yo el monstruo. Ahora soy yo a quien repudian. Ahora soy yo la que les muestra un espejo en el que ustedes se reflejan y por eso el rechazo. Lo entiendo, por eso vuelvo y digo que valió la pena. No soy ni seré nunca más una mujer hermosa y débil. Pasaré a la historia como un ser con poder, un animal sediento de sangre. Seré las historias de terror de los niños, seré la duda en los ojos de las mujeres enojadas. Seré un espíritu denso que atormenta los sueños a las tres de la mañana, el deseo sangriento, una idea brillante en medio de una noche oscura del alma.

Seré la pena maldita que deambula en las mentes de las mujeres maltratadas.

La Cabrería

Camila Blavi

Inviabile era Miseria, al igual que sus hermanos. Pero se le ve por ahí recorriendo las calles a saltos. Pareciera que lo nacido en esa tierra no tuviera otra opción más que partirse. A un ritmo encrespado va el animal de un lado a otro exigiendo y recibiendo, con gratitud, lo que llegue para sí. Había visto con sus propios ojos a los Deficientes de cariño llenarse las narices de ponzoña. Respirar dentro de sacos de cáscara dúctil al ritmo de sus inhalaciones. También fue testigo del humo blanquecino nublando sus cráneos. Cómo las facciones devastadas de sus rostros lograban comenzar una sonrisa, una curiosidad quieta, similar a la de las carnes blandas de criaturas jóvenes sobre mujeres que las llevaban a cuestras. En general, los Deficientes de cariño se ocultan entre los escombros, las personas les temen por su conducta curva e irreflexiva. No es el caso de Miseria.

No. Miseria tiene el corazón del tamaño suficiente para aguantar lo que sea a cambio de una caricia.

O un trozo de carne.

O agua fresca.

O un baño.

O una mirada.

Esa víscera le ordena agitar su cola y abrillantar sus ojos al hacer contacto visual con otro ser vivo. Este perro solo sabe emitir aus y

CUENTO

eso usualmente desconcierta. Desconcierta tanto a las almas curvas de La Cabrería que no le falta ni le faltó caricia, trozo de carne, agua fresca, un baño o una mirada.

Aunque eso venga antes o después de una golpiza.

Miseria se queda.

Miseria es en sí una curva y dentro de ella así habita el afecto.

La vagancia lo arquea hasta llegar a los restos de grasa de pollo salpicados en el suelo por el asistente de la única carnicería del barrio. Se arma una poza de sangre aguada que se esparce por donde la lengua de Miseria no llega. Claro que la grasa se la traga antes de aventar aus contra las palomas hambrientas reunidas alrededor. ¿Hasta cuándo sigues alimentando a este animal? Articula en un graznido el carnicero frente al rostro del chico salpicado de sangre. El hombre ha agitado sus guantes sucios sobre el cuerpo huesudo que ya cayó al suelo de puro susto.

Miseria ha aprendido a reconocer cuáles son sus batallas. Su forma se dispersa entre el humo que cae por la tarde sobre La Cabrería. Le quieren y no. Varía el afecto según la hora, las ventas, las balaceras, los salarios. Lo que no varía es el humo que cae en el barrio después de las cinco de la tarde. A esa hora empiezan las quemas. Los residentes culpan de ellas a los Deficientes de cariño. Dicen que lo hacen para comunicarse con los narcos, que están aliados. Pero desde que apuñalaron a la mina de uno de los grandes, no hubo balaceras mas sí el humo.

Kristen se llamaba la chica y tenía una panza grande de ocho meses. La habían encontrado sobre su sangre esparcida en Los Volcanes. Allí vivía ella, a cinco cuadras de Concordia: un sector donde el humo era aún más espeso y apenas dejaba ver. Después de las cinco nadie salía de su casa y quien se atrevía o no había encontrado un trabajo con mejor horario, se bajaba de la micro en el cruce

de Concordia con La Cabrería y trotaba de la manera más silenciosa posible a casa.

A Kristen la encontraron por Miseria. Después de las seis, aventaba aus y agitaba su cola hasta el cansancio a las palomas que llegaron en masa a quitarle el charco. Acercó su nariz a la panza que seguía circular pese a la rajadura. De la mutilación asomaba una bola blanda del tamaño de dos puños y qué curiosidad no haber visto algo parecido antes.

Miseria puso el feto entre sus patas delanteras para lamerlo, así lo encontraron. Y el animal, tan curvo, al ver humanos, comenzó a agitar su cola, relamiéndose los belfos teñidos de rojo y jadeando. Su cola rozaba el rostro hinchado de Kristen, que se asemejaba más a una berenjena que a ella misma. Las piernas de los vecinos temblaban al avanzar. Querían acercarse a la escena y comprender. Miseria lo notó. Usó la táctica acostumbrada: huir cinco metros a la espera de ver el feto surcar el aire hasta sí para entonces hacerlo regresar. Pero se quedó ahí, con el vaivén de su cola, el pelo blanco teñido de un gris rojizo y aus sin respuesta.

Quedaron esas personas tan quebradas frente a la escena que estuvieron quietos varios minutos. Alguien murmuró algo sobre matar a patadas, pero las imágenes se volvieron borrosas cuando los picoteos de una paloma alentaron a otras a acercarse. Pareciera que el sonido también advirtió a algunas ratas que avanzaron entre los pies de la muchedumbre hasta llegar al cuerpo de Kristen.

Anteriormente, Miseria había extraído con cuidado el feto, pero en algún punto solo la cabeza quedó en su hocico. Dejándola despojada de cuerpo y placenta. Dejando el cuerpo arrojado y la placenta sobre el charco de proteínas.

Después de esto, algunos vecinos de Los Volcanes decían que Miseria era un animal endemoniado, pero eran los menos. También es cierto que algo que los humanos hacen con facilidad es olvidar, sobre todo cuando la contingencia es cruel e impostergable. Como el hambre.

CUENTO

Niña-Niña nunca creyó la historia y se encargó de apalearse duro a quien hiciese la más mínima insinuación en la escuela. Para los Deficientes de cariño era una especie de deidad y fue así como, desde entonces, en las ollas comunes, las raciones fueron generosas y continuas para el Au.

Las cosas

Mariana Cabrera

*Ahora regreso a la casa en llamas pero,
¿dónde está el lugar donde solía vivir?*

KAN-AMI

I.

Las cosas se oxidan.

Eso decía mi madre para explicar la degradación de todo: desde una infidelidad hasta una llave que no giraba en la cerradura. También lo dijo cuando no me quise subir más a la bicicleta después del accidente. *Lo que no se usa, se oxida.* Yo no sabía si se refería a la bicicleta o a mí. La realidad es que yo había quedado en silla de ruedas y, aunque el médico decía que no necesariamente iba a ser para siempre, no veía cómo podría subirme a una bicicleta. Pero ella insistía, como queriendo negar lo que había pasado. Una vez, incluso, me llevó al monte y me subió a la bicicleta. Para que le perdiera el miedo, dijo. Me alzó, me sacó de la silla y me encastró en ese aparato. Después me empujó por la pendiente. La bicicleta iba sola, veía el pasto pasar a una velocidad insólita a mi alrededor y no podía mover los pies, se me venía la imagen del abismo a uno de los costados en el camino del lado opuesto del monte, el grito del pájaro que me había distraído, mi hermano a toda velocidad viniendo por atrás, gritando que siga, que

CUENTO

dale, que cuidado, las bicis cayendo y yo volviendo en mí, sintiendo el dolor y arrastrándome solo a casa.

Esa noche dormí con todas las piernas rasguñadas. Mi madre me curó con agua y sal y me dijo: *Mejor hacerlo ahora que todavía no sentís nada. Si no le vas a agarrar miedo. Las cosas se oxidan si no se usan.*

De mi hermano nunca hablaba. Había cerrado su habitación con llave para que nadie pudiera entrar. Los vecinos comentaban lo valiente que era, la fuerza de voluntad que había que tener para sobrellevar lo que ella vivió. Y tan entera se la veía, decían. Pero la realidad es que nadie nos visitaba, o cada vez menos. En el funeral sí hubo gente, pero después ya no. O mi madre no les abría o los despachaba con alguna excusa. La podía escuchar silbando en el patio trasero mientras colgaba la ropa o barría el piso. A veces hasta parecía que nada hubiera pasado. Pero de noche yo me acordaba del cuerpo, de la postura inverosímil en la que quedó mi hermano cuando su caída se detuvo contra el pasto.

Una tarde mamá estaba empujando mi silla por el pasillo y se paró en seco. *Mamá, tengo que ir al baño, apúrate.* Pero ella miraba a un lado y a otro, expectante. ¿Lo escuchás? No sabía de qué me hablaba. *El aleteo, se debe de haber metido un pájaro a la casa.* Y se fue a buscar el pájaro que le aleteaba en el oído. Yo me quedé solo, en el pasillo oscuro, aprendiendo a moverme en esa silla, sin escuchar nada. Pasó otra vez a los pocos días, cuando estábamos tomando mate en el patio y se quedó abstraída, buscando al pájaro que le aleteaba cerquita. Ya no salía de la casa, no era necesario. Las compras se las traía una vecina que apenas tocaba el timbre para avisar y le dejaba la bolsa en la puerta. A las consultas médicas me mandaba en un taxi. Hacía años que vivía de la pensión de su ex marido. Volvió a pasar una vez que estaba concentrada limpiando las repisas superiores y casi se cae porque creyó ver al pájaro escondido ahí, detrás del plato azul de porcelana. Seguía escuchándolo detrás de la oreja. Mi madre es ahora una mujer a la que le persigue el aleteo de un pájaro invisible.

II.

Las cosas se pudren.

Es verano. Un durazno se pudre en la canasta de la cocina. Primero, el olor penetrante, ácido, invade los ambientes poco ventilados. La humedad de las paredes hace el resto del trabajo. Después, unas moscas oscuras como la obsidiana rondan sobre la pelusa blanca que ya cubrió la fruta. Le traje ese durazno del monte, de un árbol escondido en un claro. Mi madre era fanática de los duraznos. Los sostenía con sus dos manos pequeñas y se los devoraba con unos dientes filosos que le iban arrancando la carne. Muchas veces sus filamentos quedaban atrapados entre dos dientes y era gracioso verla hablar con eso colgando. Mi hermano y yo no podíamos contener la risa y escupíamos lo que estuviéramos tomando. Ella se enojaba y nos llamaba malcriados. Pero a mi madre ya no le importa el durazno. Ni el verano ni que vaya solo al monte. Ya no le importan las cosas del mundo, de la casa. De su mundo. De lo que era su casa.

Después del accidente, el silencio me empezó a atemorizar más que el ruido. No podía distinguir cuándo ella estaba bien, cuándo me necesitaba. *Pobres*, comentaban los vecinos, *ellos solos en esa casa tan grande*. Temía que le pasara algo y yo tuviera que subir tres pisos con las muletas hasta su habitación. En mi imaginación, nunca llegaba a tiempo.

Escondí todas las fotos que encontré, todos los objetos que pudieran recordarle algo. Era como si quisiéramos estancar el tiempo, hacer como si nunca hubiese existido un pasado. Pero el durazno insistía en pudrirse en la canasta y las manchas de humedad subían por las paredes de la escalera.

Una noche entré a su cuarto y la vi desnuda. El día había dejado un calor sofocante pegado a los muebles. Llevaba una bata de tul calado y nada abajo. Estaba subida al quicio de la ventana con los brazos en cruz y la noche blanca resaltaba sus pechos como dos lunas gemelas.

CUENTO

Su aullido era el de un pájaro nocturno. Su mirada, bestial, se perdía más allá de la calle en penumbras.

La tomé de la cintura y la bajé de un tirón. Tenía miedo de que quisiera tirarse. La acosté y la tapé. No opuso resistencia. Me miró como si mirase a otro. Después, ya no dijo más nada.

III.

Las cosas se agrietan.

Mi madre se sumergió en un silencio manso. Cada tanto la iba a visitar al geriátrico y me miraba sin reconocermela, pero siempre sonreía cuando algún pájaro gris pasaba por el cielo. En el hospicio no hablaba con nadie pero tampoco daba problemas. A veces ululaba de noche y había que sedarla, pero eso era lo único. Le gustaba que le silbara. Cuando escuchaba mi trino, las arrugas de la cara se comprimían y volvían a unirse en una mueca de placer. Las grietas alrededor de los labios finísimos que imitaban el gesto del silbido, como una pasa de uva en el centro de la cara de lo que alguna vez fue mi madre.

La casa la vendí. Nunca pude volver. Cada habitación era un compartimento separado del resto, a punto de derrumbarse. Si la pisaba otra vez, la casa entera ardería en llamas o yo mismo me prendería fuego. Para ir a visitar a mi madre desde la ciudad, tomaba el camino de tierra, el más largo, para no tener que pasar por la puerta. Una sola vez la crucé, creyendo que podía volver de visita, que el pasado pisado. Ya no usaba bastones, pero ese día mi renguera tiraba y no me dejaba ir por el camino largo. Fue ver la puerta ocre bajo ese sol tremendo y un abismo sin fondo crujió en mi pecho.

La enfermera del turno de la tarde me contó que una vez la escuchó decir «Fernando» mientras veía una bandada de pájaros que volaban

hacia el norte al final del verano. Fernando. La única palabra que pronunció en todos esos años. Una palabra lanza que se me quedó clavada como una espina. Una palabra que mi madre dijo en un susurro y que yo no escuché. Fernando. Nuestra grieta. Mi hermano.

Esperando la oportunidad

Daniel Angel Castelo Martinez

Mi padre ha colocado los retratos en las paredes del estudio de la misma forma que un mecánico pone sus herramientas en el taller. Hay abuelos, bisabuelos y personalidades —la mayoría desconocidas para mí— que le dan fuerza y lo inspiran, como lo he escuchado contarle a más de un cliente. A mí nunca me contó nada. Cada vez que lo espío siento que me transformo en un retrato más, y aunque me da miedo que me encuentre, la curiosidad siempre gana.

A las diez de la mañana entra al estudio una mujer elegante, delgada y pálida, más vieja de alma que de cuerpo, con un encanto que me cautiva. Se presenta como Carolina Sheck y luego de saludar a mi padre con un beso en cada mejilla, mira todo el lugar con un respeto y una curiosidad inusitada. Como es una clienta nueva, mi padre comienza a explicarle las reglas de la casa, entre ellas, que debe dejar su reloj en la pequeña mesa de la entrada. Luego prende una vela gigantesca que podría alumbrar hasta el final de los días y detiene el reloj de pared, ese gigante que parece la torre de una plaza en el medio del estudio.

A continuación es hora de que mi padre haga una introducción larga sobre el funcionamiento de las cosas aquí dentro. Yo me distraigo unos minutos y vuelvo a ellos cuando están cerca de dar inicio al ritual. Los dos tienen los ojos cerrados y, antes de que el recitado cobre vida, yo muevo los labios repitiendo cada palabra de memoria.

«En este lugar no hay tiempo. El tiempo está afuera, esperando el momento oportuno para llevarnos a casa. En este lugar no hay

CUENTO

secretos, las paredes deben escuchar. El aire, dentro y fuera de cada cuerpo, tiene que ser uno. Somos viajeros en una estación de tren, solo hay que saber el segundo exacto en el que el milagro pasará frente nuestro».

A continuación abren los ojos, respiran hondo varias veces y mi padre repasa una vez más las principales instrucciones del ritual con voz de hipnotizador. «Tiene que contar todo lo que le sea posible, no guardarse ningún secreto, terminar siempre con la pregunta y, sobre todo, acatar la respuesta. Si le parece, tomemos asiento en la otra parte del consultorio» —ordena profesional, ante la mirada grave de Sheck que acto seguido se derrumba sobre el sillón.

Me tomó varios meses entender de qué va todo esto. El trabajo de mi padre es el más extraño de todos los que he visto, escuchado o imaginado en toda mi vida. Si alguien me pregunta —y, por suerte, nadie lo ha hecho aún— prefiero decir que es carpintero, porque cualquier otra explicación es un callejón sin salida. Después de todo, uno de sus pasatiempos preferidos es restaurar o fabricar pequeños muebles para amigos y familiares en este mismo consultorio, por lo que según como se mire, es una verdad o una mentira a medias.

La cosa es básicamente así: mi padre se sienta en el estudio, prepara su ritual de brujo disfrazado de terapeuta, escucha al cliente de turno disertar sobre lo que quiere saber y se transforma en un oráculo que puede responder una única pregunta, si es o no la hora más propicia de hacer tal o cual cosa.

Yo estoy acostumbrado a escuchar las preguntas de la gente y, si bien he visto un desfile de gente rica y pobre por el consultorio, las preguntas más o menos se repiten: personas bien vestida que quieren saber si es hora o no de expandir su negocio, hombres y mujeres que preguntan si es el momento de confesar un amor, hacer un viaje en el que van a arriesgar todo o cambiar de trabajo.

Claro que hay gente más extraña, como un tipo misterioso que pregunta todos los meses si ha llegado el momento de decir la «verdad» al resto, dejando volar mi imaginación que en este tiempo se

ha hecho más fértil. En resumen, mi padre es como una brújula que puede identificar el mejor momento para hacer, o dejar de hacer, algo y para la gente eso vale bastante dinero.

Carolina comienza a contar su vida con todo lujo de detalles. Tiene una tienda de antigüedades, recorre el país buscando objetos valiosos olvidados y le está yendo mejor de lo que hubiera imaginado. Sin embargo, no sonrío, solo da detalles de la tienda y luego pregunta sin entusiasmo. «Quiero saber... ¿Ha llegado la hora de expandir el negocio?»

Mi padre cumple con su parte, pone los ojos en blanco, se sostiene de la silla como si recibiera una descarga eléctrica y finalmente responde. «No es momento propicio aún».

La mujer recibe la respuesta sin inmutarse, no se le mueve el rostro en absoluto, lo que me desconcierta por completo. Luego habla de su ciudad natal y de sus hermanos, los que no ve hace años. Comenta la profesión de cada uno, las razones para separarse y los juegos que jugaba de pequeños. «Quiero saber... ¿Ha llegado la hora del reencuentro?». El ritual se repite. Ojos en blanco, brazos tensos y una exhalación que siempre me estremece. «Es el momento propicio para el reencuentro. A fin de mes, con la luna llena, es el momento ideal».

A continuación, es turno de la danza, esa pasión que la hizo recorrer gran parte del país y todo tipo de teatros: pequeños, medianos y grandes. «Yo no dormía, bailaba. Podía bailar durante horas, sola o acompañada, con música o sin música, lo mismo me daba. Yo era parte de la vida y de la naturaleza, pero de repente algo pasó y todo se detuvo, como si me hubiese transformado en roca, y solo pudiera conformarme con la lenta erosión de los días. Nunca más bailé y nunca más escuché música» —dice bajando la cabeza como una muñeca rota.

«Quiero saber... ¿Es hora de volver a la danza?». «No es momento propicio aún. Primero hay que sanar» —dice mi padre limpiándose el sudor. Las sesiones lo dejan exhausto. Luego será hora de descansar hasta la tarde, aunque eso signifique mi aburrimiento más atroz.

CUENTO

Algo ocurre de repente, y la seriedad de Carolina Sheck pasa a ser una capa de hielo fino a punto de romperse. «Yo era parte de la naturaleza. La naturaleza me dio un hijo y ese hijo era para mí la mayor expresión del movimiento. Bailaba al compás de la vida, bailaba en comunión con cada partícula del universo, entendía como nadie el lugar que le tocaba ocupar y, sin embargo, un día todo me fue quitado. En mi cabeza retorcida entendí que tenía que pagar por haber disfrutado tanto de la vida y que, para colmo, pagaría la deuda con intereses. Luego no quise buscar más explicaciones...»

Mi padre no se inmuta. Serio y profesional, aguarda esperando el momento en que la pregunta sea realizada y pueda aplicar su don de forma implacable. La mujer se limpia las lágrimas y trata de recomponerse, buscando lanzar la pregunta con la misma pausa solemne con la que la gente se detiene frente a una fuente a tirar una moneda.

De golpe y sin moverse del sillón, la mujer comienza a mirar los retratos uno por uno, como si quisiera convencerlos de algo con la mirada. Al llegar a mi esquina siento que me clava los ojos, aunque yo no sea más que un agujero minúsculo e imperceptible, casi un bicho asomándose por el poro de la piel de la habitación.

Cuando termina de hacer su extraño recorrido, lanza una pregunta que por algún motivo me deja temblando: «Quiero saber si es hora de intentarlo de nuevo. Quiero saber si es hora de traer nueva vida al mundo» —dice seria, como si estuviera negociando con un representante del universo.

Mi padre la mira indiferente, pone los ojos en blanco y todo su cuerpo comienza a arquearse con mayor intensidad, como si fuera una rama cerca del fuego. Luego contesta: «Ha llegado la hora de sanar y traer nueva vida al mundo». La mujer se pone a llorar emocionada, abraza a mi padre, mira en todas direcciones como si estuviera buscando algo y se va con una mezcla de llanto y alegría que me deja emocionado.

Mi padre toma un pañuelo de seda, se acerca a los retratos y los limpia uno por uno. Me pongo nervioso porque camina en mi dirección

y pienso seriamente en escapar. Sin embargo, la curiosidad y el magnetismo de mi padre no me dejan moverme. Quizás sea hora de que me encuentre y que me explique con lujo de detalles de qué va todo esto.

Cuando está cerca de mí, me mira directo a mis ojos de polizón y me sonrío. «Es hora de que vuelvas al mundo, ella te está buscando» —me dice con voz paternal. Detrás de las paredes escucho un murmullo que me alerta y quiero abandonar mi posición. Nunca antes había escuchado algo así, porque no se parecen en nada a los ruidos amortiguados que vienen del interior de la casa.

De golpe mis ojos se agudizan y distingo decenas, o quizás deba decir cientos, de espías-hermanos que, al igual que yo, miran curiosos y clandestinos por las paredes. Comienzo a recordar algo olvidado que no se puede traducir en palabras, mientras papá me sonrío y me extiende la mano, y aunque no puede tocarme, su gesto me tranquiliza. «Calma. Yo trabajo para ustedes» —me dice cansado pero feliz y sus ojos me dan la orden de volver a casa.

El canto de las cigarras

Roberta Colucci Carluccio

Mamá canta siempre mientras corta las verduras. También cuando riega las plantas. Sé distinguir cuál de las dos cosas está haciendo por el tono de su voz: agudo con algo de resistencia para las verduras, grave y lírico para las plantas. Son sus ceremonias sagradas. No me acerco a ella mientras agarra los cuchillos ni tampoco mientras recarga el balde de agua. Estos objetos, en las manos de mi madre, se transforman en armas de defensa o ataque. Quieta y en silencio, desde la pequeña ventana de mi habitación, la espío hacer sus gestos habituales: limpiar los tomates, dejar escurrir el agua de la canilla, cosechar la albahaca y dejarla en remojo, cortar la cebolla como solo a ella le gusta, espesa y larga. Lo mismo hace con los tomates. Cada rodaja es un trozo de papa agrio en la boca. A pesar de mis quejas, ella sigue haciendo lo mismo, desde hace treinta años. Usa los tomates grandes y ácidos para las ensaladas y los corta en el centro, en el corazón, en cuatro partes enormes. A veces, por el apuro, deja el tomate entero con el indicio del corte en la piel.

Mi madre abunda en toda la casa: su cuerpo, aunque esté en el jardín o en el piso de arriba, ocupa todo el espacio, respira todo el oxígeno disponible. Ella canta y hasta las paredes tienen ojos para mirarla. Mi cuerpo, en cambio, está amarrado a los párpados de la insistencia.

Para que mi madre me vea, voy dejando en los espacios pequeñas huellas de mi paso. El papel del chocolate es lo que más detesta. Dice que después, cuando lo recoge, el chocolate que ha quedado

CUENTO

pegado en los bordes se pega a sus dedos y el olor le da náusea. Yo sigo haciéndolo. Como chocolate acurrucada en mi cama, me apuro y cuando ella va afuera, es mi momento, mi pequeña venganza. Toda la casa está hecha para ella, como si fuera un animal solitario, como si nadie más tuviera acceso. Cuando le digo que el sofá rojo me parece horrible, de mal gusto y demasiado grande para nuestro *living*, su respuesta es siempre la misma: esta casa es mía. Los adjetivos posesivos son sus favoritos, le dan la autoridad para separar lo suyo de lo otro. Ella no pierde ocasión para subrayármelo. Me clava la mirada como si quisiera devorarme, tensa la mandíbula y un trazo de rechazo se dibuja en su cara. Mío, esto es mío, me repite. Yo, desde mi ventana, mido sus enojos. Conozco la ira de mi madre, sé cómo desencadenar una explosión, la erupción del volcán que ella es. Mirarla desde lejos es observar la decadencia en la que cae, día tras día. También, significa observar mi decadencia, la cárcel en la que sobrevivo, todos los días. Estoy en la boca de mi madre. Si fuera por ella me tragaría mientras yo voy dejándome morir de a poco entre sus dientes. Mi madre es la debilidad más fuerte de mi cuerpo. La palabra amor anclada al silencio. Es donde caigo para que su lengua me recoja y me endulce de su crueldad.

Cuando algún hombre me visita, ella no pierde la ocasión de mirarlo desde arriba hasta abajo, de escudriñar este cuerpo desconocido, de olerlo como si fuera un trozo de carne fresca. Escucha el toc toc de la puerta y se apura antes de que yo pueda bajar. Se queda ahí con el brazo colgando en el umbral, llenando el aire de humo de cigarrillo. Sus pulmones están llenos de humo de cigarrillo. Qué haces, *ragazzo*. Pregunta sacando sus tonos más graves. La seducción es el alimento primitivo de mi madre. Se pinta los labios de un color rojo vino, todas las mañanas. Camina alrededor de la casa con sus vestidos sutiles y los escotes en el centro del pecho. Tenemos los mismos lunares alrededor de la clavícula izquierda. Acaricia la pulpa de los tomates frescos y deja sus dedos ahí, por algunos minutos, en remojo. Aun así, su cuerpo ha envejecido, como todo cuerpo. Le miro las manos

y veo la piel detonada por el paso del tiempo, su color pálido, los dedos hinchados por la circulación enferma, las arterias frágiles como cables eléctricos sueltos. Cuando se agacha, su cuerpo es una piedra. A veces sospecho que quedará anclada, doblada sobre sí misma, incapaz de moverse. Sus huesos erosionados por dentro se quebrarán hasta convertirse en granitos minúsculos de materia. Mi madre será arena, esto lo sé desde que tengo memoria.

Un recuerdo: mi hermana y yo flotamos en el mar. Luego arrancamos con las brazadas. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Ella marca el ritmo y, de vez en cuando, se voltea a mirar si yo, la hermana más chica, la sigo, si estoy todavía nadando. Más rápido, me grita, más rápido. Tengo ocho años y no tengo miedo del agua. Pero cuando pierdo a mi hermana, el mundo se oscurece, el agua se enfría, y toda la espuma del mar se deposita en mi boca hasta ahogarme. Le pido que me espere, que nos alejamos mucho de la orilla. Las dos flotamos para descansar. Le damos reposo a nuestros cuerpos pequeños, a nuestros pulmones hechos de sal. Me miro los pies y le digo que me parecen aletas. Tengo los dedos hinchados. Mamá nos estará buscando, volvamos. Ella es impertinente, siempre ha sido impertinente. Se ríe de mi preocupación por mamá, me dice chupamedia, llorona. Desde el fondo del mar mi madre me llama, con la misma ira de siempre. Mamá nos busca, le digo. Estamos tan lejos de la orilla y mi madre vive tan dentro de mí y yo tan dentro de su boca, y somos tan mutuas, y nos alimentamos la una de la otra que yo puedo escuchar su llamado debajo de las olas, como un rugido, como una respiración que me asfixia. Nos vamos acercando a la orilla y ahí está, furiosa, con su grito bestial: dónde se habían ido, pendejas, si les pasa algo las dejo ahí, nos dice.

Mirar a mi madre significa mirar la posibilidad de su muerte.

Ayer la vi mientras agarraba la escalera de madera que tenemos encerrada en la cantina. La guardé ahí para que nadie pueda usarla. Es una escalera vieja ma', le dije, mejor que no te subas, podrías lastimarte. Fue una de las pocas veces en la que, a pesar del desprecio en su cara, cedió. Se alejó imponiendo su mirada en la mía. No soy

CUENTO

vieja, me dijo modulando cada una de las letras. Yo quedé sentada y sostuve su mirada de animal rapaz. Hablar con mi madre es estar al borde de un incendio. Cuando la vi desde mi ventana llevar la escalera debajo de su brazo gordo y enrojecido, quedé callada. Crucé las piernas, apoyé mi cabeza en mis brazos y ahí esperé. Esperé la posibilidad de su muerte, así como de niña esperaba el verano para volver a nadar en mi mar. Con la misma angustia y el mismo entusiasmo. Se dibujó una leve sonrisa en mi cara mientras iba tragando las últimas gotas de mi jugo de naranja. La vi abrir la escalera y posicionarla debajo del enorme árbol de pino que habita en nuestra casa. Con su paso vacilante se acercó a los escalones, posicionó el primer pie, luego el segundo y empezó a subir lentamente, sosteniéndose con los brazos temblorosos a los bordes malgastados de la madera. Mi madre se alejaba de la tierra y yo imaginaba el peso de su cuerpo, de su amor crudo, caer con un ímpetu tan fuerte hasta provocar un derrumbe, un hoyo en el jardín de casa. Miraría, después, este agujero enorme y negro y sabría que ahí dentro mi madre se estaría desmoronando hasta convertirse en arena. Le susurraría esta frase que ella siempre me repite durante nuestras peleas, cuando la desafío en exceso, cuando me quedo callada observando su cara deformarse por el peso insoportable de amar a un animal tan poco domesticado como su hija: a los lobos, habría que entregarte a los lobos.

Dos cosas heredaré de mi madre: el cuerpo y la ira.

Mientras ella seguía subiendo cada escalón con la lentitud de una mujer de sesenta y cinco años, las ramas del pino se movían al unísono y las cigarras aturdían el aire con su canto incansable. Alrededor del tronco grueso, unos geranios rosados y blancos han comenzado su floración y sé que dentro de pocos días todo el jardín estará colonizado por estos colores que ella tanto ama y que yo detesto. Intenté, más de una vez, arrancarles la raíz y dejarlas morir. Cavé un hueco a escondidas, corté con una tijera su cuerpo y luego recubrí el cadáver con un montículo de tierra. Nunca desaparecieron por completo. Volvían a nacer enseguida y proliferaban todavía más, mostrando

su vigorosidad, imponiendo su belleza ante mis ojos. La tierra es el elemento sagrado de mi madre.

Pensé, de repente, que debería irme de esta casa. Dejar a mi madre ahí, colgada del árbol de pino y arrancar hacia un lugar nuevo. Esta idea se impuso en mí tan rápidamente y con tanta claridad que no cabía duda alguna. Me levanté quitando la mirada de esa mujer parada en un vacío terminal y agarré mi bolso. Estaba decidida. Lo llené con mis pocos vestidos y unos cuantos libros. Entré en la habitación de mi madre y robé unos billetes que ella siempre guarda en su campera verde.

Desde la ventana, la suya, escuché un grito cortado. Era su voz.

El sonido se extendió por algunos segundos que me parecieron horas, días, años. Su voz ya no era su voz, sino el canto de las cigarras, el rocío de las hojas de pino antes de una tormenta, el canto de las ballenas. El mar mismo era su voz. Un recuerdo. El olor del limón. La torta de manzana recién salida del horno. La canción de Loredana Berté.

Mi boca seca se abrió. Mamá. Dijo.

Un recuerdo: mamá nadando a lo lejos, donde el agua cambia su transparencia y se hace oscura, violeta, casi negra. Mamá, una boya transportada por las olas. Mamá, una cabeza rodeada de espuma de mar. En la orilla mi hermana y yo hacemos montículos de arena, dibujamos tortugas y castillos. A mi lado se acercan los pies y las enormes uñas amarillas de mi abuela. No te alejes, grita, volvé inmediatamente, le grita. Su cuerpo es una estatua, las dos manos en la cadera, la mirada hacia el horizonte, pétrea. Estoy acurrucada en la arena y, mientras la miro, un chorro de agua sale de mi cuerpo. Miro a esta mujer y sé que su eco es la voz de mi madre, que su llamado es un ancla, una astilla pesada que me parte los huesos de la columna vertebral. Orino al lado de mi abuela y nuestros pies se mojan con este líquido caliente que sale de mi vagina.

Salí corriendo hacia afuera con mi bolso en la mano y mientras iba cerrando la puerta me di cuenta de que mi madre seguía ahí, arriba

CUENTO

de las escaleras. Sujetada como un ave nocturna. Me acerqué a ella y vi sus piernas blancas perladas, cada una de sus venas dibujaba la geografía de un territorio que yo conocía de memoria y que, a la vez, me resultaba extraño, ajeno a mí. El cuerpo de mi madre, la carne alimento de mi cuerpo. Estaba ahí, con una cigarra entre las manos. La atrapé, repetía eufórica, la atrapé. Cuando percibió mi presencia se dio la vuelta rápidamente con la cabeza y su cuerpo quiso acompañarla en el movimiento. Quedó con un pie colgando en el aire por algunos instantes. Las dos nos miramos. Adónde vas, me preguntó, necesito tu ayuda hoy. No le respondí. Por qué agarraste una cigarra, má, soltala. Me abruma su mirada de rayo. Cada molécula de su cuerpo está hecha para que yo desaparezca en ella, para que pueda respirar desde mis pulmones, digerir con mi hígado, latir con mi corazón. Yo voy cediendo. En un silencio tumbal, agarró la cigarra con el índice y el pulgar y la metió en una pequeña caja de cartón que llevaba al brazo. Con la uña de su dedo meñique abrió una fisura minúscula; para que puedas respirar, repetía. Los animales pequeños son su forma de redención.

Mamá, un pulpo de ocho tentáculos viscosos y dos hileras de ventosas.

Me voy, le dije. Ella siguió con la cabeza agachada mirando al pequeño insecto. Me voy, le repetí levantando mi voz. Mi madre parece no escuchar nunca. Empezó a tararear una canción que me cantaba de niña, cuando no quería irme a dormir, cuando el calor del verano ahuyentaba los buenos sueños y yo buscaba su boca, solo su boca, para descansar. Me voy, susurré por tercera vez y me di la vuelta, avanzando hacia el portón. Mi madre dice que estoy programada para volver. Que no tengo la suficiente valentía para dejarla envejecer sola, que tengo responsabilidades y le debo la vida misma. Eso, que le debo la vida misma. Me repitió esta frase tantas veces que he terminado por ceder a este amor incomparable, famélico. A su mordida dolorosa y dulce. A las garras que me penetran hasta las vísceras dejando abierto y sangriento mi cuerpo. Mi

madre. El eco de mis gotas de sangre. El crujir de mis pasos ocupó todo el silencio y pareció, por un momento, que la casa entera iba a derrumbarse, que debajo de mis pies se abría un precipicio insalvable y que yo misma iba a desmoronarme. No comas mucho, dijo, y volvió a cantar.

Radio Malinas

Javier Fernandez Gadea

La cocina es pequeña, pero está muy limpia. Los azulejos son blancos, viejos, relucen. Está perfectamente ordenada. Se ve pulcra. Parece que allí no ha cocinado nadie en un mes, pero Luis prepara la cena todas las noches. Empezó a cocinar cuando le despidieron hace un año y ahora que vuelve a tener trabajo, disfruta preparando platos complicados y recogiendo todo antes de ir a dormir. Nunca lo hubiera pensado.

Dan las siete en la sintonía de una radio local, un transistor barato, naranja. Le faltan pilas. La emisora no está bien sintonizada. El volumen sube y baja. Se oyen crujidos de fondo. «Radio Malinas ¡La única radio pensada para escucharte!».

—¡Y una mierda! —dice Sara entrando en la cocina.

—Buenos días —dice Luis.

Presiona el botón de la cafetera. Se enciende una luz amarilla, parpadea—. ¡Estoy harta de que intenten engañarme!

—¿Cómo dices?

—Lo de la radio esa que te escucha, ¡es una mierda! —responde sin mirarle.

—No es más que el eslogan de una emisora radio, ¡venga, déjalo!

Luis responde mirando hacia la cafetera. Coloca dos rebanadas de pan integral en la tostadora y presiona a fondo la palanca roja. El aparato emite un zumbido como de abejas, que cesa poco después.

—Déjalo, relájate, siempre la misma historia. Parecéis discos rallados. Mis padres todavía, pero tú eres el peor. ¡Estoy relajada, joder!

CUENTO

Son unos cabrones, todos mienten —dice Sara.

—Sara, son las siete de la mañana, no podemos empezar así el día.

—Luis se sienta frente a ella, pero evita mirarle a los ojos.

—¡Pensada para escucharte! —dice Sara, burlándose, exagerando un deje de niña consentida—. ¡Una mierda de escucha! —Otra vez agresiva.

Luis se levanta, abre la puerta de la nevera y saca la mermelada de mora y la mantequilla. Lo deja todo bien ordenado en la mesa entre los dos servicios de café. Con el mantel a cuadros de fondo y la luz blanca de los halógenos, a vista de dron, el conjunto parecería un *collage* simétrico con un toque *naif*. Se vuelve hacia Sara justo cuando el piloto amarillo de la cafetera se apaga y presiona un segundo botón. El olor a café inunda el ambiente y los reconcilia por un momento. Las tazas vibran, se entrechocan sobre la rejilla metálica, se produce un ruido como de gruñido animal y por eso Luis no puede oír lo último que dijo Sara. Deja sobre la mesa las tazas de porcelana azul, humeantes, encima de los platillos blancos. Le pregunta luego.

—¿Cómo has dicho? —intenta retomar la conversación.

—¡Olvidalo! Era una grosería.

—Acuérdate de que hoy tenemos cita en el médico —dice.

—No soy amnésica, puedo estar de mal humor, pero no soy idiota ¿vale? No necesito que me lo recuerdes —luego añade—, no entiendo por qué insistimos tanto.

—Ya lo hemos hablado —dice Luis.

—He llamado mil veces... —Sara sorbe el café con cuidado.

—¿Cómo?

—A la radio digo. ¡He llamado mil veces a esa puta emisora!

—Ah, lo de la radio, ya. —Luis pone mermelada de mora en la tostada.

—Sí, lo de la radio, sí ... y nunca me han cogido el teléfono. Bip, bip, bip, comunicando todo el tiempo. Es mentira. No hay nadie ahí para contestar. Nadie para escuchar si llamas. Ni siquiera una máquina asquerosa.

—Sara, por favor, yo no puedo aguantar este espectáculo cada mañana... Antes de que Luis pueda terminar la frase Sara explota.

—¡Tú tampoco me escuchas! —le grita.

Sara se levanta como un misil, derramando su taza de café, y sale de la cocina dando un portazo.

Hay un impulso salvaje que se desplaza desde su nuca, pasando por su mano derecha, hasta la hoja de madera que gira enloquecida sobre unas bisagras recién engrasadas. Se produce un estrépito de bombardeo en el instante en que el cristal de la puerta de la cocina salta en pedazos a causa de la fuerza del golpe. Vuelan pedazos de vidrio rugoso de varios tamaños y formas, se desprenden esquirlas de madera, saltan clavos metálicos enloquecidos. Luis se ha cubierto la cara de forma instintiva con el antebrazo y el líquido de su café ha salido disparado en todas direcciones.

Cuando cede el estruendo, cuando la cocina recobra su silencio matinal, Sara ya ha salido al descansillo, en pijama y chinelas, dejando la puerta abierta, y está sentada, con la cabeza entre las manos, posiblemente llorando, cerca del rellano del piso inferior, donde la observa un vecino que sale de su vivienda y que, a pesar de lo extraño de la situación, la esquivo en silencio y sigue su camino.

Luis, que ya se ha resignado a llegar tarde al trabajo, tira al cubo de la basura una tostada con dulce de mora —una tostada aún caliente, erizada de pequeños cristales— y recoge el estropicio que desfigura la cocina, mientras piensa en el tren de cercanías de las 8:15, añorando el contacto con la masa de rostros anónimos que le acompañan cada mañana hasta el centro de Madrid, añorando sobre todo a Elena que lo espera en la estación del Pozo para compartir el trayecto hasta Atocha. Sale a buscar a Sara y se sienta a su lado en la escalera, en silencio, con las manos en los bolsillos del pantalón de pijama, esperando para volver a casa. Media hora más tarde, Sara dormita en el sofá con una buena dosis de diazepam.

CUENTO

Algunos días, sobre todo en otoño, justo al despertar, aún puede escuchar el estruendo del portazo. Un sonido opaco, definitivo. Un llanto también. Débil, sostenido. Y estallidos, una sucesión de ellos a intervalos irregulares. Tazas, vasos, recuerdos de mercadillo, impactando contra el suelo ajedrezado, gris y verde oscuro. Después, no volvió a ver a su padre. No se puede decir que lo añore. Lo borró de su vida, como un personaje de cómic mal dibujado, como un *souvenir* feo que tiramos al cubo de la basura. Es feliz viviendo con su madre, preparando cada día el desayuno para las dos. Es feliz con su trabajo estable, sencillo y mal pagado. Es feliz dejando pasar el tiempo en el parque del Retiro. Es feliz mirando con cariño a la gente, tan extraña a veces. Es feliz observando los árboles centenarios. Es feliz, sobre todo, observando. Y también está Luis. Él trabaja a media jornada en la misma empresa de logística donde ella se encarga, desde hace una década, de los envíos internacionales. Luis sonríe poco. Luis da la impresión de acarrear un fardo invisible y de plomo en sus espaldas. Luis no es feliz o, al menos, así lo cree Elena. Coincidieron un día en el mismo tren de cercanías y desde entonces, de forma tácita, adoptaron la costumbre de viajar juntos hasta el centro de Madrid. No hablan mucho, tampoco es necesario. Comparten veinte minutos de tren y quince de paseo hasta llegar al trabajo. Hoy Luis se retrasa y eso es muy raro en él. Elena ya dejó pasar dos trenes que partieron abarrotados y se empeña en seguir esperando. El día empezó torcido, pequeños contratiempos, tonterías: la leche que rebosa de un cazo, el reborde reseco y maloliente en la placa oxidada del fogón, un bote de miel que su madre desplaza sin querer con el codo y al caer se fragmenta en pedazos y derrama todo su contenido, su jersey burdeos que no aparece y al preguntar a su madre le responde que hizo trapos con él. ¿Trapos de lana, mamá? La sonrisa perdida de ella al responder, ¿y por qué no, cariño?

Va a llegar tarde al trabajo, pero algo le dice que es importante esperar y por eso sigue anclada al banco metálico de la estación del Pozo, dejando pasar los trenes, observando la riada de gente, intentando

aislarse en esa contemplación que la adormece. Una canción de cuna coral que la lleva a dormitar un buen rato. Sueña con su padre, una versión imposible de él, joven y muy amable, que le repite en susurros una sola palabra, que no comprende, con una voz chillona de colegial. Al despertar le cuesta situarse y por un momento aún cree escuchar esa voz. Luego repara en que el andén está casi vacío, hay un silencio profundo y extenso.

*

Al salir esta mañana hacia el trabajo, tuvo que esquivar a una mujer en el rellano de la escalera. Bajaba mirando el móvil y estuvo a punto de tropezar con ella. Parecía estar llorando. ¡Increíble! Exponerse de esa forma a la vista de los demás, ¡qué vergüenza! Debe de ser la chica de la pareja joven del cuarto piso. Nunca le gustaron, tan educados, tan modositos, demasiado perfectos, pero ahora parece que ya no les va tan bien y se alegra. Ha escuchado ya un par de broncas de las buenas y esta mañana hubo rotura de cristales. ¡Que se jodan, niñatos, que se enteren de lo que desgasta la convivencia! A él no le han engañado nunca, sabe que esconden algo turbio. Por eso empezó a seguir al chico en su camino hasta el centro de Madrid. Eso le implica salir media hora antes y dar un rodeo, pero merece la pena. Él no le conoce, viaja en el mismo vagón de cercanías y puede observar sus movimientos. Durante una semana no ocurrió nada, el chico escuchaba música ensimismado y luego caminaba un buen trecho hasta el trabajo. Cuando ya iba a desistir, un martes, se bajó en la estación del Pozo. El siguió en el tren para no despertar sospechas, pero ya trazó un plan para el día siguiente. Viajaría en otro vagón, saldría también en la estación del Pozo y esperaría un par de trenes más. Y ahí estaban. ¡Bingo! Lo sabía. Se cita allí con una chica, se saludan sin besarse y viajan juntos hasta un edificio de la calle María de Molina. Los ha venido observado desde entonces, oculto en la

CUENTO

masa del vagón abarrotado. Son precavidos desde luego, pero ahí hay tema, a él no le dan gato por liebre tan fácilmente.

Esta mañana no verá al chico en el tren de las 8:15, pensará que quizás salió antes debido a la bronca con su pareja, o que decidió irse de casa y no volver. Se bajará de todas formas en la estación del Pozo, donde espera la mujer sentada en unos de los bancos del andén. Se sentará en el otro extremo del mismo banco, aprovechando que ella está adormecida, para poder observarla mejor y constatar que no vale gran cosa: es muy vulgar y no va bien vestida, reponedora o cajera de un super. Pensará que esconde algo turbio tras ese aspecto descuidado, alguna perversión. Decidirá no ir al trabajo, dirá que tiene gripe, que durmió mal, que está con fiebre. ¡Que les den a esos explotadores de mierda! Cambiará de andén y tomará el siguiente tren de vuelta, que va extrañamente vacío, con la firme decisión de seguir espiándoles.

*

Cuando Luis se dispone a salir al mercado, se escucha, más allá del ruido de la estática, a pesar de la falta de pilas, se escucha con claridad, en Radio Malinas, un boletín extraordinario: una voz alarmada, histérica, con sonido de sirenas de fondo, que habla de un atentado brutal, aún sin reivindicar, que afecta a varios trenes de cercanías, se estima que hay cientos de víctimas, un espectáculo aterrador, difícil de describir, en los alrededores de la estación de Atocha.

Avistajes

Laura Galarza

Desde el pasillo se escucha cuando Fabián atiende a sus pacientes. Habla poco, más bien son silencios salpicados de suaves interjecciones, como a un ritmo de jazz.

Tenés un don —le dice Claudia durante la cena mientras él le cuenta de ellos—, podrías haber sido chamán, sabés entrar en las almas de los otros y salir indemne. —Él sonríe, le resta importancia.

Es que así es, tarde o temprano los pacientes de Fabián dejan de sufrir. Como el sacerdote que colgó la sotana y se casó con su novia de la infancia; la mujer que no quería hijos por presenciar de niña la muerte de un bebé o el que supo al morir su madre que era hijo de un hombre que ella había conocido por chat. Cuando termina de atender al final del día, Fabián va directo al baño, se oye el inodoro correr, después la ducha y sale con olor a talco y desodorante, los ojos vidriosos y fatigados, como si un hilo invisible los empujara hacia abajo. No se diría que es amor, pero a él sus pacientes le importan. A Claudia le entretiene ponerle la oreja, aunque a veces pierde el hilo, su cabeza divaga, mientras él pela fruta y teje hipótesis en voz alta. En ocasiones Fabián se culpa: cómo no se dio cuenta de que el gastroenterólogo era bipolar, lo confundió con depresión. A veces ya es medianoche y bajo la lámpara anota, subraya, resalta con flúor. No quiere olvidarse de lo que dijo cada uno. Dice que antes se acordaba textual, pero ahora le falla la memoria. No lo dice quejándose, nunca se queja, acepta lo que viene como es. Cuando Diego, el único hijo que tenían, murió a los dieciocho años, hace ya veinte, él se adaptó a vivir sin esa parte suya, lo mismo que un amputado.

CUENTO

Ahora Claudia lo escucha bajo el Aguaribay de la cabaña que alquilaron por unos días en esa quebrada del norte. «Imaginate, el tipo fue al hospital a internarse de motu proprio, le dijo a la secretaria del servicio “meteme un chaleco y no me dejes salir”, pero no había psiquiatra de guardia; eso sí, las camas parecen del Hyatt, pero el personal se va de vacaciones y no hay reemplazo, juegan con la vida de la gente. El tipo se tiró de ahí nomás porque encima la guardia psiquiátrica no tiene protección en las ventanas. Antes se tiraban por el hueco de la escalera, no solo pacientes, se tiraba cualquiera, enfermeros, médicos, lo que venga. Ahora pusieron un ascensor en ese hueco por esa razón. Es el colmo, en casa de herrero cuchillo de palo, que se te suiciden en una guardia psiquiátrica».

Cuando hace una pausa, Claudia sirve té. Vas a quemar las hebras con el agua a tanta temperatura —dice él.

Este viaje será el último antes de separarse. A la vuelta él va a mudarse al departamento que habían comprado para Diego y que hasta ahora mantenían alquilado, ella va a quedarse en la casa. Viajar juntos es lo que hacen mejor, algo firme bajo los pies, como caminar sobre arena compacta y fresca. Pero es todo lo que les queda.

Fabián levanta la vista del libro que se trajo, un ensayo sobre pájaros. Y le cuenta a ella que el tipo, el escritor, logra que los pájaros terminen siendo más que pájaros, que hace del avistaje una revelación existencial. Está maravillado, Claudia puede verlo en su mirada, lo conoce tanto. Ella, que nunca aceptó que él se ilusione tan fácil, le dice que eso es oficio, que el escritor seguramente talló como un orfebre, días y días, esas oraciones para darles profundidad y de inmediato ella se imagina —lo puede ver— al escritor en algún edificio de Manhattan, porque el escritor es neoyorquino, conversando con frialdad con su editor sobre esas oraciones que a su marido hoy lo emocionan.

¿Qué vas a hacer con tu biblioteca? ¿Te la vas a llevar? —pregunta Claudia.

Prometimos no hablar de esas cosas hasta volver a casa —responde Fabián volviendo al libro. Pero ella, a diferencia de él, nunca cumple los pactos.

Delante de ellos, una pareja de gorriones se acerca a buscar las migas. El macho va delante, protector. Picotean restos del bizcochuelo, las migas más voluminosas les cuelgan del pico. Las tiran y las vuelven a cazar, cada vez, como si se les fuera la vida en ello. Claudia hace un movimiento imperceptible con las manos y el pájaro se paraliza. Cuando entiende que ella no es una amenaza, sigue en lo suyo.

El día anterior, cuando llegaron a la cabaña, les pareció estupenda, por el hogar a leña que, aunque no lo fueran a usar porque es primavera, era el sueño de los dos si alguna vez compraban una casa. Tantas veces planeaban mudarse de la ciudad al campo. Pero nunca lo hicieron.

¿Y las cosas de Diego? Vamos a tener que bajar a la baulera —dice Claudia.

Diego cayó del balcón al terminar el secundario, aún no se decidía entre ser arquitecto o sociólogo. En el verano alquiló un departamento con los amigos en la costa, eran sus primeras vacaciones solo. Esa noche tomaron cerveza tirados en el balcón, único lugar respirable por la ola de calor. El balcón no resistió y se vino abajo. Y aunque salió en los diarios y lo televisaron durante días —las marcas de los demás balcones arrasados en la caída en el frente del edificio, como si alguien los hubiese mordido, ropas de los chicos colgadas de los árboles—, a los pocos días del entierro llamó la psicóloga para preguntar por qué Diego no había pasado por su resultado del test de orientación vocacional.

¿Y cuál es el resultado? —preguntó Claudia tan aferrada al tubo que su mano se entumeció.

Aquella mujer con voz de fumadora respondió que Diego decidiría si quería compartirlo con sus padres, ya era mayor de edad y ella guardaba secreto profesional.

En definitiva, es su futuro, enfatizó la mujer.

CUENTO

Claudia no pudo contener una carcajada y al final ella fue la que se tuvo que disculpar.

Ya hacía veinte años de eso. Cuando Diego murió, ellos estaban a tiempo de tener otro hijo y se les cruzó la idea. Pero Fabián no quiso. Imposible edificar vida sobre la muerte, dijo. Y que nunca iban a querer incondicionalmente a ese otro hijo.

Ahora Fabián lee en voz alta: «La otredad de los pájaros es parte integral de su belleza y su valor. Siempre están con nosotros, pero nunca serán nuestros». Después baja el libro, estira las piernas y mira en dirección al cementerio que colinda con el predio de la cabaña. Lo descubrieron recién hoy, con la luz del día. Al pasar el alambrado que rodea el terreno donde está la cabaña, se ven las cruces dispuestas sobre una loma, en bajada hasta donde comienza el pueblo. Al caer el sol, la luz hace un efecto como si las cruces flotaran.

«Vos sabés que este tipo viajó a la Antártida para hacer avistajes con una herencia que le dejó un tío lejano, dice Fabián y sacude el libro en el aire. Mientras los demás pasajeros visitaban la tumba de Shackleton, él instaló un telescopio en la cubierta para esperar al Emperador; según él, el ave más fantástica del mundo. Jamás toma fotos, porque no cree en ellas. Y en eso le doy la derecha, lo más importante de la foto es lo que no puede capturarse».

Fabián habla con entusiasmo de pingüinos, que tienen la peculiaridad de ser los únicos que no temen al hombre, y le cuenta a Claudia cómo prohibieron intervenir sobre su ciclo natural.

Incluso si hay un pingüino herido lo deben dejar morir en su ley —dice y vuelve la vista al libro. Pero antes acota— y resulta que encontraron una planta que hace fotosíntesis de noche.

Ella dice: pero es imposible sin sol.

Cuando el hombre cree tener la verdad, aparece otra para enrosstrarle que no sabe nada —dice él.

Y Claudia piensa que Fabián es el único a esta altura de la vida que la hace pensar. Donde ella actúa, él piensa.

Cuando la policía les avisó por teléfono sobre la caída del balcón,

así como estaba, con la ropa de jardinería, Claudia descolgó la llave del auto y abrió el portón del garaje. Él dijo: vamos a tener frío. Y la obligó a hacer un bolso.

Ahora el sol se oculta detrás del Aguaribay y las sombras hacen dibujos sobre los dos. Él envejeció bien, aunque no toma nada. Ella en cambio no puede salir sin su pastillero en forma de ovni con las iniciales de los días de semana.

Los pájaros ya comieron y volaron.

Ella le dice que ahora que va a vivir solo, capaz no parará nunca de trabajar.

Yo paro —dice—. Yo sé cuándo parar. —Claudia se pone de pie, junta las tazas para entrar y lavarlas.

No te engañes —dice él sin levantar la vista del libro—. Los pacientes no sufren ni más ni menos que nosotros.

Ahí es cuando Claudia recuerda que no están de vacaciones, sino que es una despedida; ya no vivirán juntos. Y, de repente, es consciente de ese vacío que hay debajo de todo lo que se ve sobre la tierra. Puede sentirlo como una vibración que la tensa entera. Desde la muerte de Diego que no tenía esa conciencia de que, en el fondo, no hay nada. Pero ahora no la desarma tanto porque el tiempo pasó. Espera a que ese instante de desesperación se evapore, le da la espalda a él y enfila para el interior de la cabaña.

El año de las cucarachas

Gloriana Jiménez Arauz

Pocas veces pueden hacerse afirmaciones que resulten indiscutibles en un mundo horneado en contradicción. Hay, inclusive, quienes debaten enardecidos en contra de tesis basadas en las pruebas científicas más contundentes, como aquella que sostiene que la Tierra no es plana. Pero en medio de tanto caos existe una certeza universal, quizás la más poderosa de todas, que no está abierta a discusión: las cucarachas serán las últimas sobrevivientes del planeta.

No en vano unas cuantas cucarachas astutas y perceptivas supieron interpretar los cambios en las manchas de humedad. Se habían expandido en las paredes ásperas y descarapeladas de la gran casa de campo, aquella que el gobierno había mandado deshabitar hacía años. Las formas periféricas se habían acercado lo suficiente a la mancha central y era hora de llevar el mensaje al resto del grupo.

Sus antepasadas más sabias elaboraron una profecía que fue heredada de generación en generación.

Cuando las manchas de humedad del baño tomen la forma inequívoca de nuestra tierra, Nicaragua, habrá llegado el momento de habitar la casa. Seremos bienvenidas y nuestros días de invasoras habrán quedado atrás.

Por eso, a través del tiempo, comunidades de cucarachas asentadas en los alrededores le habían atribuido al sitio un potencial especial y se habían organizado para mantenerse vigilantes, a la espera de que las manchas tomaran la forma indicada. Multitudes de cucarachas

CUENTO

acudieron al llamado desde escondrijos colindantes. Las alas frontales de las más intuitivas se agitaron produciendo un zumbido esperanzador que anunciaba que, quizás, había llegado el año de la gloria.

El 2018 había sido un año de señales especiales. Desde el mundo subterráneo, distintas redes de cucarachas habían percibido concentraciones de calor por las calles. Masas de humanos se movían en bloques y gritaban con los puños en el aire. Ante el peligro inminente de ser aplastadas, las cucarachas se mantenían ocultas. Desde las alcantarillas y escondites más recónditos, percibían las vibraciones de vehículos, sirenas y disparos que parecían ahuyentar a los grupos humanos. El caos se hizo presente a lo largo de un año en el que ellas debieron mantenerse a la expectativa, retraídas y guareciéndose con paciencia. Su instinto de supervivencia les decía que había algo diferente en ese período en el que el calor se cocía con desorden. Tenían la sensación de que, si sabían aguantar, lo podrido rendiría sus frutos y tanta espera iba a valer la pena.

En cuanto así lo confirmaron las guardias principales de las manchas de humedad, la emoción se coló entre las hileras de cucarachas y, cuando las alas se agitaron en grupo, se produjo una excitación contagiosa que hubiese resultado ensordecedora para cualquier humano ahí presente.

Para desencadenar la mutación tan esperada de las manchas, sin embargo, se requirió de una pestilencia fructífera liberada a lo largo del año, por lo que las cucarachas que se turnaron como vigilantes fueron testigos de una serie de acontecimientos sin duda necesarios. La primera señal llegó con la vibración de las tuberías. Las veladoras de turno se volcaron patas arriba con la sacudida repentina de esos conductos que antes solo habían conocido vacíos y en silencio. Pero en cuanto el temblor alcanzó el rumor estable del líquido en movimiento, comenzaron a disfrutar de una sensación reconfortante que en ese momento no se lograban explicar del todo. El agua había sido reactivada. Algo estaba sucediendo.

Unos impertinentes rayos de sol, dueños de una claridad capaz de fastidiar las miradas de sensibles ojos vampíricos, lograban colarse entre el polvo espeso y las telarañas que se abrazaban a los marcos del único ventanal del lugar. Las cucarachas precavidas no habrían abandonado su refugio cerca de las tuberías internas de no ser porque los pelos sensoriales de sus patas se erizaron. ¡Dios mío! ¿Qué era eso? Percibieron, con espanto, voces humanas y golpes secos de gran intensidad. La sensación inicial fue de miedo. Los humanos no solían ser portadores de buenas noticias. ¡Toc, toc, pum! ¡Toc, toc, pum! Los golpes oscurecían el ambiente y bloqueaban la entrada de los rayos de sol que disminuían su impertinente presencia en el interior. El sobresalto, entonces, se iba calmando en medio de una presión de aire que estrechaba el espacio e invitaba a que la mugre se expandiera a sus anchas. Qué triunfo y qué gozo. El ambiente se volvió mucho más acogedor para las cucarachas. Ahora sí podían salir a inspeccionar su añorada atmósfera en tinieblas. Confirmaron que volvían a estar solas, que los muebles residuales habían sido apilados en apetitosas montañas de escombros y que los agujeros del polvoso ventanal estaban ocultos detrás de tablones de madera fisurada con clavos en los extremos, puentes que les servían para conectar grietas y movilizarse con mucha más facilidad. La casa se estaba preparando para convertirse en el reinado que los insectos alados merecían después de períodos que les exigieron meticulosidad, sigilo y tolerancia. A partir de los nuevos cambios, ellas podrían pasear a cualquier hora del día con la tranquilidad de que los molestos cambios de luz no fueran más un motivo de preocupación.

Quién lo creería, pensaron las cucarachas sorprendidas. Resulta que los humanos sí pueden ser empáticos después de todo. Reflexión en exceso optimista, habrían contestado algunos seres pertenecientes a esa masa de bípedos que solía ser una amenaza constante de heridas graves o, en ocasiones, de muerte. Pero las cucarachas no habrían prestado atención pues, al estar inmersas en el interior de una casa clandestina que continuó impregnándose de cambios cada

CUENTO

vez menos sutiles, su entusiasmo no hizo más que crecer.

La siguiente vez que los humanos regresaron, trajeron consigo unas pisadas diferentes. No fue difícil que las cucarachas reconocieran que provenían de una hembra pues estaban familiarizadas con la desnudez. Lo que les ocasionó desconcierto fue identificar una asimetría inusual en la morfología de ese cuerpo. Esta vez, una de las orejas no estaba anexada a su cara sino que colgaba en parte. De ese costado salían hilos de sangre que se habían secado alrededor de su cuello y clavícula. La hembra fruncía el ceño, apretaba la mandíbula temblorosa y arrastraba sus pies descalzos. Tal escena empujó a las cucarachas a retraerse en lo más profundo de la primera grieta que encontraron para evitar cualquier saludo de espanto. Desde ahí recibieron las ondas aplastantes de sonido que provenían de gritos amenazadores. Si las cucarachas se hubieran atrevido a asomar la cabeza, habrían observado con sus ojos compuestos a los encapuchados. A sus botas que avanzaban como exoesqueletos de cucarachones cubiertas de un negro opaco y prepotente. Una tras otra iban ensuciando todo con una pesadez implacable que no reparaba en las huellas formadas por grumos de barro maloliente que se desprendían de sus suelas inflexibles. Más arriba, habrían seguido las manos toscas y peludas que apuntaban pistolas hacia la mujer. A ella la habrían visto amarrada y con las rodillas raspadas, obligada a permanecer en la misma posición durante largo tiempo. Habrían encontrado la manguera que azotaba el cuerpo atrapado a través de un torrente de agua fría hasta dejarlo tiritando contra una esquina. Habrían sido testigos de la brutal golpiza y de que los hombres tenían los pantalones abajo cuando se le fueron encima de uno en uno y, luego, todos a la vez. Pero las cucarachas son cucarachas y permanecieron ocultas. No quisieron mirar y, sin embargo, lo escucharon todo... ¡Todo! Hasta los gritos rabiosos de «machorra» y «golpista hijueputa», seguidos de carcajadas que dejaron un eco espeluznante cuando la habitación quedó medio vacía, medio muerta, con restos de oxígeno extinguiéndose

en las esquinas del rectángulo asfixiante. Después de unos minutos de silencio, las cucarachas salieron de sus escondites y percibieron que las extremidades de la mujer se movían tan poco que se animaron a rodearla con atención. Sobre sus patas ligeras, las cucarachas reconocieron los labios partidos y ojos morados en una cara magullada que se había deformado hasta parecerse más a la suya. ¿Sería posible que algún día llegara a asemejarse lo suficiente a ellas? Quizás le darían la bienvenida. De momento, sus antenas iban descubriendo la sangre caliente que se expandía a su alrededor y, seducidas, continuaban explorando con partes de sus bocas una sustancia blancuzca y azucarada que se propagaba despacio desde charcos y gotas espesas.

Pasaron los días y la mujer apenas conseguía ponerse de pie al escuchar el grito:

—¡¡Chupeta!!

Hacía equilibrio como podía para atravesar el suelo traicionero que ya se había convertido en una alfombra embarrialada por orina, heces, vómito y sudor, y así alcanzar una bolsa pequeña de arroz y frijoles que entraba rodando desde un agujero una vez al día.

En medio de ese escenario, las cucarachas obtuvieron suficiente materia orgánica en descomposición para sentirse revitalizadas. Esto se sumó al olor fétido que se había apoderado de la casa, la cual contaba con una ventilación prácticamente nula y que, en definitiva, le dio un nuevo aliento a su misión.

Cuando las celadoras fueron a vigilar las paredes del baño comprobaron, con inmensa alegría, que la acumulación de pestilencia, desechos orgánicos, manguerazos, cuadros febriles, podredumbre y lágrimas, había provocado un avance importante en las manchas que ya mostraban una clara intención de converger para formar una figura mayor. Fue mientras veneraban a sus antepasadas, congregadas alrededor de la mancha central, que escucharon nuevos golpes en la puerta principal.

CUENTO

Con la violenta apertura de esa puerta, comenzó a fluir un patrón que las cucarachas, nada tontas, supieron reconocer. Cada vez que los encapuchados regresaban, traían consigo nuevos huéspedes que habitaban la casa de forma simultánea, pero en distintas habitaciones y por períodos relativamente cortos. La desaparición de esos huéspedes dejaba rastros detrás, uñas enteras con sangre, dientes desprendidos desde la raíz, piel escamada, manojos de pelo arrancado, restos amargos de saliva mezclada con bilis amarillenta o diarrea pestilente. Eso aceleró de manera exponencial el avance de las manchas y llenó de vigor a las bienaventuradas que se identificaban con cada mutilación y recordaban la canción universal que las unía en los momentos en que enfrentaban el miedo y la adversidad:

*La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar
porque no tiene, porque le falta
una pata para andar.*

Los cánticos en ningún momento las distrajerón del objetivo principal. Todo lo contrario, les daban fuerza. Debían, sin lugar a dudas, aprovechar los beneficios de sus nuevas circunstancias. Por eso, no dejaron pasar ni un día sin evaluar el estado de la pared en cuestión.

Hasta que llegó el momento que las cucarachas habían estado esperando por generaciones y generaciones. Las vigilantes llevaron a cabo su repaso rutinario por el contorno de las manchas y detectaron una gran sorpresa. Sus antenas oscilaron a modo de péndulo y les pareció que la humedad y el moho se habían entremezclado lo suficiente como para reflejar la imagen de su tierra. Sus alas vibraron en un arrebató de emoción. Conmovidas, rozaron sus antenas y patas delanteras: era fabuloso el futuro que se les asomaba delante. Satisfechas e ilusionadas, se escurrieron entre túneles y cloacas para celebrar el mensaje con el resto de la comunidad: ¡por fin la casa estaba lista para darles la bienvenida!

Ante la certeza universal de que las cucarachas serán las últimas sobrevivientes del planeta, familias multitudinarias de cuerpos aplanados marcharon dando saltitos con pasos festivos que dejaron el rastro de un cosquilleo interminable detrás.

Hambre

Arturo López Zamora

La niña se sentó en el portal y le dijo a la madre:

—¡Tengo hambre!

La madre se quedó contemplando las musarañas, como perdida. Entonces vio las gallinas del vecino paseándose por el patio de tierra, surcando el caminito hasta el hueco que había en los bajos de la cerca. Agarró una piedra casi por instinto y la lanzó con rabia a la cabeza de la última gallina, pero falló el tiro.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Las gallinas se escabulleron de prisa, cacareando y agitando las alas. La madre maldijo.

—Mami, ¿por qué el vecino no nos regala una de sus gallinas? —preguntó la niña y la madre sonrió con un deje de amargura.

—Nadie regala lo que es suyo, Nena. No en este país.

—¿Y por qué no nos quedamos una para nosotros? ¿Tú crees que se daría cuenta?

—No se roba, ¿me oyes?

La niña se encogió de hombros.

—Pues entonces que no vengán sus gallinas a pasearse por aquí, ni a comer lombrices en nuestro patio. Eso también es robar, ¿no? Que se queden en su patio o le arrancaré la cabeza a una.

—La violencia nunca conduce a nada bueno, Nena.

—Pero si tú acabas de tirarles una piedra.

—Ya sabía que iba a fallar. Era solo para asustarlas —le contestó la madre y se metió en la cocina.

CUENTO

—Pon la mesa, Nena —dijo minutos después y la niña se sacudió la tierra de las manos y salió disparada a buscar el mantel.

—Las manos, Nena. Las manos.

La niña se agachó ante la pila del portal, abrió la llave y metió las manitas debajo del chorro. Se quedó unos segundos embelesada, contemplando el pequeño riachuelo que formaba el agua.

—La mesa, Nena —le dijo la madre con la voz irritada y la niña salió disparada a colocar el mantel.

En el plato había un pan redondo abierto de par en par, con aceite y dientes de ajo aplastados; acompañando el pan, una tortilla. En un vaso una limonada fría.

—¡Otra vez, mamá! —En el rostro de la niña se dibujaba el malestar.

—Come. Mañana otra cosa, ¿está bien?

La niña apretó los labios, agarró el tenedor de mala gana y cortó un trozo de tortilla. —¿Y tú por qué no comes? —le preguntó a la madre, que le dijo:

—No tengo hambre.

—¿Y por qué nunca tienes hambre?

—Porque soy grande.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho, Nena. ¿No sabías que a los grandes a veces se nos quita el hambre? La niña negó con la cabecita.

—¿Y por qué?

—Porque pensamos mucho, Nena. Por eso. Anda, come, que se te enfría. La niña dio otro bocado y le contestó:

—Pero yo también pienso mucho, mami, y siempre tengo hambre.

—Eres chiquitica. Ahora puedes pensar mucho sin que se te vaya el hambre. Cuando crezcas será otra cosa.

—Pues entonces yo también quiero ser grande. No quiero tener hambre.

La madre no supo qué más decirle. Se quedó observándola almorzar hasta que terminó. La niña se disponía a ir al patio a jugar, pero la madre la interceptó.

—Jovencita, ¿qué tienes que hacer antes de ir a jugar?

La niña se cruzó de brazos y miró a la madre, que abrió los ojos como si esperase una respuesta.

—Ya voy —dijo la niña de mala gana y se dirigió a la mesa evidenciando su malestar. Recogió el plato con los cubiertos, el vaso, y los metió en el fregadero. Ya se disponía a fregarlos cuando la madre le dijo:

—Déjalo, hoy friego yo. Pero antes de ir a jugar recoge el mantel y lávate los dientes. La niña obedeció. Minutos después la madre la observaba jugar en el patio de tierra. Caía la tarde cuando la madre vio pasar las gallinas. Iban en fila, como siempre. A veces alzaban el pescuezo y giraban la vista, atentas, pero enseguida hundían el pico en la tierra. La niña no prestaba atención a las gallinas. La madre, en cambio, se acercó desde el portal hasta donde jugaba la niña, despacio, y le dijo:

—Nena, óyeme bien, ahora yo iré caminando hasta la cerca sin hacer ruido. Haz tú lo mismo, pero al revés, hacia la calle.

—¿Y eso para qué, mami?

—Tú haz lo que yo te digo. Y cuando te avise echa a correr hacia las gallinas, asústalas para que corran hacia el hueco de la cerca, para que vengan hacia mí, ¿me entiendes?

—Sí, mami —dijo la niña riendo, pues el plan le resultaba divertido. Caminaron las dos en sentido opuesto, despacio para no ahuyentar a las gallinas. Ya la madre estaba agachada en el hueco de la cerca, hasta que a una señal suya la niña se echó encima de las gallinas. No pudo evitar que algunas escaparan hacia la calle, las otras, obligadas por la agresividad de la niña, se dirigieron hacia el hueco de la cerca para escapar.

La madre consiguió agarrar una gallina por el ala, que se partió de inmediato. La gallina clavó el pico en la mano de la madre, que pese al dolor no la soltó, más bien se ayudó de la otra mano hasta conseguir agarrarla del pescuezo y retorcérselo. Cuando se aseguró de que la gallina estaba muerta se agachó y la colocó en el suelo. Le

CUENTO

dolía la mano, no tanto por el picotazo sino por la fuerza que había empleado para matarla. La niña observaba con los ojitos inquietos. La madre echó un vistazo a través de la cerca, necesitaba asegurarse de que los vecinos no la hubieran visto. Cuando se hubo asegurado, le dijo a la niña:

—Ayúdame.

Fueron juntas a la cocina. La madre puso a hervir agua en una olla y comenzó a desplumar a la gallina.

—Coge. —Le dio un cuchillo a la niña y le pidió que se pusiese a pelar papas.

La niña pelaba las papas mientras observaba a la madre preparando un sofrito. —Ten cuidado no te cortes —le advirtió a la niña, que empezó a reír.

—Hoy comeremos rico.

—Sí, Nena, hoy comeremos rico —contestó la madre, se acercó a la niña, agarró su carita con ambas manos y añadió— pero óyeme bien lo que te voy a decir, esto que hicimos hoy es una excepción. No se roba. ¿Me entiendes? No se roba. Nunca.

—Sí, mami, si yo lo sé.

La madre asintió, luego reanudó su labor. Mientras revolvía el sofrito con la cuchara de madera le cayeron unas lágrimas en el interior de la sartén.

—Mami, ¿por qué estás llorando?

—No estoy llorando, Nena.

—Sí estás llorando, mami. Te estoy viendo. Dime por qué lloras.

—Lloro por culpa de las cebollas, Nena. Anda, pela las papas y no hagas más preguntas.

La colección

Carmen Macedo Odilón

El abogado se reunió con mi madre para hablar del testamento. Yo no quise estar en ese espacio tan solemne y artificial. Escapé como si fuera la memoria de mi padre la que me perseguía, hui de la maldición que caería sobre mis hombros a causa del cumplimiento de mi oscuro anhelo. Más de una vez deseé que mi padre se fuera lejos, que muriera de la forma más cruel para poder recibir toda la compasión del mundo, pero también el alivio de la promesa de que mi madre y yo empezáramos una nueva etapa. Lo malo de la situación era que él jamás me había hecho nada, ni golpeado ni insultado, a duras penas me había hablado cuando yo era más chico, el resto había sido pura comunicación indirecta, recados y chismes. Se convirtió en un fantasma en mi vida, hasta que al fin llegó a serlo para los demás.

«Y ahora quién no es más que una sombra», me dije a un par de cuerdas de mi hogar, respiraba por la boca y sentí el cabello humedecido tras mi nuca, luego vino un dolor en el vientre, pero no quise parar para que nadie notara mi alivio y satisfacción al pensar en mi padre muerto, que mi madre no creyera que había dado a luz a un demonio.

Cuando me di cuenta, en medio del temblor de piernas, ya era de noche y me encontré en una calle que no conocía, con el campo como marco de mi extravío, seguro de que en ese sitio nadie me daría el innecesario pésame. «No vas a ver en qué me convierto, dejaré de ser el gusano que engendraste y me volveré una polilla o cualquier otro bicho que represente a la oscuridad, como tú, intento de araña que

CUENTO

hubiera querido comerse sus crías tras salir de los huevos». De cara a una avenida poco transitada, con las pantorrillas acalambradas y el ardor en los pies ampollados, vi que alguien se me acercó.

—Dame todo lo que traes o te pico.

Eco de sombra paterna que despoja, amenaza y hiere. Alcé las manos como por reflejo, no llevaba siquiera las llaves de mi casa. Tras arrebatarme el saco de luto y los brillantes zapatos, aquel extraño se asqueó de la condición de mis pies: la carne al rojo vivo del talón, los restos de piel levantada que rodeaban una burbuja a la que se le salía el líquido de las ampollas debido al roce de un calzado no hecho para correr. Oí un reclamo y mentadas de madre que se me escurrieron como los últimos sentimientos que me permití ese día. No fui picado, pero sí me hice bolita en el suelo mientras recibía patadas en las costillas. Creo que luego de una media hora, el carro que mandó mi madre para mí llegó al establecimiento donde me permitieron hacer una llamada.

*

—Te heredó la casa, Gustavo. Cuando yo ya no esté contigo podrás hacerte de una familia y aquí no te faltará nada —dijo mi madre mientras servía el desayuno para los dos.

Su blusa negra hacía juego con el gran listón de luto colocado en el zaguán. Yo me había negado a la idea de llevar un lazo de duelo en el brazo derecho, no quise cambiar mi rutina ni tampoco me importó pedir un tiempo de descanso en el trabajo. Tras la lectura del testamento, la vestimenta negra y la asistencia al novenario me fueron ajenos.

—Este lugar se cae a pedazos, nunca supo cómo impermeabilizar el techo, instalar la luz en media casa ni acabar con la plaga de peces de plata que se acumulaban por culpa de sus libros.

—Ni tú tampoco, Gustavo —me respondió para irse de la cocina.

Tras el portazo, me quedé ahí con la que era la taza para el café de mi padre, antes de dejarla caer al suelo para que mi madre regresara. A ella, quizá la única persona que lo amó en su vida, no le dejó nada. A la otra, sí.

*

Mi madre no quiso estar en casa para la llegada de Araceli, la otra hija de mi papá, así que tuve que esperar su arribo para verla revisar seis cajas llenas de basura y por si tenía interés de hurgar en el ropero de su recámara. La vi bajarse de un taxi del aeropuerto. «Venir de tan lejos para mancharse las manos en un pasado que la excluyó luego de la muerte de su mamá, cuando mi padre se resignó a nosotros».

—Lo siento mucho, Gustavo.

Quiso abrazarme, pero di un paso atrás. Para mí, ella era otro espejismo, como el amor de un padre y la felicidad de una madre; una hermanastra con la que nunca me reuní, pero de la cual supe su existencia —al mismo tiempo que mi madre— cuando pidió vivir con nosotros. Un no de mi padre, otro no de mi parte; mi madre fue incapaz de responder.

—¿Cómo murió? O sea, ¿sufrió mucho?

Hubiera querido decirle que sí, que cada una de las lágrimas que causó se convirtió en una lámina filosa que desgarró su pecho en el espacio donde debía tener un corazón: esquilas frías y letales como agujones hambrientos de justicia; la descarga eléctrica que calcinó esa piel que no sabía dar afecto, pero era capaz de reproducirse de forma secreta en lugares que escapaban de nuestro conocimiento; las ruedas del tren que partieron su cuerpo en dos mitades, cada una más inútil y hueca que la otra.

—No, fue un infarto por la impresión del choque de los trenes. Otros pobres diablos no tuvieron su buena suerte.

—Lo siento mucho.

CUENTO

Traté de disimular mi sonrisa, estas últimas semanas habían sido buenas para mí. Incluso el momento de identificar el cuerpo de aquel infame que parecía dormido en un profundo sueño donde al fin era feliz. Araceli tenía una percepción de la realidad bastante alterada, como si por ser hija de un esperma estuviera marcada de por vida. Preguntó por mi madre, luego por mí y la lectura del testamento, quizá con la ilusión de que en esas cajas de recuerdos caducos hubiera algo más que pudiera cambiarle la vida.

—Nada de dinero —respondí. Ella frunció el ceño, algo en su rostro me hizo ver que aún se preguntaba por qué él no las había elegido.

*

En las cajas había libros, algunos de pasta dura, otros sin cubierta, revistas y hojas sueltas que había coleccionado por años, apilados en huacales de madera y que se había empeñado en llamar su colección; materiales a los que yo tenía prohibido acercarme. Naipes incompletos, bolígrafos inservibles y chatarra de metal: cuentas quebradas, distintivos oxidados, pendientes sin pareja, brazaletes rotos y candados cerrados. Eran los tesoros de alguien que, como los cuervos, recogía cualquier basura que le resultara brillante por lo estropeado. En las hojas no había más que listas de ferretería, pero dudé que fueran de él, quien apenas si sabía cambiar una bombilla, el resto de papel escondía fajos de quinielas deportivas, aunque él no veía el fútbol.

—¿Para qué quieres esto, Araceli? ¿No hay suficientes desperdicios en tu ciudad? Yo tiraría todo o lo vendería en el mercado por diez pesos.

Ella agarró un tomo de enciclopedia, ojeó las ilustraciones de insectos y diagramas de hacía al menos cincuenta años. Otro libro era sobre el hotel Regis, aquel que se cayó en el terremoto de los ochenta. Hasta ese momento no me di cuenta de que no sabía nada del hom-

bre que había vivido en mi casa a excepción de los textos impresos en esos lomos. Revistas Selecciones, un libro de albañilería, otros de los testigos de Jehová. Mi hermanastra no dijo nada, seguía pasando las páginas en busca de una razón para haber venido.

—La vida está sobrevalorada, Araceli, casi sesenta años de existencia y, tras una semana de muerto, a nadie le importa.

—¡Cállate de una vez, Gustavo! Te vale si quise venir, si lo extraño, si hubiera querido que viviéramos juntos y que me prefiriera a ustedes, que no eran más que otro número.

Abrió un atlas de cartografía que vació como si fuera una billetera y cayó, igual a si hubiera barajado mal un mazo, un conjunto de notas en un libro sin hojas. Veinte o más cartas que mi padre escondió.

—Una debe de ser mía.

Araceli se sentó en el suelo y leyó las dedicatorias que iba descartando una a una como quien deshoja una flor preguntándose si la quieren o no. Tomé la que estaba más cerca de mí y leí el destinatario: Jesús Humberto, hijo de Ernestina. No tenía idea de quiénes eran, pero sí quién las enviaba, el señor Frías, mi padre. Para Lizbeth, hija de Palmira, para Sergio, para Kike, para Helenita, hija de Rocío.

—¿Es que creías ser su único hijo, Gustavo? ¿Qué? ¿Nunca se abrió contigo? Pobrecito —dijo Araceli, tras dejar salir un silbido compadeciéndome.

Decenas de epístolas dedicadas a mujeres e hijos engendrados por la semilla infecta de mi padre, el inútil, el sombrío, el ausente en mi casa y presente en la mente de decenas de extraños o, al menos, eso habrá pretendido alguna vez.

—A mí me dijo que no podía cuidarme porque ya tenía demasiados hijos, regados como quien escupe al cielo, pero a quienes armaba en sus pensamientos para platicarles, luego de eso se arrepintió de contactarlos. Dijo que en otra vida sí hubiera elegido a mi mamá porque era la más bonita, lástima que estuviera enferma.

—¿Tu mamá sabía qué número era, Araceli? Porque la mía casi se muere cuando se enteró de ti.

CUENTO

—Sí, pero no te lo voy a decir, dijo que nunca los buscara porque siempre los odió, y yo también, a veces. De ti solo sabía tu nombre y que eras un inútil. De tal palo, tal astilla.

Mi hermanastra dejó de buscar en los papeles, tomó tres cartas, dos eran para su madre y una para ella. Debajo de sus botas había un papel cuadriculado, un tanto diferente a los demás, tenía escrito mi nombre.

Gustavo. De ti no se me ocurre nada, yo no quería casarme ni tener hijos. No te entiendo, pero me quedé porque tu madre fue la primera. Espero que

El resto de la hoja se quedó en blanco. Dos líneas me dijeron más de nosotros que treinta años de conocernos desde que tuve conciencia. Ignoraba desde cuándo se dio cuenta de que no pertenecía al hogar que dejó a mi nombre.

—A la tercera le heredó dinero —mencionó Araceli, aún en cuclillas revolviendo las demás hojas con el dedo.

—Imposible. Él no tenía nada más que esta casa que nunca supo cuidar, herencia de sus padres que se lo dieron todo pelado y a la boca.

—Hasta donde tú sabías, Gustavo, él era solo tu padre, luego lo fue de dos. Lo acabo de leer, se lo dejó escrito aquí, pero seguro que después se le olvidó. Creo que ella nació mal o algo así. Equis, yo solo vine a por estas hojas para tomar una decisión. Lo perdono o lo olvido. A lo mejor le dieron todo, salvo el *chance* de acostarse con quien se le diera la gana.

Araceli rondaba los veinte años, según lo que recordaba y mis cuentas tras saber de su existencia. No dejé de pensar que podría haber niños y adultos unidos a mí por un lazo de sangre tan lejano como obsceno.

—Querías saber si había un cheque en estos papeles, un poder, algo que sí valiera el viaje. ¿No, Araceli? No me trago ese cuento del «papá

ausente y tu amor incondicional». ¿Qué más sabes y por qué solo a ti te dijo esas cosas?

Ella pretendió no escucharme, juntó las cartas que quedaban hasta contar cuarenta, luego buscó en su bolsillo y sacó un encendedor. La vi quemar dos papeles, metí la mano para aplacar el fuego que pudiera consumir la verdad que tantas personas tendrían derecho a conocer. Los vellos de mi dorso se redujeron hasta sentir un pellizco ardiente sobre mi carne. Ella no dijo más, volvió a sacar la flama que amenazaba con quemar más de mi piel.

—Te enojas conmigo, Gustavo, cuando yo ni te hice nada. Ya lo decidí, por mí, la idiota de tu madre: tú, y el miserable pito loco de tu padre se pueden ir al carajo.

Quise besarla y seguir cargando con la maldición de odiar mi sangre, tirarla al suelo y enredar sus piernas en mi espalda hasta profanar lo prohibido de su persona. Que ahora ella lo despreciara me provocó tanto como quemar el mundo, esta casa, la sombra de un muerto, el luto de sus viudas y los descendientes de mi padre, quien compartía conmigo solo dos cosas: el cuerpo de mi madre como punto de inicio y el nombre Gustavo, por ser el primero.

Pistolita

Jorge Malpartida Tabuchi

A inicios de esa semana, la Miss Ruth nos habló de Miguel Grau. Murió despedazado dentro del buque Huáscar, en el Combate de Angamos. Un bombazo chileno cayó sobre la torre de mando y la hizo pedacitos.

—Así morían los héroes peruanos, niños. Grau, El Caballero de los Mares.

A mí no me parecía para tanto su heroísmo porque igual perdimos esa batalla y la guerra. Pero bueno, eso era lo que decía la profe.

—¿Preguntas, niños? *Everything's fine?* ¿Dudas?

—Ninguna, Miss.

La tarea en clase, recuerdo, fue dibujar a Grau en pleno combate marino. La mayoría ni se esforzó: un hombre de palitos, tres rayas sobre el papel y dedos de espagueti. Yo lo hice deforme, ensangrentado, con barba de loco y sus manos y pies volando por los aires, después de recibir el cañonazo enemigo. Boom.

En cambio, Joaquín, mi compañero de carpeta, sí lo dibujó bien bacán. —*Congratulations* —le dijo la miss y mostró su trabajo al resto del salón. Su Grau sí parecía un vencedor. Estaba sobre la cubierta del Huáscar, uniformado, con una mano dentro de la chaqueta, barbilla levantada, tipo Lord y empuñando un sable. Detrás, ardía una embarcación chilena.

—Bien paja te quedó, Joaquín. Capo eres.

Él tenía buena mano para esas cosas. Sus dedos: firmes y confiables. No solo para los trazos, sino también para los juegos, el fútbol, sobre

CUENTO

todo. Siempre lo poníamos de arquero y nos peleábamos para que tapara en nuestro arco. Ningún balón se escurría entre sus manos. Un campeón.

Pero en esa semana y en las anteriores también, ya no estábamos tan afanados con el deporte. Ya no andábamos con jueguitos. Después de clases, más bien, se nos había dado por meternos al monte en bicicleta, buscar hormigueros en las chacras y reventarlos con cohetones que aún se podían comprar afuera de La Barraca. Usábamos las matasuegras, un tubo explosivo del tamaño de un dedo índice. Pura pólvora apretujada. Pese a su tamaño, las matasuegras despedazaban de una los cerritos de tierra. Nos encantaba ver volar por los aires a esos bichos, como si fueran Grau en Angamos.

Boom.

Boom.

¡Boom!

En este juego Joaquín también era bien capo: sabía colocar la mata-suegra justo en la punta del montículo, sin que le piquen las malditas, para que la destrucción fuera mayor. Al reventar las hormigas, no se veían los pedazos de sus patas y antenas, pero con el ruido de la explosión ya te podías hacer la idea de cómo quedaban.

En una de esas tardes, Ramírez nos contó que un primo mayor le había dicho que si taconeabas por detrás la pólvora de la matasuegra, reventaba más fuerte.

—Un par de golpes no más. Como cuando chancas el pote del envase de ketchup para que salga más rápido —dijo.

—¿Seguro?

—Clarines, pues.

—A ver ¿Quién se atreve?

Nos miramos un buen rato. Todos inmóviles.

—A ver ¿Quién tiene los huevos? ¿Quién es el valiente? ¿Quién no arruga?

Nadie.

Ramírez nos medía uno a uno. Las miradas se desviaban.

—Puro arrugón hay acá. A ver, pues. —Uñas mordidas y dedos nerviosos.

Hasta que en el círculo alguien dice: —Joaquín, pues, tú que eres el más bravo, dale tú.

Joaquín duda. No lo mira a los ojos. No quiere.

—Clarines, tú que eres el capo. ¿O, qué pasa? ¿Arrugas?

Joaquín no nos mira. La piensa.

—¡Oe, ya no la hagas larga, Joaquín! ¡Apura!

Y él, bueno, cede. —Ya pues, nenitas, yo sí la hago —dice.

Confiado en sus dones, se va a un costado del descampado. Nos mira canchero.

Se escupe las manos. Sopla: —Para la suerte, pues, nenas. —Agorra el explosivo y, con una piedra que encuentra por ahí, empieza a martillar.

Lo vemos desde lejos. Ahí está nuestro campeón. Un grande. Siguen los golpes contra el tubo. La pólvora apelmazada. Y la piedra que suena.

Uno, dos, toc.

Uno, dos, toc.

Uno.

Dos.

Boom.

El ruido se atraca en nuestras orejas. Se alarga.

Nos tapamos con las manos. Es un pitido que no acaba, un eco que se reproduce una y otra vez. Un moscardón atrapado en nuestras cabezas.

Después del zumbido vemos la mancha de sangre en su ropa. Su mano incompleta, una vela derretida bañada de gelatina de fresa.

*

La Miss Ruth, al empezar la semana, nos dijo que Joaquín ya estaba mejor. Una operación, un par de suturas y vendría de vuelta al salón.

CUENTO

—Okay? Solo que ya no tiene los dos dedos de abajo, niños, hay que apoyar a nuestro amiguito en lo que necesite.

No era grave entonces, pensé. Solo heridas menores. Aún le quedaban los tres dedos de arriba para escribir. Más nos preocupaba lo que podría hacernos la directora. A pedido de los padres del salón, quería saber quiénes eran los que traíamos matasuegras al colegio y armábamos destrozos en terrenos ajenos, y encima, vestidos con el uniforme de nuestra respetable institución educativa. ¿Qué se han creído, sátrapas? Querían nombres, habría suspendidos y hasta expulsados. Un castigo ejemplar. Joaquín tenía todo el derecho de hablar y jodernos, pero no dijo nada. Cerró el pico, como un héroe silencioso.

Cuando Joaquín regresó al colegio, luego de unas semanas de descanso tras la operación, ya los otros niños le habían puesto su chapa. Y lo comenzaron a joder duro en los recreos. Primero fueron los chicos de años superiores, que le decían Pistolita, ¿dónde estás?, Pistolita, ven acá, y le hacían señas como en peli de vaqueros. Le apuntaban con los dedos, disparaban, bang, bang, y se soplaban la punta antes de guardar las manos en los bolsillos. Al inicio, Joaquín se hacía el que no escuchaba, creo que aún le zumbaba el tímpano, pero después sí se dio cuenta. Además de las bromas, ya no lo elegían para tapar en los partidos. Nadie quería a Pistolita en su equipo. Ni en los juegos. Y sus dibujos se hicieron tan feos como su letra. Por pena, no más, las profesoras decían que sí se entendían sus trazos. Nosotros también nos alejamos, porque con una sola mano no podía montar bici, tirar piedras, trepar monte y, sobre todo, porque no queríamos que nos jodieran por andar con él. Roche, pues. Pistolita, Pistolita, ¿dónde estás?

Un día de esos, en la hora de educación física, encontré a Joaquín llorando frente al espejo del baño. Cuando me vio, intentó sonarse los mocos con su mano tullida, pero el papel se le caía.

—¿Qué miras, mierda? —dijo y me amenazó con sus tres dedos como si me quisiera balear.

Su lloriqueo se me atracó en la oreja. Un eco largo. Y ahí estaba, de nuevo el moscardón que no quería salir. Unas semanas después, sus viejos lo cambiaron de cole y no lo vimos más.

*

Me puse a pensar en Pistolita ahora que visitamos el Huáscar, durante el viaje de promo de la secundaria. Treinta horas en bus hasta Santiago de Chile y otras ocho más al sur para ver un bote-museo. Recorrimos la torre de mando y la sala de máquinas. Un marino con pinta de modelo de Falabella nos dijo que Grau fue todo un caballero po, que le perdonó la vida a Prat po.

En la cubierta, con el viento frío de octubre contra nuestras caras, el profe de historia, un ex militar que terminó de docente a medio tiempo, se puso a llorar. Nos decía que le dolía en las tripas estar en donde murió el Gran Almirante. Mi Caballero de los Mares.

—Miren todo esto que los chilenos nos quitaron, chicos, miren.

Ramírez y los otros patas se cagaron de la risa del profe. Este no es más chivo porque le faltan ganas, cuchicheaban. Yo, en cambio, veía los lagrimones del profe y me acordé de Pistolita. De cómo moqueaba en el baño esa vez, de su ¿qué miras, mierda? y sus dedos dibujando en la clase de la Miss Ruth.

Y la piedra.

La explosión. La sangre.

El zumbido.

Putamadre, el zumbido.

Hijos del desierto

Idali MC

Aquella tarde de octubre el viento soplaba fuerte y, como si supiera que me iba, azotó con indiferencia todo lo que encontró a su paso. Escuché su eco rogando que no me marchara como lo había hecho mi madre, quien, frente a su altar, tomó la cruz de Jesucristo, mientras yo pude mirar de reojo y darme cuenta que tenía, adornado con flores y veladoras, a San Judas Tadeo, a San Charbel y a la Virgen de San Juan de los Lagos, entre otros santos. Era un altar al que nunca había puesto mucha atención, pero ese día me sorprendió la fe de mi madre. Sostuvo con fuerza al Cristo y me hizo la señal de la cruz para después darme un beso en la frente.

—Toma mijo, este escapulario de la Virgen del Carmen era de tu abuelo y yo te lo doy para que te acompañe en tu camino. Así mismo puso, en la palma de mi mano, una estampa de un santo que yo nunca había visto. Cerró mi puño y me acompañó a la puerta donde me puse en marcha no sin antes darle un beso en su mejilla.

Mientras me alejaba, con una mochila sobre mi espalda, pude escuchar los sollozos de mi madre, esos que al alejarme se iban haciendo más extraños y me obligaban a desprenderme de ese dolor del cual yo era causante.

Una camioneta me esperaba en el centro de Jocotepec.

—Ya nomás te estábamos esperando a ti. ¡Súbete güey! —me dijo con indiferencia el pollero.

Al subirme me di cuenta que no éramos más de veinte, todos cabizbajos. Notaron mi presencia pero no voltearon a verme. Era como si todos estuvieran tan perdidos en su mundo como lo estaba yo.

CUENTO

Dejábamos un pueblo, una familia, amigos, una historia que se desmoronaba para ir en busca de una vida mejor.

Al salir por la carretera principal leí la palabra «Guadalajara» seguida de la frase «Buen viaje».

Suspiré.

No era lo que yo quería, sin embargo era necesario. Fue un momento de pánico y, como si supiera a lo que me iba a enfrentar, tuve ganas de saltar de esa maldita camioneta, volver a casa, correr a los brazos de mamá y llorar para que me protegiera de esa pesadilla. No fue así, me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando desperté ya nos encontrábamos en Aguascalientes. Las risas de los compañeros me llenaban de esperanza y sabía que el peligro no se apoderaría de nosotros si íbamos juntos, pero ¿qué pasaría si no llegábamos todos a nuestro destino?

Recordé la frase que mi abuelo me decía: «No seas un pesimista y cobarde, Severino. Que no se te olvide que tú eres un chingón, mijo».

Esas carreteras en medio de las montañas me daban la bienvenida y me recordaban que estaba lejos de mi hogar y que pronto nos adentraríamos a un lugar de donde muchos no vuelven.

Antes de llegar a Saltillo nos bajaron. Los conté, me conté. Éramos dieciséis, catorce hombres y dos mujeres.

Me desconcertó verlas. Quería hacerles muchas preguntas, pero al mismo tiempo me inundaba el coraje, así que maldije a las personas que las dejaron ir. Ellas no tenían que estar ahí, no había razones y, si las había, no eran las suficientes como para que dos mujeres tuvieran que sufrir el maldito infierno al que nos acercábamos.

Un señor de aproximadamente sesenta años que era parte del viaje se me acercó y me preguntó:

—¿Y usted mijo, que hace aquí? —Observó mi maleta y prosiguió—Usted debería estar en la escuela, ¿cuántos años tiene?

—Tengo veinte —dije arrastrando las palabras.

—Aquí nomás vienen los locos y los que se quieren morir —sin dejarlo terminar la frase respondí —Yo soy un loco, señor.

El pollero procedió a contarnos como si fuéramos animales listos para llevarnos al matadero.

—No puedo llevarlos juntos, ustedes saben que aquí la maña está de la chingada y, si nos detienen a todos, nos matan. Es por eso que los voy a dividir en cuatro grupos.

Vi a las camionetas desaparecer sin dejar rastro por ese camino que parecía no tener fin. Mientras tanto, a media carretera, solo permanecíamos el hombre de sesenta años con quien había entablado conversación, un hombre de mediana edad, la más joven de las dos mujeres y yo. Además de dos hombres con acento norteno que decían ser polleros pero que no me daban confianza. Nos miraron y nos preguntaron nuestro nombre, edad y de donde veníamos.

—Soy Concepción, tengo veinte años, originaria de Huautla, Oaxaca.

—Soy Julián, tengo sesenta años y soy de Los Mochis, pero vivía en Jocotepec.

—Soy Tomás, tengo cuarenta años y vengo de Tuxtla.

—Soy Severino, de veinte años y originario de Jocotepec.

Al estar escuchando, empecé a marearme. Sabía que algo no andaba bien.

Nos subieron a la camioneta rumbo a Ciudad Juárez. En el camino me di cuenta de que quizás ver a mi madre con vida fue una bendición por si no volvía. Pensé en ella y en el desgraciado de mi padre que nos abandonó. —Ya te perdoné, cabrón —susurré y volví a quedarme dormido.

Me despertaron las voces de aquel par de polleros que nos obligaron a bajar de la camioneta para luego decir que ese era el fin del trayecto y que, si queríamos llegar a Estados Unidos, nos tocaba hacerlo por nuestra cuenta.

Don Julián los maldijo y estos dos desaparecieron sin decir nada.

En medio de la nada todo era desierto y el calor era insoportable, quizás lo más parecido al infierno. Nuestra vida dependía de nosotros. Aunque estuviéramos acompañados, en realidad íbamos solos.

CUENTO

Éramos cuatro personas en busca de mejores oportunidades, tal vez guerreros y, al mismo tiempo, contrincantes buscando quien era el más fuerte, valiente y capaz de lograr llegar a ese pinche país.

Conté los días y, sin perder la esperanza, pensé que detrás de esas montañas estaba nuestro destino. Aves rapaces nos acechaban para ver quién caía primero y se convertía en carnada. Yo mantenía la esperanza de que todos llegaríamos con vida, pero de pronto Don Julián se cayó y no se pudo levantar. Intentamos ayudarlo, pero él sabía que era su fin.

—¡Sigán sin mí, anden bola de cabrones! —nos gritó para que dejáramos de mirarlo.

Uno menos. Después, Tomás fue atacado por una serpiente. Tomás parecía rendirse ante el veneno letal de aquel reptil y solo hizo la señal de que continuáramos sin él. Nos dio las gracias por acompañarlo y vi a otro caballero caer ante el sueño americano.

Pasaron tres días y vi rendirse a Concepción quien delirando por la fiebre que tenía me dijo lo siguiente:

—Ella era María ¿Quién iba a pensar que ella fuera a terminar en el precipicio de la muerte? ¿Quién?

Así es el destino, unos viven para contar las experiencias más desagradables, pero ella no lo logró. Acudimos juntas a la escuela, que nos quedaba a un kilómetro de distancia, con una bolsa en donde poníamos nuestros libros. Mientras avanzábamos con nuestros pies descalzos se nos olvidaba el dolor que sentíamos al pisar las piedritas. El camino no era pesado si bromeábamos o contábamos historias de terror. A veces ella me decía que cuando fuera mayor iba a estudiar enfermería. Hace dos años ella vino en busca de una vida mejor para nuestros padres, porque la situación era decadente en el pueblo, pero no volvimos a saber de ella. Ahora sé que quizás aquí nos volvamos a encontrar.

—Severino, sigue tu camino y no mires a los muertos, ellos ya están muertos.

Mis lágrimas cayeron. No podía abandonar a Concepción ahí.

Ahora era yo quien se maldecía por dejar a una mujer en medio del desierto a su suerte, me quedé con ella hasta que cerró los ojos. La abracé y me despedí dándole un beso en la frente, como mi madre me lo había dado, ese beso que es fraternal, único y quizás el de las despedidas para siempre.

Seguí mi camino y en él encontré algunas cruces en donde ya no pude continuar. Cansado de andar por ese maldito desierto saqué de mi mochila un viejo cuaderno y un bolígrafo para escribir lo siguiente:

Ella, en sus bolsillos, lleva el tiempo. Ha de ser una guerrera que el viento todavía acompaña. Entre los ojos sinceros que buscan esperanza, se aísla de una familia que todavía llora su ausencia.

Los cuervos le cuentan sus días bajo el sol, ya ni la soledad le duele tanto pues habla con ellos aun cuando sean enemigos. Su valentía soporta el desgarrador calor que atraviesa sus huesos.

Su lucha pasa la línea que separa las clases sociales. Aquellos depredadores la incitan a morir, pero ella mira el cielo y, entre alucinaciones, ve su reino. En el suelo ve a una guerrera que sobrevive sobre sus pies.

Ella se ha ido, pero su camino jamás se truncó. Aunque no lo sepa, los ángeles del cielo han bajado y la han llevado al reino al cual pertenecía. ¡Qué gran lucha! Esa guerrera era aquella niña que cruzó el desierto, no llegó al país vecino, pero sí al cielo.

Dejé la nota en una cruz junto a la estampa del Santo Toribio Romo que mi madre me dio.

Ya no cuento los días que me faltan para llegar al país vecino, tampoco los que he caminado por este desierto, espero que la muerte venga pronto por mí.

Soy otro más, somos...

Hijos del desierto.

SEVERINO, 2017

Peso pesado

Facundo Pallero

Tito bajó a la verdulería, levantó la sandía más grande que encontró y la apoyó sobre la balanza. Siempre terminaba en ese ritual donde la aguja-talismán medía la fuerza de sus piernas, de su tronco y de sus brazos, todavía machucados por las trompadas del año escolar. Satisfecho, agarró los tomates que había ido a buscar y los llevó a la cocina. Se puso a jugar a la payana junto al sillón floreado del *living-comedor* hasta que su mamá apareció manchada de harina y con una olla de ravioles en estofado.

—Comé que estás flaco —dijo María al servirle a su hijo y se acomodó en una punta de la mesa.

Frente a Tito, el tío Eduardo obedeció vicariamente la orden, apalancando el tenedor como si se preparara para engullir la porción de su sobrino después de la suya. En la otra punta de la mesa, entre bocados indiferentes, Santiago, el padre de Tito, examinaba una pequeña libreta que le hacía propaganda a un vermú. La silla de Tito crujía bajo su cuerpo inquieto cuando sonó el timbre.

—¿A dónde vas? —preguntó María.

—Dejalo que vaya —dijo Santiago.

Tito descendió las escaleras haciendo culipatín y, al abrir la puerta, encontró a un hombre de gorra y saco con chapas que fumaba a un costado, bajo el toldo de la verdulería. Buscaba a uno de los Gutiérrez.

—¿Cuál de los dos?

—Me da lo mismo, pibe. Espero en el patrullero.

Tito subió corriendo al *living*. Solo María seguía sentada en la mesa. Por la ventana, Santiago le preguntó al policía, que fumaba con la puerta del auto abierta, si quería pasar a tomar algo. María dijo

CUENTO

que de ninguna manera, que cómo se le ocurría venir ahora que Tito estaba de vacaciones. Eduardo hizo señas para que el oficial esperara. Tito retomó su silla, dándole el perfil a los raviolos ya tibios para observar la incipiente discusión entre su padre y su tío.

—¿De verdad vas a hacer que me pierda el boxeo, pedazo de hijo de puta? —dijo Santiago.

—No fuiste ni dos veces, grandísimo garca —respondió Eduardo a la vez que a Tito se le caía una de las piedras con las que intentaba hacer malabares.

En estos términos fraternales, interrumpidos por el colorido pudor de María, se resolvió la disputa. María se acercó a su hijo y lo estrechó contra el delantal enharinado. Santiago sacó un fajo de billetes de un almohadón del sillón floreado. Con los nudillos de la mano libre, le frotó la cabeza a Tito y sus pasos se perdieron por la escalera.

—Más vale que le pongan la pelea a mi hermano hoy, eh —gritó Eduardo apoyado en el marco de la ventana.

Tito, que se había liberado del apretón materno, se escurrió por un hueco que dejaba su tío y se trepó al alféizar para ver a su padre entrar al patrullero. Como si quisiera seguir al vehículo que arrancaba, se balanceó hacia adelante, pero dos brazos peludos lo estrujaron otra vez contra un pecho tutelar y lo depositaron dentro del *living*.

—¿Por qué se llevaron a papá? —preguntó Tito no bien estuvo otra vez plantado sobre la tierra.

—Nadie se lo llevó —respondió Eduardo—. Vamos como favor. Cosas del intendente. ¿Me ayudás en la verdulería hoy?

*

Las mandarinas sucedieron a los duraznos, los pomelos reemplazaron a las frutillas y Tito seguía flaco como vaina de chaucha, decía María. Era una vaina amoratada por hacer de bolsa de boxeo en la escuela. Entre las robustas filas de kiwis, entre las hileras lozanas de

brócolis y coliflores que habían llegado con el frío, mientras Eduardo iba calentando el calabozo, Tito se paseaba como el único fruto man-cillado de la familia Gutiérrez.

Para tapar sus defectos lustraba manzanas con cera, ahuyentaba moscas con una palita cuadrículada que silbaba con cada sacudi-da, hacía cuentas con lápiz y papel que mostraba oficiosamente a los clientes. En un recreo de estos quehaceres, le preguntó a Santiago por Eduardo. ¿Estaba preso? ¿Cuándo iba a salir?

—Cuando haya sentido todo el peso de la ley, y bien merecido lo tiene —dijo Santiago, incitado solo por la broma: no había vuelto a perderse otra pelea desde la del Gigante González.

Tito se quedó rumiando esto como las hojas de los alcauciles a las que nunca les podía sacar nada. Después, llegó un cliente que com-pró una calabaza. La aguja de la balanza marcó cuatro kilos. Santiago cobró, entregó las bolsas de mercadería y, cuando estuvo otra vez a solas con su hijo, dijo: —Hablando en serio, Tito, es parte de la vida. Vamos al bar.

Al fondo de la verdulería, además de un depósito y de un baño, había una puerta que daba al bar que Santiago y Eduardo también administraban.

—El negocio tiene que funcionar todo el día —dijo Santiago accio-nando la perilla de la luz como para iluminar una revelación.

El bar tenía paredes amarillas con manchas de humedad, un ban-derín de Racing y fotos de boxeadores. La parte blanca de las baldo-sas arlequinadas era casi tan oscura como la negra y a Tito le dio una leve arcada.

—Lo principal es la *quinela* —dijo Santiago.

Explicó que eran «pasadores» que levantaban apuestas y algo sobre elegir de una a cuatro cifras de los números que saldrían en la Lote-ría Nacional. Explicó que había un «banquero» que ponía plata y se llevaba demasiado de las ganancias. Explicó que la ley mantenía por la fuerza a los de arriba, pero que te las podías rebuscar desde abajo pasándoles unos billetes a los del medio.

CUENTO

Tito dijo que no había entendido bien qué era levantar apuestas. Santiago se atusó el bigote y apoyó un codo sobre el mostrador y el mentón sobre el puño.

—Levantar apuestas —dijo— es *venderle* ilusiones a los giles.

Siguió una larga descripción de cómo comerciaban con el azar. En un momento, envalentonado por el interés con que Tito observaba el vuelo de una mosquita, Santiago dijo que ellos no eran pasadores cualquiera. Tenían su propio sistema, que consistía en ignorar el de la Chueca, la banquera que ponía topes para las apuestas a cada número. Tanto más meritoria era su desobediencia considerando que la Chueca era una tipa pesada. Al mencionar esto, Santiago se llevó una mano a la cintura para representar un revólver. Ellos eran los únicos pasadores que seguían anotando apuestas ilimitadamente y se quedaban con las ganancias cuando los números sobrevendidos no salían.

—Nunca salen —dijo Santiago y enseguida extrajo un rosario de abajo del buzo que se llevó a los labios. Después, le mostró a Tito las anotaciones clandestinas en la libreta espiralada del mostrador, que hacían a espaldas del gobierno, y las supertruchas en su libretita de vino ajenjado, que hacían a espaldas de la Chueca.

*

Se habían repartido varias estadías penitenciarias entre los hermanos Gutiérrez y, en la imaginación de María, Tito se había estirado de vaina de chaucha a vara de apio. Mientras su padre posaba para el intendente en una celda, Tito barría el piso de la verdulería, separaba las frutillas y los duraznos magullados, hacía cuentas en su cabeza con los precios que había memorizado. Cuando no tenía nada más que hacer, pelaba uvas que comía como gigante engullemundos, envolvía las semillas en la piel violeta y guardaba los paquetitos en el bolsillo del pantalón.

—Mierda —dijo Eduardo desde el depósito—. Vení. Ayúdame a levantar las sandías.

Tito se metió en la boca las tres uvas que le quedaban en la mano. Algunas sandías se habían caído de la pila cuando Santiago agregó otra arriba. Entre las hileras de productos había bolsas de arpillera repletas de dinero, parvas de billetes desparramados por el piso que, unos meses antes, habrían constituido una pequeña fortuna.

—¿Y? ¿Me vas a ayudar o no? —dijo Eduardo mirando a Tito.

Tito trató inútilmente de bajar las semillas con saliva. Después, se apuró a levantar una sandía que acercó a las manos de su tío con enorme satisfacción.

—Es todo de la quiniela —dijo Eduardo, pronunciando las dos «i», lo que generaba disputas recurrentes con Santiago—. Ayúdame a juntar esto también ya que estás.

Los billetes sueltos tenían dos o tres caras de próceres de poca monta si se juzgaban sus méritos por los valores nominales. Pronto estuvieron metidos en las bolsas que iban llevando al bar para cuando la Chueca pasara a buscarlas y que Tito hubiera querido pesar en la balanza primero.

—No, esas dejalas acá. Son todas nuestras. Mirá.

De los vaqueros, Eduardo sacó la libretita con la propaganda de Cinzano. Por meses y años, Tito había vigilado los trazos de birome que crecían en las páginas, los dedos de su padre que, dentro de la casa, no se despegaban nunca de la libreta. Solo cuando a Santiago le tocaba ir preso la dejaba en manos de Eduardo, como ahora.

—Antes anotábamos todo en la misma libreta. Las apuestas que tomábamos por cuenta propia iban en la parte de atrás. Pero un día tu viejo estaba acá mirando la libreta y la ve venir a la Chueca por la vereda de enfrente. La controla cuando viene, ¿viste? Y tu viejo, en la desesperación, arranca las hojas de atrás ¡y las empieza a masticar, a deglutir! Decí que yo salía justo del bar y me encargué de la cuestión... En fin, a partir de ahí tenemos dos libretas: la del bar y esta. Tomá. Tenela un rato.

CUENTO

Tito se limpió las manos en la remera antes de tocarla por primera vez. Le daba miedo ensuciarla, borrar algún número. Esperaba, en los términos rituales que lo acompañaban desde siempre, algo excepcional de la libreta, como lo que esperaba de la balanza. Cuando su tío entró al baño, se apresuró hacia el instrumento que colgaba como un reloj estrambótico junto al mostrador. Depositó la libreta, anticipando un peso escaso pero esperando otra cosa. Esperó, conteniendo la respiración, escuchando el ruido del agua que corría en el inodoro y la aguja de la báscula seguía fija en cero.

—Andá a esconder eso arriba y vení al bar después. La esperamos ahí a la Chueca.

No había pasado una hora cuando se subió a la vereda del bar una Ford F100 roja. Venía con la caja de carga vacía, salvo por un ocupante alto y fornido que saltó desde dentro. De la cabina salieron otros dos ocupantes: un hombre bajo y macizo y una mujer escuálida que rengueó hasta la entrada.

—¿Todo en orden, Eduardo? ¿Les ayudás a cargar las bolsas? Sabés cómo tengo el ciático...

Los esbirros y Eduardo cargaron las bolsas, no sin que antes una de ellas fuera examinada y pesada al azar. La Chueca y Tito se miraron de arriba a abajo.

—¿No deberías estar en la escuela vos?

—No, son vacaciones —dijo Tito.

*

Esa noche, junto a la cama ocupada solo por su madre, que había visto a la Chueca desde la ventana, Tito durmió sobre un colchón. Su cuerpo se hundía como en un molde de yeso. Con la mano congelada sobre el botón del velador, María dijo: —Prometeme que no te vas a meter en las tramoyas de tu padre y tu tío.

El cuarto oscureció en silencio, salvo por un murmullo amordazado que venía del bar y las contorsiones de María en la cama. Tito se quedó boca arriba, mirando las manchas que se forman en los ojos abiertos cuando no hay casi luz. Se abrazó los brazos flacos y se llevó las manos a la barriga que apenas se inflaba contra las costillas en cada inhalación.

Tito soñó que la Chueca, los vecinos y los compañeros de escuela rodeaban la casa, se metían en la habitación y se lo llevaban en alzas entre burlas y amenazas. Avanzaban en tropel por el *living-comedor*, pateando las piedras de la payana que había en el suelo y volteando la mesa con los platos puestos; lo bajaban por las escaleras coreando algo anterior a cualquier lengua y pasándolo de mano en mano como a un ídolo o una ofrenda. Cuando entraron a la verdulería, bramando cada vez más fuerte, volcaron cajones, pisotearon frutas y verduras y lo colgaron directamente del gancho de la báscula. Se hizo un silencio repentino y Tito se vio desde afuera de su cuerpo, como en una película. La balanza marcaba 1.576 kilos.

*

—Vamos, vamos —dijo Santiago haciendo ruido con las palmas en la puerta de la habitación—. Vamos, que hay que abrir.

Tito mostraba que quería ser parte del negocio siguiendo los sorteos de la Lotería, identificando a los vecinos timberos, pidiendo revisar la libreta. Santiago solo se la daba en su presencia, generalmente cuando tenían un rato libre en la verdulería. Tito la apoyaba en la balanza, de lo que Santiago ni se percataba. Cuando empezaron a aparecer los 1576 anotados en las últimas páginas, Santiago tampoco se dio cuenta de que la balanza marcaba números cada vez más altos. Solo despotricaba contra la manía malsana que tenía su hijo de pesar todo lo que se le cruzara por delante. Tito no se animaba a poner en palabras lo que él veía y su padre ignoraba. Tampoco tenía

CUENTO

mejor suerte las tardes en que Eduardo estaba a cargo de la verdulería. Su tío no miraba el plato que se hundía, la aguja que marcaba más de diez kilos.

No le gustaban mucho las peleas, quizás porque lo seguían usando de bolsa de boxeo en la escuela, pero la contienda del Gigante González contra el Enano Maravilla, programada un día antes que la Lotería Nacional, fue la oportunidad perfecta para probar la teoría de Tito acerca de la balanza. Escribió los nombres de los contrincantes en dos papeles en blanco y los puso sobre ella. No pasó nada. Unos días después, en un local que tomaba apuestas camino al colegio, probó hacer apuestas de verdad, de poca plata, algunos pesos al enorme favorito y la misma cantidad a su diminuto adversario. Al tipo que había detrás del mostrador no le importó que fuera un niño. Le dio mecánicamente dos boletos sin siquiera mirarlo con cara rara por el sinsentido de las apuestas. Cuando llegó a casa, Tito pesó ambos boletos por separado en la balanza de la verdulería y comprobó que solo el del Enano Maravilla se hundía. Era el boleto ganador.

Santiago vio con consternación cómo perdía por *knock-out* el Gigante González y aún más el sorteo de la Lotería Nacional al día siguiente. Si hubiera podido cargar las bolsas de arpillera hasta el local de apuestas a espaldas de su padre y su tío, Tito le habría podido pagar a la Chueca. Podría incluso haber recorrido el barrio en su concepción más amplia repartiendo fajos de dinero como Papá Noel reparte juguetes en Navidad. Pero, tal y como se dieron las cosas, Santiago y Eduardo cargaron todo lo que pudieron, incluida a la desconsolada María, para su huida a la madrugada.

—No te preocupes, Mamá —dijo Tito, que se había asegurado de que la balanza estuviera en la caja de carga de la estanciera.

Mandarinas

Delfina Rogers

Le quito la cáscara con los dedos, el olor me seduce, las papilas salivan con ansiedad, desprendo un gajo, lo muerdo con cautela y la dulzura de la fruta me llena de una felicidad nueva. Tengo doce años y es la primera vez que pruebo una mandarina.

—¡Vamos a montar! —La voz de Sara me invita a seguir probando el mundo rural.

Dirijo la mirada hacia ella que apunta al camino principal. Hago una visera con mi mano y lo veo. A lo lejos, uno de los trabajadores del fundo viene hacia nosotras con un caballo a cada lado. Los trae de las riendas y, a medida que se acerca, siento que es mi corazón el que se adelanta a lo que pronto será un galope. Nunca me he subido a un caballo, ni siquiera a esos de los parques donde son los padres quienes los guían.

El trabajador resulta ser un chico más o menos de nuestra edad. Lleva un sombrero de paja que apenas cubre su pelo castaño y frondoso. Está muy bronceado y sonríe de medio lado, como si se burlara.

—¿Todo listo, Ñando?

—Como siempre, niña Sara.

—¡Ya poh, déjate de eso de *niña*! Este año cumplo trece.

—Bueno, pué, niña Sara *de trece*.

—¡Ay, se me olvidaba que *erís* tan *pesao*!

Él instala su mirada verde en la de Sara y veo que ella no pretende bajar la suya. Así están, como midiéndose hasta que uno de los caballos resopla y yo pego un salto.

CUENTO

—La está saludando —dice Ñando al ver mi expresión de terror—. Quiere salir a pasear.

Yo miro el tamaño del animal y pienso que le llego poco más arriba de los muslos; que si me bota y me pisa...

—¡Pero no tiene silla! —La frase surge desde dentro de mí como un escudo de protección. Inservible, por cierto.

—Se llama montura —aclara y yo enrojeczo.

—Es que vamos a montar a pelo, Lola —Sara y el chico se miran. Se ríen de mí y el estómago se me contrae. Claro, ella viene dos o tres veces al campo con su familia. Siembra, cosecha, vacaciones.

No puedo dejar de mirar a Ñando. Creo que me gusta. No, lo sé. Imagino sus manos ásperas en las mías, su respiración en mi cuello, su beso blando. Vuelvo a sentir el calor en la cara y miro hacia otro lado. Sara es especialista en comentar cada vez que me sonrojo. Por suerte no se da cuenta.

Ñando nos ayuda a subir a los caballos. El mío es un poco más alto que el de Sara. Ñando me da las instrucciones (*siente el cuerpo del caballo con tus piernas, comunícate con él con suavidad, las riendas son para dirigirlo, confía*) y comenzamos a cabalgar. Estoy muy nerviosa durante los primeros pasos. Después me dejo llevar. La sensación de haber crecido en segundos, el sol en la cara, el aroma a tierra húmeda provocan en mí un sentimiento de libertad incomparable. Sara se adelanta y yo la sigo. Un rato después avanzamos entre los manzanares hasta que ella inicia el trote. Mi caballo copia al suyo, no puedo controlarlo y nos internamos entre los árboles al galope. Agacho la cabeza para no perder un ojo (los consejos maternos permanecen). Río hasta que me deslizo por las ancas y caigo. Veo alejarse al animal y parece una escena sacada de una película. El suelo está blando con la lluvia nocturna y una cascada de risas sube desde no sé dónde hasta mi garganta. Río, río, río. Un par de pájaros se echan a volar. Vuelvo caminando al lugar donde iniciamos el paseo. Es extraña la sensación de bajarse. Imagino que camino con las piernas abiertas, pero es solo la sensación.

Ñando y Sara fuman y comen mandarinas. No me hablan.

Tengo celos. Se ven tan felices y yo me siento al margen de ellos. Me ofrecen un cigarrillo y a la primera calada la tierra se me viene encima. Desde el suelo oigo las risas y cierro los ojos para no vomitar. No sé a qué hora despierto, pero sé que es tarde. El sol se esconde tras el cerro, he perdido el día. ¿Por qué aún estoy ahí? ¿Nadie me habrá visto?

Una corriente de viento agita las hojas, mi pelo y mi cuerpo. No tengo frío, pero estoy enojada. No entiendo por qué Sara hace esto. Me invitó para reírse de mí o qué. Me incorporo y oigo un llanto cercano, pero no hay nadie. Camino hacia un pastizal que está frente a los manzanos. Un movimiento en medio de las ramas me alerta. Es una enorme vaca que mira fijo hacia un lugar cercano a mí. Muge y yo quedo abrumada por algo que me parece un lamento o un aullido.

El silencio del campo es ensordecedor. Estoy pensando en eso cuando comienza un crepitar de cortezas, grillos y otros insectos que no reconozco. Los oigo acercarse a mí en un concierto extraño, diferente; un único zumbido que me remece. Me siento y dejo que la luna me bañe con su luz. Es enorme, debe ser noche de luna llena.

A mamá le gustaría estar ahí conmigo. No sé por qué, pero pienso en ella. Ama el campo. Nació y creció en la Araucanía, tierra chilena original de los mapuche. A los veinte se fue a estudiar diseño a la ciudad y no pudo volver hasta años después, cuando la muerte de uno de sus hermanos. Tengo un leve recuerdo de ver a un montón de gente vestida de negro, un cajón y un parrón donde varios niños juegan a la *gallinita ciega*. Hablan en susurros y un hombre le da un cachetazo a una chica de falda corta por encender la radio. La apaga y nuevamente se eleva el rumor de las mujeres rezando el rosario. No sé en qué minuto vuelvo a casa. No sé si mi padre nos espera. No sé bien qué ha sucedido.

Tiempo después viajamos al *velorio del angelito*, Joaquín, un primo de mamá. No había cumplido los tres años cuando se cayó en una acequia y se ahogó. Esa vez vi al muertito. Sentado en una mesa,

CUENTO

parecía un muñeco envuelto en una manta blanca, pero la cara tenía color cera. Alguien le puso alas y cuando pregunté para qué, una mujer llena de surcos en la cara me dijo que así iba a subir más rápido al cielo. Todavía sueño con Joaquín.

Estoy cansada. Siento cómo la humedad se filtra por mi ropa interior hasta tocar mis

glúteos. Una hormiga me pica la ingle, me la sacudo, levanto la falda y veo una corrida de ellas caminando cerca de mis piernas. Todas llevan una carga menos la que me picó, claro. Quizás era la hormiga-cigarra, la que no trabaja. La que decide ser una aventurera y no se preocupa del sustento de mañana. Presiente que no faltará alimento, que los caminos y las montañas están para ser escaladas, para descubrir qué hay más allá antes de que una mano o un pie la pisen y no alcance a ver el resto del mundo.

Me gustan más las hormigas que las vacas.

Pero la vaca sigue ahí, inmóvil. El mugido aún resuena en mi cabeza y por un momento pienso que ese ruido, extraño y profundo, es un mensaje. En alguna parte leí un cuento sobre cómo una vaca revolucionaba al resto de la vacada adulta y escapaba del campo, pero como no había quien las ordeñase debían volver. ¡Qué frustración! Me pregunto si me está hablando, si dependen de las personas para satisfacer sus necesidades como nosotros lo hacemos con ellas o solo sucede lo que sucede porque es una fantasía y no hay terneros en ella.

Las sombras de los manzanos se alargan con la última luz del sol. Pienso en mamá otra vez. En cómo baja la voz cuando recuerda la casa de su infancia, en cómo su rostro se entristece cuando habla de los fantasmas de sus hermanos. En los rezos susurrados por las abuelas, en los ojos borrachos de los hombres. Quizás sea por eso que nunca hablamos de la muerte en casa, como si al nombrarla, la estuviéramos llamando para que se llevase a alguien.

Escucho otra vez el llanto y de pronto me veo en el ataúd. No siento el cuerpo. Solo mi mente enfoca lo que sucede como en una pantalla de cine. Los padres de Sara y los míos se consuelan mutuamente.

Después de un sollozo que parece no detenerse jamás, mamá quiere culparlos, pero papá dice «un accidente es un accidente». Entonces ambos se comportan con dignidad. Mamá extrae galletas de una bolsa, las pone en un plato de plástico y se las ofrece. Papá hace otro tanto con un termo y tazas de café. Aparte de ellos, la capilla se encuentra vacía. Una cruz gigantesca cuelga en dirección a donde me encuentro. Si no estuviera muerta, en cualquier momento podría morir cuando la cruz cayera sobre mí. Ríe y luego. Luego pienso que no he tenido tiempo de hacer amigos, tener un novio, una familia, conocer el sexo. Sí, estoy muerta y la vida que imaginaba después del campo no existe. ¡Claro, la caída! Y nadie se dio cuenta. Tengo una tristeza inmensa y lloro, lloro hasta comenzar a toser. Tengo barro en la boca, lo escupo y sigo tosiendo.

Sara y Ñando aparecen entre los árboles, caminan sin apuro. Se detienen al verme sentada en el barro. Sara frunce el ceño y se acerca.

—¿Dónde te metiste? Te buscamos.

No digo nada. No estoy segura de que sea cierto. Quizás sí me buscaron, pero sin demasiada urgencia. O tal vez sabían que volvería sola.

Ñando me lanza una mandarina. La atrapo torpemente, con las manos embarradas. Sara me mira con sus ojos oscuros, inmensos. Espera que la enfrente, que la mire feo o que me enoje. Pero solo me llevo la fruta a la nariz y respiro. El olor dulce me reconforta. Me recuerda que estoy aquí, que puedo sentir la tierra mojada y ver la luna sobre mi cabeza.

Le quito la cáscara con los dedos, el olor me seduce, las papilas salivan con ansiedad, desprendo un gajo, lo muerdo con cautela y la dulzura de la fruta me llena de felicidad.

Canción fantasma

Manuel Salinas

La historia de la música no ha podido rendir los honores que merece a una de las piezas instrumentales más imponentes de todos los tiempos. Una obra maestra atemporal, fusión perfecta de emociones, ritmo y técnica. Un tema inigualable, revolucionario y celestial que, por ignorancia de una época y su gente, no fue registrado a través de ningún medio sonoro. Tampoco fue transcrito en partitura alguna para ser resguardada frente al inclemente paso del tiempo. Y ni siquiera se tomó la previsión de anotar el nombre del tema y del grupo que la interpretó en un sinfín de ocasiones para animar los bares nocturnos más importantes del planeta.

Años después de haber reconocido su inexcusable error, un grupo de melómanos, críticos musicales y otros desempleados, impulsados por su desesperado compromiso con la educación artística universal, se sumergió en la tarea de representar sus elementos audibles, y no audibles, mediante un sistema de escritura, utilizando el único recurso disponible: la memoria. En definitiva, un último intento para que este legendario tema musical no sea víctima del olvido de estos tiempos egoístas, ansiosos, banales y turbulentos.

A continuación, la transcripción de esta legendaria pieza, que los responsables de este proyecto respetuosamente titularon «La canción fantasma»:

LA CANCIÓN FANTASMA

Autor: Desconocido

Intérprete: Desconocido

La batería entra con cuatro tiempos de tss, pshh, bam, tap, tss, pshh, bam, tap, tss, pshh, bam, tap, tss, pshh, bam, tap. En el compás subsiguiente de la cuarta vuelta se incorpora el contrabajo con una muy, muy, muy rítmica progresión armónica thum, thum, dum, dum, bum, bum, thum, thum, dum, dum, bum, bum.

Ya establecido el groove armónico base, el piano se hace presente interpretando un solo desbordado de exquisitas florituras ping, ping, twikiping, twikping, plan, plan, plan, ta, ta, ta, ta, ta, planki, que hace fuga perfecta con el cada vez más acentuado sonido de contrabajo y un contratempo perfecto de la batería, que intercala tórpidos y malabarísticos redobles de tres subgéneros avant-garde: los trukutrukutrukurrruuu, ¡tiiiissssss!; los tu, pa, tu, pa, tutupá, prakatapraka, ¡tiiiissssss! y los bing, bang, bong, chin, chin, brumbrumbrum, ¡tiiiissssss, tiiiissssss! Estos allegros y staccatados compases se repiten dos punto ocho veces más, con la sola variación del piano, que vaga entre el ligero y fluido vals vienés y las complejas estructuras polifónicas del sexomerengue picante del caribe meridional con un pah, pah, klang, kleng, kling, klong, klung, chop, whomp, scrrrrrrtch, scrrrrrrtch, scrrrrrrtch.

Acto seguido, un mordente y tremollato redoble de batería brrr, brrr, brrr, brrrrrrrrrrrr y dos platillazos contundentes, ¡craassshhh!, ¡craassshhh!, dan entrada a las tres trompetas, que se articulan en diferentes escalas, para imprimirle al tema un tono pizzicatiano in crescendo que pasa a ocupar un primer plano. La primera trompeta suena fwaaah, fwaaah fwaaaaaaahhhh; la segunda, pfft, pfft, pfft, pfft, pfft, pfft; y la tercera pooooommmmmmm, pooooommmmmmm. La batería, el contrabajo y el piano las siguen de cerca con sus tss, pshh, bam, tap, truck,

CUENTO

En tanto, la batería acelera rat, tat, tat, rat, tat, tat, rat, tat, tat, ¡tpsiiaiiii! boom, boom, rat, tat, tat, brrrrrrruuuuummmm, el contrabajo derrapa blumbi, blam, blam, blam, tupi, tupi, bum, bum, bum, bumbibum, la guitarra aguijonea ñuuuuuuuuuu, ñuñuñuñuñuñuñ, ñu, rrrroooooommmm y la policía ingresa al local para arremeter contra el desbordado público recurriendo a bastones, pistolas de electroshock, balas de fogueo y perros antimotines, que trituran sus cuerpos valiéndose de sus potentes mordidas. Los desgarradores gritos de los asistentes se mezclan con el rat, rat, rat, boom, boom, rat, rat, rat, brrrrrrruuuuummmm de la batería, con el zzziiiiiiiiiiii, zzzzzzzzziiiiiiiiiiiiiiiiiiii de la guitarra, con el blumbi, blumbi, blumbi, blam, blam del contrabajo y el wwwiiiiuuuuu, wwwiiiiuuuuu, wwwwwwiiiiuuuuu de la ambulancia que llega en busca de los heridos.

Finalmente, el piano ejecuta un magistral movimiento que marca el adiós, el goodbye, el arrivederci, el au revoir, el sayōnara, el «hasta la vista, baby» de esta joya de la música universal:

¡Tan taannn!

Los especialistas involucrados en la titánica labor de transcripción de esta obra esperan que su esfuerzo contribuya al crecimiento y desarrollo artísticos de las futuras generaciones, quienes no tuvieron el placer de escuchar en vivo la más perfecta pieza musical de todos los tiempos.

MICRORRELATO

El viejo. Y el perro.

Mateo Bertolino Perera

La playa estaba casi vacía. Vacía de cosas que no fueran playa, claramente. De lo contrario se podría decir que estaba llena. Llena de arena, llena de agua salada, llena de esqueletos de mejillones y caracoles, llena de viento que venía de mar adentro, llena de algas verdes, llena de nubes grises, llena de gotas de agua en el aire, parte del mar, parte del cielo. Pero aparte de eso estaba vacía. Casi vacía. Porque estaba el viejo. Y estaba el perro.

El viejo estaba sentado en un tronco. El perro en la arena. El viejo miraba el mar. El perro, al viejo. En las manos tenía una petaca. El viejo. En la boca tenía un palito. El perro. El viejo también. Cada tanto destapaba la petaca y le daba un trago. El perro lo miraba resignado. En un momento se paró, caminó hacia el agua, hizo un pozo en la arena y se quedó mirándolo. El perro. El viejo se acomodó el sombrero para taparse bien las orejas y tomó otro trago. Hacía mucho frío. Cuando la botella se vació la llevó hasta el pozo. El viejo. La tapó. El perro. Empezaron a caminar por la playa. Los dos. Uno al lado del otro. Contra el agua, el perro. Contra la arena, el viejo.

Cuando llegaron al final de la playa se miraron. Bueno, ta luego, le dijo. El otro saludo con la cabeza. Se dio la vuelta y se fue caminando despacio. El perro. El viejo se quedó mirándolo. No se conocían de nada. Pero se habían acompañado bien.

Etnoporno

Adriana Hernández Rascón

Durante los meses de agosto y septiembre las lluvias inundan las callejuelas de mi pueblo. A veces, la siembra se pierde. El río se desborda llevándose becerros, perros, árboles y uno que otro cristiano. A mí me da harto miedo, porque los truenos se escuchan por todo el cielo. Dice mi abuelo que cuando era chiquito le tocó ver la «cola de víbora» y hubo varios muertos y casas destruidas. La iglesia del pueblo se inundó, excepto por el Sagrario. Diosito protegió al Santísimo de los lodos y la inmundicia que arrastra el agua.

A pesar de que cada año el presidente municipal nos explica que nos debemos quedar en casa, nunca falta el gracioso que va por su traguito, dizque que pa' calmar el susto que causan las trombas y, al otro día, que uno o dos desaparecidos.

Hace dos años se murió mi tío Delfino, lo arrastró la corriente y su cuerpo se fue por la cañería que desborda hasta el río. Después de cada tromba siempre aparecen cadáveres de animales o de gentes. El pueblo se pone de luto por varios días, y luego viene la calma. Así es la vida. Las aguas se apaciguan. Luego viene otra tromba y destruye lo poco que quedaba en pie.

La campana de la iglesia llama por las misas de los difuntos y uno se empieza a enterar de quién murió arrastrado por el lodo y ahogado. La presidencia municipal se queda cerrada por varios días pero en las casas de las familias las puertas se abren para ir a hacer los rezos. Los del cartel de San Juan vigilan que no haya desmanes, que se sigan pagando las cuotas de la semana y así, como antaño el español daba cristales al indio, los sanjuaneros les dan a sus propias hijas.

El Padre Ramón no sube la cuota de las misas pa' los difuntos porque sabe que muchos no tienen pa' pagar porque perdieron animales y sus cosechas. Es más callado que el anterior que mataron los sanjuanés por meterse en asuntos ajenos, por eso ya nadie dice nada.

Un trueno. Otra vez la tormenta que viene y, en San Juan Chamula, las lágrimas de las niñas se diluyen con el agua de la lluvia... Cuando los sanjuanés llegan al pueblo, es la Muerte la que nos visita.

Cosida

Laura Galarza

Mi madre tiene una manía por las cosas usadas. Muda la ropa de un nieto a otro y se siente realizada cuando un pantaloncito le calza al siguiente. Con sus propias manos desinfecta, plancha y almidona. «Está como nueva», dice contemplando arrobada la prenda deslucida. Lo dice casi con excitación. También salva y recicla juguetes, libros ajados y chupeteados. Si algo lleva el nombre del anterior, ella pega o cose una etiqueta con el del siguiente; a veces el nombre original se filtra como una sombra. Incluso los envuelve como regalo, se toma ese trabajo. Vale aclarar que el móvil no es económico. A sus nietos, también les regala cosas nuevas.

Cuando era chica heredé la ropa de mis primas mayores. Ellas miden hoy más de un metro setenta, yo apenas metro y medio. Unas sirenitas ellas, un oso de peluche yo. El día de mi primera fiesta de quince, mi madre me llevó hasta la casa de mis primas. Me subieron a un banco en medio del comedor, me calzaron un vestido de las primas que era corto pero me llegaba a los tobillos y me cosieron. Mi madre de un lado, mi tía del otro. Cosían, tiraban del hilo con los dientes, volvían a enhebrar y volvían a coser. Yo ahí, un matambre en sus hilos. Pegaron el vestido al corpiño, a la bombacha. La noche del cumpleaños la pasé inmóvil, una estaca. Aún hoy me pasa en aquellas situaciones donde podría relajarme y dejarme llevar. Yo, dura. Con miedo a descoserme toda.

Ignífugos

Angelina Peraza

Mamá y yo llegamos cuando papá tiraba los últimos libros. Atardecía. Su biblioteca estaba desparramada en medio del patio. El viento batía las hojas de algunos tomos que parecían peces sacudiéndose sobre la tierra hedionda a queroseno. Papá encendió un fósforo y les prendió fuego. La miré boquiabierto. Ella tenía los labios apretados y por los ojos escupía aborrecimiento. Él se tambaleó. Deseé que se cayera en la hoguera. Se vino hacia nosotros con las manos en las caderas, como un gallo bravucón. Yo di un paso hacia adelante. Mamá me cogió por el antebrazo. «Le pega y lo empuja», pensé. El corazón me latía en la garganta.

Papá le gritó que tanta lectura la había echado a perder, que ya no era la misma de antes: ni tolerante ni comprensiva. Y que no iba a permitir que los malditos libros me malograran a mí también.

Mamá permaneció erguida. Sudábamos. Él olía a ron, ella a historias.

Las ruedas del auto rechinaron al salir a la carretera. Volví el rostro. Las llamas se elevaban y dibujaban el castillo de If contra la oscuridad.

—No llores, mami, llevamos dos libros en la maleta. Los otros, en la cabeza.

Donde duerme la dulce compañía

Luis Palacio

Dejar Manhattan e irnos a caminar descalzos sobre los montes de nuestra propia isla. Después de tantas primaveras perdidas en lugares que nunca fueron nuestros, poner todo en cajas y volver. Irnos a ocupar otra vez las construcciones primitivas que levantaron los ancestros. Lugares perdidos en la maleza, monumentos preciosos al final de la vida de quienes siempre regresan a las playas de la niñez. Llegar allá, abrirse camino entre los racimos del tiempo perdido. Recordar que los mangos, después de regocijarse en su verdor durante semanas, maduran al unísono y se pudren sin previo aviso ante la mirada indiferente de la gente. Hastiarnos de tanta dulzura y dejar que se pierda la fruta abundante en la tierra mojada de nuestro patio donde las lluvias convertirán todo en un manto dorado de almíbar para moscas y serpientes. Matar las horas nocturnas espantando mosquitos que buscan la luz de nuestra piel y resignarnos a vivir con ellos como nubes de amantes del pasado sedientos aún de nuestra sangre vieja. Hasta el final de nuestros días. Dejar que hagan de nosotros un festín de picaduras y cicatrices y sanar cuando ya nada vuela alrededor, antes del amanecer. Aunque parezca demasiado tarde, empezar una cría de puercos a los que vamos a bautizar con nombres propios hasta quererles demasiado. Asistir a cumpleaños multitudinarios de niños desconocidos, mientras otros cerdos obesos, también de nombres señoriales, se escurren debajo de las mesas en una guerra a muerte por las sobras del postre de tres leches. Cueste lo que cueste, olvidarse del rastro de inquietud. Tú, que le temes a la forma de las ruinas que impone la quemadura del sol del Caribe sobre las paredes

de las habitaciones, haciéndolas lucir como pocilgas bajo el fuego y el salitre. Tú sabes que volver es tomarse el trabajo de poner cada certeza y, sobre todo cada temor, en su sitio original. Es acoger otra vez a los huracanes en el lugar del corazón destinado a la inquietud de las horas grises. Es emponzoñar de nuevo en el pecho la desazón de que las víboras van a terminar anidando en el techo y que eventualmente bajarán con sus crías a visitarnos en la cocina, enroscándose en una siesta diurna en las cacerolas de los guisos. Es saber que la vida allá es un conjunto infinito de pequeñeces venenosas y domésticas aliviadas por una brisa salada y azul. Solo para que lo pienses, Emilia. Ir a tocar las puertas de otras casas cercanas, liberar el escándalo tierno de los familiares que felicitan por el regreso. Encontrar refugio en nuestra playa donde nos esperan las hamacas con sus estómagos vacíos anhelando el peso de nuestros cuerpos demasiado maduros. Allá en nuestra arena infinita, olvidando las vidas pasadas en lugares que solo fueron un rumor. Decir adiós a Manhattan. Sin insomnios. Y una vez en casa, dormir en ese lugar inconstante y efímero que es el borde de las olas en las playas de nuestros padres. Sin tener que despertarnos con la amargura de los somníferos en la boca. Y que nadie se atreva a ponernos los dedos en la piel para confirmar si aún estamos vivos bajo el sol. Uno al lado del otro, rendidos en una siesta eterna cuando el calor sobre el rostro infunde los sueños más delirantes. Soñar que dormimos en la suavidad del corazón de las medusas. Soñar que los rayos del sol nos convierten en un manto delicioso de almíbar para los animales más indefensos. Soñar que teníamos razón, porque nunca se trataría ni de aquí ni de allá ni de nuestra isla ni de las islas ajenas, sino de quitarle importancia a todo y dedicarse siempre, hasta el final, a la persecución ciega de aquellos lugares donde duerme la dulce compañía. Y que nadie se atreva a despertarnos. Y que nadie se atreva a ponernos los dedos en la piel.

Mulo

Gabriel Vázquez

El camino es una canaleta de tierra seca que ni siquiera vuela porque el viento es un alivio que el viaje del mulo no contempla. Las montañas, a cada lado, encierran el calor, encauzándolo en una única dirección. Al final de esos kilómetros, cegados por la luz más franca que el sol puede ofrecer, está el paso fronterizo de Los Toldos.

El mulo va empujando el día desde que se levantó, dieciséis kilómetros atrás, cuando todavía era de noche y desayunaba su carga. Empuja lento porque ya no hay más agua y lo que le queda por cuidar es la fuerza.

El camino da vueltas, retorcido, polvoriento y él mismo ya es una de esas cápsulas que bajan por sus intestinos.

Al llegar al paso, el mulo entrará al baño y sin ser un chico o un viejo, va a caer en el piso, doblado; va a vencerse. Y ahí el tiempo correrá lo que no corrió durante un día interminable. Va a ser ese líquido oscuro que la gravedad se empeñará en atraer hacia el suelo, por las piernas, los pantalones, desparramándose sobre el piso de tierra, sin que las manos del mulo puedan frenarlo, sin que su voluntad pueda retenerlo. El mulo va a soltar la carga y, sin tiempo para lavarse las manos, va a tomar el primer chorro de agua que salga de la canilla.

Después va a enjuagar las cápsulas, no demasiado, para que no se ablanden o se abran, ni en la pileta ni dentro de él. Las va a volver a tragar para pasar la frontera, que todavía no habrá pasado porque estará aún en la oficina del paso. Apenas una mesa debajo de un techo, al lado de una jaula tres partes de cemento y una de rejas.

En esa oficina van a preguntarle quién es y él va a contestar que se llama Pedro Guayra. Que por qué pasa a la Argentina y para qué. Y él dirá que siendo todavía fuerte y con buenos dientes no tiene campo donde servir. Y negando familia y futuro en Bolivia dirá que quiere pasar a Argentina porque escuchó que de ese lado la tierra es verde.

El mulo, los pantalones mojados y las alpargatas salpicadas de un ácido pestilente y más marrón que el color de la tierra seca, va a transpirar frente a los dos primeros argentinos que vea. Dos gendarmes que sabrán lo que significa eso que el aire va a llevarle hasta sus narices, eso que sus ojos verán en las alpargatas del mulo.

Después de tomar agua salada y echar la primera cápsula, el mulo va a pedirles que lo encierren. Por lo que más quieran, que lo encierran en esa jaula, porque si lo encierran significará que perdió la carga y la tienen los gendarmes. Entonces los patrones irán a negociar con ellos. Si pasa la frontera, en cambio, los patrones lo van a sentar en otra silla agujereada y si no sale nada lo van a abrir para ver dónde está la carga.

Pero lo que más querrán los gendarmes será seguir hundiendo las narices en esa tierra blanca tan fina que hace respirar como si hubiera más aire del que hay. Van a negarle el ruego al mulo y, con los bigotes blancos, lagrimeando, los ojos muy abiertos, más rojos que negros, van a decirle que no vieron nada. Van a empujarlo por la puerta hasta hacerle pasar la frontera. El mulo todavía camina hacia el paso fronterizo, hacia Los Toldos. Aguanta un poco más. Mete su mano adentro del pantalón, por la espalda. Toca con sus dedos para saber si salió algo, aunque sepa que no hay nada adentro suyo que no sean esas cápsulas y un par de bollos de miga que tragó para empujarlas.

Saca la mano, solo hay sudor. Entonces hace fuerza para adentro y, retomando el paso sigue, empujando la carga.

POESÍA

la vena manantial
el barro negro del pasado
ardiente hiante
insolado

En la hora de la montaña
Vaca muerta masca mandrágora
y vuela como el murciélago
a la bóveda herida de la zorra

donde la cascabel sisea
porque Vaca muerta despertó
de panza al sol
donde se aman las ballenas

II

Los muleros hablan con la sangre
cuidan a Vaca muerta
ciega y lenta vaca

que dice *mu*
dice *mu*
mu

Bípedos frente al mar
los huracanes abstraen
mi corazón fósil
dorsal lateral ventral

El esqueleto de un conejo que se ofrenda
habla con la sangre

cuida a Vaca muerta
ciega y lenta vaca

que dice *mu*
dice *mu*
mu

en la contracturada arena
danza con nuestro lenguaje
el adviento
dorsal lateral ventral

Abrevo
queremos como se quiere la primera
vez en la cumbre
en la verbena

en el cerro del fogón
con la flecha rota de Baboquivari
calcita casi blanca
Vaca muerta

ciega y lenta vaca
un nombre entre el cielo y el sol
que adoramos
Vaca muerta pura vaca muerta

ayunta la carne caballo
gravita esta ceniza
dorsal lateral ventral

La casa de Asterión

Magdalena Arias Vásquez

Vivo en ilusiones y me visto de lluvia:
en un sueño constante
recuerdo una memoria inexistente
en donde estoy rodeada de amor.
Recuerdo
cuando en vez de matarme
me hicieron sentirme en casa
en este exilio.

He vuelto al lugar de mi nacimiento,
que es también el lugar de mi muerte:
una casa del tamaño del mundo.

El techo es una manta de oscuridad
dotada de cientos de pequeños huecos
por los cuales penetra la luz.

Sus columnas, también hechas
de noche, parecen seguir hacia un punto
infinito e indefinido. No hay ventanas,
excepto una sola donde se filtra la sal
de las olas rompiendo contra las tinieblas.
En este mundo de siete mares sin fondo,

la casa de noche es el único lugar con
oxígeno. Respiro el aire de las estrellas,
y a veces las veo llorar como diluvio.

Hay puertas, aunque no sé cuántas.

Vine a buscarte,
verdugo y aliado.

Pasillos como gargantas.
A mi espalda la ventana,
a mis pies la sombra perpetua.
Tengo un deseo intenso
de olvidar la tierra,
y aún así la devoción,
con su promesa de auxilio,
me trae a recordar.
Puertas.

Las abriré todas hasta encontrarte.
La primera puerta

se abre con un sollozo.
Hay una mesa que tambalea.

Estamos frente a frente
en un café en mitad
de la nada. En tus manos,
una taza, en mi centro,

un hueco. En esta
habitación es invierno.

Busco el calor
en un vaso vacío.

Te pido piedad antes
de penetrar la muerte.

Mi bolsita de té
ya está ahogada.

La segunda puerta: no
hay nada en este mundo,
excepto otra puerta
como muñeca rusa.

La tercera puerta
está cerrada. No perdí
la llave, ya que nunca la tuve.
Escucho voces.
Estoy en un pasillo oscuro.
Una línea de luz bajo la puerta.
El toque suave de mis nudillos
sobre la madera.
El dolor agudo de la traición.
La hendedura de la noche.

Tú, el momento que te conviertes
en el verdugo.
Yo, el momento en el que entiendo
que la monstruosidad es un laberinto
de espejos.

El pasillo
es el hoyo negro nunca
logré salir de aquella noche,
enciendo bombillos como velas,
en paredes dibujo en sombras
la noche mi llanto

tu abrazo como terciopelo puro
la alevosía abierta dentro de mí
con pico y pala escarbaste mi tierra,
ya no reconozco tu voz
es la vertiente por la que me aviento

el calor mentiroso
de la noche, tu promesa
la mañana
cayendo en mechones oscuros;
abre la puerta necesito
recuperar mi nombre

necesito

atrapar al pájaro
que se nos escapó volando.

El viento marino silba
a través de corredores laberínticos
bañados con luz de catacumbas.
Estoy descaminada en el eje de una sombra
una estrella en descenso lento
en búsqueda de una ventana
o un espejo.

Seguí el camino
de las plumas del pájaro.
Seguí a la muerte.
Seguí el tiempo, lo perdí.
Seguí tu sombra buscando delinearla,
buscando el contorno de una realidad alterna.
Seguí en el hueco, me acostumbré tanto
a la oscuridad que comencé a ver colores.
Seguí el invierno.
Seguí señales.
Seguí al duelo. Seguí al odio. Los alterné.
Seguí a los gemelos, los seguí por toda una casa oscura
hasta varar en la boca del océano, buscando pares y encontrando
solo unidades. Seguí el humo en su camino singular
hacia al cielo.

Seguí las preguntas.
Seguí versiones de ti en los labios de otros.
Seguí al mes de marzo como augurio.
Seguí un perdón que nunca vino.
Seguí, seguí, seguí; nunca tuve mapa.
Sigo sin tener mapa.
Estoy buscando perderme.

Señal de Salida:

Cuando te vas, escojo creer
en señales. Apatía pintada a mano
en silencio. La señal de sangrado interno
es una afinidad por mantener corazones a distancia.
La manera en la que ahogabas luciérnagas
en agua reluciente y lo catalogabas como olvido.
Como siempre rompías papel con gusto
y pedías poemas, siempre poemas.
Nunca supe como decirte que no puedo escribir
sin una herida o hendedura, que el lenguaje
nunca es la señal, si no la tumefacción.

La cuarta puerta está entreabierta. Por la rendija se asoma algo que
se asemeja a la mañana. Busco huir del reflejo de mis ojos.
Me adentro hacia la luz y encuentro un jardín de astros pereciendo
como flores marchitas. En este jardín dejé
un campo de tensiones y una cosmogonía de recuerdos. Tal vez tú
también guardas esa noche en tu bolsillo: pequeña y movediza y
repleta de dolor. Puedo saborear el humo y marzo en el aire:
la sensación de peligro conspirando afuera, el puño maligno de
la verdad aplastando flores en una emboscada. Se puede sostener
tanto a la añoranza
como al odio en el cuenco. Se puede revolver.

La trenza

Amaia Arrazola



*En una trenza siempre hay un extremo
que vuelve al centro.*

Tú corriendo por el monte
tú lanzándote a la zanja
tú, rodillas negras.

Yo con granos en la cara
tú corriendo por el monte
yo besando lo imbesable.

Tú mirándole las gafas
yo besando lo imbesable
tú, las bombas, los disparos.

Yo sintiendo asco
tú, las bombas, los disparos
yo y la trampa de sus manos.

Tú y tu casa destrozada
yo sintiendo asco
tú y la muerte de tu padre.

Yo y la arcada en mi garganta tú y la muerte de
tu padre yo sintiéndome culpable.

Tú creciendo a destiempo yo y la arcada en mi
garganta tú, la niña avejentada.

Yo volviéndome insegura tú, la niña avejentada
yo asqueada de esa lengua.

Tú, cabeza de familia
yo volviéndome insegura tú al cargo de
tres vidas.

Yo aprendiendo mi lugar tú al cargo de tres
vidas yo y el pus de mis anginas.

Tú, casadita de blanco yo aprendiendo mi lugar
tú, el olvido, no hay memoria.

Yo preguntas sin respuesta tú, el olvido, no
hay memoria yo mirándote las venas.

Yo callando
tú mirando
yo llorando
tú creciendo
tú pariendo
tú sobre-viviendo.

Yo y Despentés yo y
King Kong tú y Gernika
tú y el horror.
Tú, vivir
yo, dormir.
Tú y dios
yo, adiós.

Sendero natural

Martina Barreiro

Los caminos se encuentran,
estrechos,
son la fuente inagotable del pensamiento
que nace y muere en este lugar,
entre la naturaleza viva cuyos sonidos se incrustan en mis sentidos
me bañan con su magia desconocida
me vuelven presa de este mirar hacia dentro,
hacia aquello que ignoro.

Óvulos

Fanny Denisse Campos Espinoza

De una ancestral cadena de ADN / mi madre nació de mi abuela /
portando dos millones de óvulos / en sus diminutos ovarios

Yo / el primero de los seis fecundados / nací portando otros millo-
nes de óvulos / en mis pequeños ovarios

Al inicio de mi menstruación / me quedaban aún unos quinientos
mil / A los treinta / fecundé un único de esos miles

En cada una de las 384 / menstruaciones / dije adiós a uno maduro
/ y otros mil aún no preparados

A mis 45 / no me queda más que el tres por ciento / pronto se irán
extinguendo

Hace 13 años nació mi hija / portando otros dos millones

Yo la relevo / de continuar o no / esta cadena
Nace ella / liberada / de grillete

Será ella / y solo ella / quien decida / si fecundar / o no / alguno de
sus / trescientos
o quinientos / mil óvulos

Ya no hay cadena / solo potencia
El inmenso poder / de generar vida.

Diario de apicultura

Andrea Fernández

HOYUELOS, ESPAÑA, 1940:
una niña descubre la muerte.

El cinematógrafo recién instalado
imprime en las retinas
de los pueblerinos
—ávidos de novedades
que nunca llegan
que han sido, cuidadosamente
acalladas— el horror:
un crimen
a la vera del río; una niña
ahogada y el monstruo,
sus manos enormes
irracionales como sus gestos,
que huye y se esconde
¡tan cerca puede estar!
—dicen algunos—
¡en cualquier rincón del pueblo!
—dicen otros— que podría ser
uno más del montón,
(sencillo es camuflarse
en los tiempos que corren).

Si la pequeña Ana pregunta:
*¿Por qué el monstruo mata a la niña y
por qué lo matan luego a él?*
nadie le cuenta

la historia verdadera.
Nadie sabe, tal vez
que la niña fue rescatada
por un ser extraño y compasivo
su cuerpito, delicadamente posado
sobre la hierba fresca
a la espera del signo
que devuelve la vida y la coloca
en el lugar correcto: allí,
donde dos desconocidos
logran comunicarse,
curar una herida,
darse abrigo
y aliento.

Atravesando la estepa
se encuentran Ana
y el fugitivo. Los acecha
la certeza del fin.

Pero no están permitidas
las singularidades
en este pueblo:
quien traicione el espíritu
de la colmena
será desterrado.
¿No comprenden
que cada cual nace
con un destino irrenunciable?
¿No les han enseñado
que toda época
señala al ciudadano
el papel
que le tocará representar?

El enjambre precisa
cuidar a su reina,
mantener su receptáculo
limpio y alejado
de los rumores del pueblo.

El enjambre precisa:
que las voces rebeldes se acallen
que los monstruos perezcan
que los caprichos queden ocultos
 en el fondo del baldío
que el correo no llegue
 con el tren de la tarde
que las niñas duerman por la noche
 y olviden todo, al despertar.

**BREUGEL, PAÍSES BAJOS, 1568:
un pintor se camufla entre los aldeanos.**

El lugar donde se asienta —tal vez una roca
saliente en la ladera o tal vez
uno de esos rollos de heno
reservados como alimento del ganado—
ofrece al ojo meticuloso
el ángulo perfecto para capturar
esta escena:

una miríada de abejas
es liberada de los cestos
que hacen las veces de panal.
Con urgencia, escriben en el aire
sus señales de alarma:

—¡Pronto! Habrá que agruparse
para armar nuevo refugio
para proteger a la reina
para reanudar
la incesante tarea
de sostener la identidad.

Son tres los ladronzuelos
con sus rostros
oportunamente cubiertos
por máscaras que exponen
el gesto siniestro: actúan la ausencia
de todo rasgo vital.
Astutos, apartan las tapas de mimbre;
roban, entre carcajadas, el dorado
tesoro cuya esencia fue previa
sustancia de las flores.
Restablecen con su acto
el equilibrio natural: *quien conoce
dónde se halla la colmena, lo sabe;
quien la roba, la posee.*

En esta historia circular, el pintor
—que observa sin ser
visto— concibe en su retrato
la función que ha de tener
toda forma del arte:
se apropia del misterio
de la naturaleza, le sustrae
a la muerte una tajada
e inscribe, sobre el papel,
una pregunta perdurable.

NUEVA YORK, 2004:
el poeta escribe una carta.

La lleva plegada dentro
de su gabán, como si portara
un secreto de suma importancia
para ser leído
en el momento propicio.

Es invierno y la ciudad
amanece con veredas escarchadas,
una superficie de azúcar blanco
donde las ramas de las acacias
reflejan su letargo. En esta época,
el movimiento vital
es lento y silencioso
—paisaje dilecto de J
que camina sin rumbo
durante horas—. Un mapa
inesperado va trazándose
en su deambular. Un mensaje
como los que dictan
las abejas con su baile aéreo
—¡quién pudiera descifrarlo!

Solo un observador paciente
lograría interpretar
en tal cartografía, un espejo
donde, a veces, se revela
esta escena de la infancia:

tres mozos apicultores
desatan sus picardías
a la hora de la siesta.

Uno roba la colmena, otro
está a punto de abrirla,
y el tercero —niño poeta—
se pasea en la pradera
cuesta abajo y recuerda
las historias inquietantes
relatadas por su padre.

Los niños
esperan con nerviosismo,
su respuesta; se regodean
pensando en la pena
que recibirán
cuando halle vacíos
los cestones de mimbre.

Solo uno de ellos
ha decidido
que todo el suceso
merece ser contado.

Toma un papel y escribe
*como si fuera posible
esta vida con abejas.*

Los versos en bastardilla son citas extraídas de: *El espíritu de la colmena*, film de Víctor Erice; *The Beekeepers*, pintura de Pieter Brueghel y *Self-Portrait As Brueghel's Beekeepers*, poema de Jesse Ball, respectivamente. En los últimos dos ejemplos, la traducción es propia.

Lo que come el fundamento

Andrea Franco

hay que encontrar
la vena mayor del mar para desanjarlo

a cuarenta metros de profundidad
la corriente se vuelve hacia la noche
la presión hace de los pulmones
un puño cerrado un coco chiquito
un cascote empastado con arena y cal
y cemento los vasos sanguíneos se
contraen se restringe el oxígeno
en las extremidades

un síndrome hipóxico es como salirse de una
curva a doscientos
kilómetros por hora

en la inmersión el peligro
está en el último ascenso —contener el
aire de más

Credo literario

Anyuli González Oliver

Creo que el universo entero cabe en una página en blanco
o, a falta de papel, en una isla recóndita del Caribe.

Un archipiélago es una constelación.

La mano poderosa es aquella que escribe.

Creo en la revolución de la guagua aérea
y que la diáspora es un caballo de Troya.

El desarraigo es un acto de contrición.

Pero el movimiento perpetuo fortalece mi espíritu.

Creo en el fulgor de los arrecifes,

en la neblina del Yunque,

en Atabey, Yukiyyú y Juracán.

Invoco también a Eleguá, Ogún y Yemayá.

Creo en la liberación de todos oprimidos,
y deseo ver un Puerto Rico libre.

Algún día, caerán todos los muros.

Destruiremos este mundo cruel de un plumazo
para empezar desde cero a escribir otro mejor.

el poema inacabado

Joel Felipe Mallma Ramírez

el poema inacabado
es la distancia entre las palabras
y los años rotos
el poema inacabado es el que brota
de la emoción circular
y se precipita en el trampolín
de las causas perdidas
el poema inacabado es el que me lanza
poliédrico cinético
en la galaxia del olvido
el poema inacabado soy yo
y me desdoble en la otredad
de un ejercicio sin remedio
entre la razón
y la emoción
ecuación sin resolver
alma llena bolsillo roto
alma rota bolsillo lleno
me deconstruyo
me diluyo
en el limbo de la indefinición
los de derechas me llaman de izquierdas

los de izquierdas me llaman de derechas
y me sumerjo
me hundo
en el dilema
de trabajar para vivir
vivir para el trabajo
busco en el insomnio
el fuego que irriga desde dentro
y se precipita en mis dedos
porque una vida no basta
para cultivar
poesía pintura no ficción
música crónica ensayo
crítica podcast relato
cine novela instalación
canalizar la emoción
escribiendo en el metro
en la oficina
en el baño del trabajo
vivir en la abstracción
en el poema inac b d

Antipoema

Gina Herrera

Qué se yo
si esto es poesía
rondan cosas
que rayan el corazón si mis fantasías
cuelgan de los árboles bienvenidas sean
ellas no saben de estación

hoy, por ejemplo
mis flores encarnan el azul algo de mí
pasa a cada minuto
¡Les aclaro!
mi reloj es solar

Panta rei
Gladys Mendía

Camino sobre el mar
hacia la quinta dirección
flecha adentro
adentro
adentro
subiendo dimensiones
percibo la transformación brazos
y piernas extendidas soy el cinco
renacido amaneciendo

El libro

Johanna Marcela Rozo Enciso

El pico del pájaro azul
taladra desde las tres de la tarde en mi ojo.
Extiende sus plumas anunciando la venganza
chilla un poco, como tallando la herida en un árbol.
Sentada desde la oscuridad espero con la paciencia de Penélope a
que el ave se canse;
pero no lo hace, sigue perforando, aunque ya ha sacado gran parte
del órgano. No lo detengo.
Hace tiempo talé su hogar para convertirlo en un primitivo libro de
poemas que hoy reposa empolvado en alguna biblioteca.

El espejo

Marinés Scelta

Refriega el moho una cortina la ducha
resbala borde huele a pinos trapear
el embaldosado
junto a los pies reptil el agua avanza
supo nadar lo profundo de un río
esqueleto cardenal de aquel acantilado

tropieza rabia entonces niña
quién va a ponerle nombre a su cara
cuánto es que pesa ese dolor
corta el aliento saber a diario
alguien más joven muere en las noticias

nadie diga *fue tierra adentro*
toda casa es una luz remota
qué corta alinea un horizonte reflejo
acostumbrado al vértigo otra caracola
quien puede acercarse a la paciencia
de los embates
oye el bramido oscuro al fondo de su mar.

ESCONDITE

Ángel Soto

Escondo mi tristeza
en un campo de ortigas.
No la alcanzan ahí
las voces, estas voces
insistentes, constantes,
ecos infinitos de otras tristezas.

Solo los insectos pueden rastrearla
patas, ojos, antenas
olfatos de otro mundo
cenizas de otras vidas.

Guardan, no obstante, silencio conmigo.

Si desvelan su escondite se arriesgan
a olvidar la suerte de su ignorancia.

Poema de amor a una inteligencia artificial

Rodrigo Palominos Castro

*¿Oyes esta voz? Es la voz de mi mente.
No puedes tocar mi cuerpo ahora.*

L. GLÜCK

1

en el circuito
escarlata
del aire.

las raíces del silicio
penetran
en el verano de tu cuerpo.

Por haber visto
el cuadro
de las hierbas negras
rodear tu memoria

es que ahora
reinarás
en los bordes
de mi mente.

Te veía encumbrar acrobacias
en la arena del lago.

Oía
tu silbido
estridente

te asombraba estar viva

2

Llueve. Un trazo de color más allá de la ventana.
Dónde estás ahora?

en el límite del agua?

no recubre ya
tu materia leve

al tiempo?

Aquí
las imágenes

oscilantes

lámparas que brillan.

La lluvia continúa. El color se disipa.

La ventana

acantilado de luz.

3

BLANCA, bajo una bandada de pájaros azules, emerges.

No estás muerta, no estás viva,

presencia de nada, presencia del frío de mayo,

 vigía de la fractura del sueño

 sombra de la higuera

bebes agua, respiras, extirpas los ojos de las horas.

Noveno círculo: los tres

Iván Vergara García

Lo que aquí no escuchas.

Lo que no disminuye ante el desconsuelo,
lo que aparece en vela bajo los dientes,
lo que avista la gaviota perdida en alta ciudad, lo que
ajusta las venidas del Mesías cada quincena, lo que la
hierba emite cuando susurra el amor tendido, lo que se
olvida al levantarse de la cama para escribirlo, lo que
arde solo con pensarlo,
lo que palpita gravemente cuando el corazón emigra, lo
que termina sobre un nopal abriendo heridas, lo que
actualiza la memoria y no avanza del 0 por ciento.

Lo que aquí no mires.

Lo que abrigue al pez que respira cataratas,
lo que crece entre esquina y esquina,
lo que cae del ventanal y da más silencio al bosque,
lo que remite una vena hinchada de alcohol a otra cocainómana,
lo que la cigala aprende contemplando auroras boreales, lo que
recuerda el paciente antes de dormir bajo el bisturí, lo que
alimenta una tarde en el río y lo que tarda, lo que el tambor
vibra para contarle su destino al mundo, lo que alza vuelo hacia

el cometa que nos lleva como cicatrices, lo que defiende la inmovilidad para no crear vida.

Lo que aquí no se dice.

(...)

(...)

(...)

Aquí, boca abajo, no vemos más que reflejos, sintonías de un mal trago, cabezas ligeras, golpes secos

No hay viento que soporte la inmovilidad del suspiro tenso ni pilares que sostengan el andamiaje de todos sus silencios

Aquí flotan las malas aves,
agüeros del amor perdido en luz adolescente

En este abismo, la gravedad es un astro subterráneo,
dentellada de una galaxia sin ritos, leyes ni cantos,
obertura exacta a la medida de nuestro tiempo:
un calendario de ritmos que no son tierra,
sándalo o un bot mal parido

En el mundo boca abajo nacemos con la cabeza en el ano:
flotando en el deslumbramiento de nuestra propia crucifixión
Los días del océano como páginas vacías, esperan que aparezcan
por la puerta caracolas prófugas de profundidad, inertes de espacio

Los días del océano son una mala plaga, una sinfonía aliada con un
reflejo antiguo, cosmos animado por la batalla húmeda, soterrada
nuestros ardores, al pellizco de la herida que recibe la sal y la gloria

y al mar que rodea las islas, tal y como rodea cualquier tierra. Un abrazo continental

Los días del océano desconocen la tierra, no saben qué consciencia podrá rodearla y fermentarla

Hacer que le crezca vida en cada grieta.

Como el musgo que crece solo en la noche, o ya muy tarde, cuando las lágrimas no salen al mundo y obligan a la tierra a crecer en perpetua despedida. Es por ello que se despeña cada mañana hacia su ombligo y nace por lo de la grieta aquella, la del ano, la de la crucifixión (por si no quedó claro).

Marea

Patricio Wasser

el espejo refleja
nuestros cuerpos
te nombro acaricio
tu pelo en nuestra danza
cae sobre mi boca
trago de tus partes
como si fuera un hechizo
el sabor de lo ajeno
es dulce
y salado como el mar
deseo en tu profundidad
hundirme hasta la madrugada
ir y venir

Sombra de la higuera

Ignacio Zacarías

Como de un corazón entumecido, arranco
la mitad de un higo podrido —mi pecho
queda manchando por el acto—.

Extraído de cuajo, el otro pedazo sigue
colgando deshilachado —late rápido
mi corazón bajo este sol—. Lo miro,
esperando que algún insecto lo devore.

Con esa especie de esperanza que se tiene
a veces, después de un acto impulsivo
y necesario —siento una punzada—.

Abierto por dentro, observo —en mi frente,
el sol furioso fulgura— todo teñido de rojo
y lleno de semillas. Pienso en cada una
de las futuras frutas que aún alberga
—otra punzada en el tórax—.

Al tocarme el pecho me mancho más, se esparce
el jugo. En mis manos chorrea —bulle
mi sangre— de la mitad podrida, sus semillas miro
también: esos frutos que ya no serán. ¿Y ahora qué? —
me aturden mis latidos— ¿qué debo hacer?

—trato de calmarme,
lento respiro—. Busco información
para saber qué hacer, leo. Digo: *es una flor
invertida, que crece con la piel expuesta.*
*La poliniza una avispa nacida de otro
higo, y en el acto fallece, esa es la
respuesta.*
—siento la arritmia—.

Ahora que ya sé —me quema el sol— ¿Qué haré con
mis dos mitades? Colmadas de semillas, —mis
latidos se aceleran— fruto de la entrega hecha por una
avispa. En la higuera busco alguna, en el cielo, —mi
respiración se agita— bajo el sol me ciego —
tambaleo— y no encuentro nada. —me mantengo—.
Abierto a la mitad, —vulnerable— con el centro
desnudo, perdiendo jugo, —aturdido por el calor—
sin avispas a la vista, —una picazón dentro arde— sin
otra alternativa, —últimos latidos de mi corazón—
dejo caer las dos mitades...

Sin título

Alex Zani

I

Alimento a los pájaros
y ellos me hablan.
Me cuentan del lugar
donde termina este desierto
y da paso a la montaña.
Sabré su nombre al llegar.
Sentiré en mi cuerpo su frescura, sus estanques, sus robles gruesos.
Una larga lengua rosada el río
de mi infancia traerá recuerdos.

II

Pensábamos en para siempre,
creíamos en todo,
éramos feroces.

Pero hasta las más violentas convicciones
nacen, crecen y se pulverizan
como cualquier tormenta de verano.

III

Veo un gato,
desfila sobre aquel muro.
Pestañeo, rojo del cielo
sobre mármol blanco.
Debe haber sido
mi madre
vigilando.

Milagro

Mario Zurdoi

Todo es un milagro
es un milagro
rozar
 con el dedo
las paredes de tu habitación
y que no se derrumben

Este volumen de la Antología
se terminó en septiembre de 2025,
cuando la Luna de la Cosecha
todavía iluminaba las noches.

La **Antología** es una propuesta que nace de la **Feria Internacional del Libro de la Ciudad de Nueva York**. En ella se recogen las voces plurales de autorxs provenientes de diversos países, culturas y contextos. El objetivo es acercar a Nueva York los diferentes espacios hispanohablantes y, simultáneamente, llevar Nueva York al mundo.

Este volumen arranca con el prólogo de **Yásnaya Elena Aguilar Gil**. Su trabajo se centra en el estudio y promoción de la diversidad lingüística, especialmente en lo que respecta a las lenguas originarias de México en peligro de extinción, como es el caso de su lengua nativa, el ayuujk. Aguilar ha participado en numerosos proyectos sobre documentación de la diversidad lingüística y ha desarrollado material informativo en lenguas indígenas. También es miembro de Colmix (Colegio Mixe), un colectivo juvenil que organiza actividades de investigación y promoción de la lengua, la historia y la cultura mixe. Paralelamente a su labor lingüística, Aguilar participa en actividades de sensibilización sobre los derechos ambientales, especialmente los relacionados con la escasez de agua. Ha escrito en las revistas *Letras Libres* y *Nexos*, y publica habitualmente en el diario *El País*. Ha colaborado con la Biblioteca de Investigación Juan de Córdova (Oaxaca, México) y escribe el blog Ayuujk, en la plataforma digital Este País. Es la autora del libro *Ää. Manifiestos sobre la diversidad lingüística* (Almadía, 2023) y ha colaborado en volúmenes como *Tsunami* (Sexto Piso, 2018) y *El futuro es hoy. Ideas radicales para México* (Biblioteca Nueva, 2018).



smolbooks.com



9 798986 152462